

El cuarto de las estrellas

JOSÉ ANTONIO GARRIGA VELA

Nuevos Tiempos **Siruela**



José Antonio Garriga Vela

El cuarto de las estrellas

 Siruela

Nuevos Tiempos

Índice

Cubierta

Portadilla

El cuarto de las estrellas

Acta de la reunión del Jurado calificador del Premio de Novela Café Gijón 2013

1

2

3

4

5

6

7

8

9

10

11

12

13

14

15

16

17

18

19

20

21

22

Créditos

El cuarto de las estrellas

Acta de la reunión del Jurado calificador del Premio de Novela Café Gijón 2013

Reunido el miércoles 18 de septiembre de 2013, desde las 20:00 horas, en el Café Gijón de Madrid, el Jurado calificador del Premio de Novela Café Gijón correspondiente al año 2013, compuesto por D.^a Mercedes Monmany, D. Antonio Colinas, D. José María Guelbenzu, D. Marcos Giralt Torrente y D.^a Rosa Regàs, en calidad de presidenta, y actuando como secretaria D.^a Patricia Menéndez Benavente, tras las oportunas deliberaciones y votaciones, acuerda:

Otorgar por unanimidad el Premio de Novela Café Gijón 2013 a la novela *El cuarto de las estrellas* presentada a concurso bajo el seudónimo Atticus Finch. Abierta la correspondiente plica, su autor resulta ser José Antonio Garriga Vela.

El Jurado quiere destacar su sorpresa ante una novela inusual, que supera el realismo tradicional con imágenes y situaciones de gran calidad expresiva que van creando una atmósfera de misterio extraordinariamente sugerente. En definitiva, un relato muy fluido acerca de un hombre que, en un paraje desolado, busca saber quién es a través de la historia de su padre.

Rosa Regàs
Mercedes Monmany
José María Guelbenzu
Antonio Colinas
Marcos Giralt Torrente

*A diario, muchas veces, sentado ante mi escritorio,
toco el dolor y la pérdida como quien toca la
electricidad con las manos desnudas, pero no muero.
No sé cómo se produce este milagro.*

DAVI GROSSMAN

Esto es La Araña. Si miras el mapa verás la línea roja que atraviesa un territorio vacío: es la carretera que bordea la costa y huye hacia otros lugares que permanecen a salvo del polvo y el sonido constante del horno y los molinos de crudo de la Fábrica de Cementos Goliat. La carretera divide La Araña, deja a un lado las casas de la playa y al otro la fábrica y el resto de las viviendas. Un pasadizo subterráneo comunica ambas partes. Si alguien del otro lado quiere visitar el bar del Comunista ha de descender por los escalones, caminar bajo los coches y subir de nuevo a la superficie. Los conductores no reducen la velocidad porque piensan que están cruzando un poblado fantasma. La policía para el tráfico cada vez que se va a realizar alguna voladura. La vida se detiene al llegar a La Araña. Hasta que se produce la explosión. Entonces tiembla la tierra y las casas se estremecen. Los padres asustan a los hijos pequeños con la historia del gigante Goliat que vive escondido en el cráter de la montaña. Un ser diabólico cuyo siniestro laboratorio se oculta en la ciudad sumergida que se levanta bajo los cimientos de sus hogares. Hay quien sospecha que los amos del cemento aguardan que La Araña ande distraída para hacer estallar las cargas de dinamita. Como si La Araña y todos sus habitantes constituyeran un único órgano humano, un corazón que lucha por seguir latiendo bajo la permanente amenaza del gigante. David contra Goliat. Los que vivieron la guerra retroceden en el tiempo al oír las detonaciones. Ellos temen que cualquier día se repita la historia y afirman que la cementera es un antídoto contra el olvido. La montaña caliza está plagada de fósiles. Millones de cadáveres que se han ido amontonando y sepultando entre sí, unos sobre otros, a lo largo de los siglos. Tengo la sensación de que estoy en un lugar que no existe. No solo porque desaparece su nombre en los mapas y nadie acude a visitarlo, ni siquiera en verano, cuando La Araña se convierte en una isla desierta en medio de las otras playas repletas de bañistas, sino también porque sus propios habitantes a fuerza de permanecer ocultos se hacen invisibles.

—Nosotros no somos invisibles, lo que pasa es que nadie nos ve —dijo Javier Cisneros la tarde que fuimos a ver la película de un hombre que al quitarse la ropa y la venda que cubría su rostro se volvía transparente.

Nada más salir de La Araña en dirección al este, la carretera gira bruscamente y los vehículos tienen que reducir la velocidad. Unas luces intermitentes previenen del peligro a los conductores. Los días de lluvia hay una grúa estacionada al final de la curva para llevarse los coches siniestrados.

—Aquí solo se detienen los heridos y los muertos —afirmó el Albino la noche que

vino a casa tras presenciar un accidente.

Los vecinos que viven solos tienen la costumbre de dejar un juego de llaves en el bar. Cuando alguno desaparece durante un periodo de tiempo que ya comienza a resultar sospechoso, el Comunista llama a la puerta y si no obtiene ninguna respuesta entra a comprobar el estado de salud del inquilino. Si lo encuentra acompañado, se disculpa e inmediatamente cierra la puerta. En ocasiones la ausencia es motivada por cualquier enfermedad. Hay quien anda perdido varios días, pero cuando el Comunista se dispone a entrar en la casa, alguien le advierte que la noche anterior vio al desaparecido andando ausente y despacio por el arcén de la carretera. Otros se abandonan en la oscuridad del cuarto al flujo y reflujo de los pensamientos, igual que esas gaviotas que cansadas de perseguir la estela de los pesqueros se posan en medio del mar a merced del vaivén de las olas. Así permanecen quietos, callados y con los ojos abiertos, como si esperaran impasibles la visita de su asesino. También los hay que dejan algunas rendijas en la persiana para sentirse acompañados. Hasta que un día se consuman los peores presagios. Al abrir la puerta y entrar en la casa, el Comunista descubre el cadáver tendido sobre la cama o sentado en una butaca frente a las voces del televisor que siguen discutiendo ajenas a la muerte. El cuerpo yace cubierto por un velo de polvo que parece filtrarse a través de las paredes.

Me he refugiado en la vieja casa de Javier Cisneros para proseguir la novela que inicié antes de caer al suelo inconsciente y golpearme la sien. Aquella tarde salí de casa con la intención de dar un paseo y despejarme. De pronto, todo comenzó a oscilar de un lado a otro como si anduviera por el pasillo de un barco que navegaba en medio de la tempestad. Me detuve y cerré los ojos con la intención de recobrar el equilibrio, pero fue en vano. El temporal arreciaba cada vez con más fuerza, hasta que perdí el conocimiento. Al despertar descubrí que me encontraba en la sala de urgencias del hospital. Los médicos me observaban y yo hacía lo mismo con ellos tratando de averiguar el significado de sus miradas. Apenas dieron ninguna explicación, salvo que al caer y golpearme la cabeza contra el suelo me había producido un hematoma cerebral de cuatro centímetros. Me vino la imagen del tráfico detenido en la carretera de La Araña y la relacioné con el cortocircuito que se había producido en mi cerebro. Me sentía igual que si acabara de desembarcar en un lugar desconocido. Me dijeron que habría de pasar dos días en la sala de observación de urgencias por si era necesario realizar una intervención quirúrgica. Finalmente me libré del quirófano. Me trasladaron a la planta de neurocirugía donde me siguieron observando. Al despertarme por la noche, la cabeza era un cuarto cerrado, oscuro y sumido en lo más hondo, igual que el camarote de un submarino. Allí permanecí ingresado cerca de un mes compartiendo la habitación con distintos pacientes. Nada más llegar, dejaban la ropa que llevaban puesta en la taquilla y se ponían la del hospital. Se quedaban sentados en silencio al borde de la

cama hasta que los iban a buscar para trasladarlos al quirófano. Unas horas más tarde regresaban medio dormidos. Se iban al cabo de pocos días con la cabeza vendada. A mí nadie me daba el alta.

Teresa estaba a mi lado. Me acompañaba desde primera hora de la mañana hasta que yo la obligaba a irse cuando se hacía de noche. Los amigos me llamaban por teléfono y ella se encargaba de contestar. Luego me trasladaba la información sobre las novedades de fuera. Sus palabras eran una simple excusa para romper el silencio. Los amigos ignoraban que el mundo exterior se había convertido en algo distante que apenas guardaba ninguna relación conmigo. Me asomaba a la ventana y veía a los transeúntes pasear por la calle sin detenerse a pensar en los enfermos que permanecíamos ingresados en aquel edificio luchando por nuestra vida. Estábamos expectantes al lento acaecer de los días. Yo solo deseaba recuperar la salud y volver a vivir como siempre lo hice hasta que perdí el conocimiento y la memoria. Hasta que nací de nuevo.

Enseguida descubrí que el olvido eclipsaba la mayoría de las historias que me habían sucedido durante los últimos años, lo mismo que los nombres de sus protagonistas. Sin embargo, recordaba con nitidez los hechos que ocurrieron mucho tiempo atrás, como si hubiese despertado en plena adolescencia y el destino me ofreciera una segunda oportunidad para rehacer mi vida. La fiebre me aturdía, me inspiraba, me sumergía en el mundo de la ficción. A veces sentía mareos y todo volvía a dar vueltas alrededor: los objetos, los pensamientos, las personas. Miraba la calle a través del cristal de la ventana y la visión me perturbaba. Nadie parecía ser consciente del peligro que lo acechaba. Yo me sentía protegido allí dentro. A causa del golpe también había perdido los sentidos del olfato y el gusto. Solo distinguía el sabor de los recuerdos, ellos me alimentaban. Cuando por fin abandoné el hospital decidí apartarme del mundo para seguir escribiendo la novela cuyo argumento había olvidado por completo. Los vecinos de La Araña sueñan con escapar algún día de este infierno mientras que yo elegí volver y reencontrarme con el pasado y los muertos. Aquí estoy con el afán de desahogarme expulsando los secretos más íntimos. Tal vez he perdido la cabeza y eso me permite desvelar las cosas que nunca se cuentan.

Aquel día mis padres se hicieron ricos y a partir de entonces sus vidas se arruinaron. Fue el 22 de diciembre de 1973. Un par de semanas antes, mi padre viajó a Madrid para realizar una entrevista de trabajo. Cuando paseaba por la Puerta del Sol se detuvo delante de la administración de lotería El Doblón de Oro, le atrajo el nombre y compró un décimo del número 34739. Era la primera vez que confiaba en la suerte para resolver el futuro. Después se puso justo encima de la placa que marca el Kilómetro Cero de las carreteras radiales españolas. Pensó que desde allí se medían todas las distancias y que era un buen sitio para empezar de la nada. Mi padre se había quedado sin empleo a la misma edad que yo tengo ahora.

Nunca olvidaré aquel 22 de diciembre delante del televisor que proyectaba la imagen del niño de San Ildefonso, José Luis Arranz Gutiérrez, cantando el número del Gordo de Navidad que había comprado mi padre. La transmisión se interrumpió para ofrecer un informativo en el que aparecía el jefe del Estado dando el pésame emocionado a la viuda del presidente de Gobierno. La desgracia era un roedor que huía de nuestro lado para refugiarse en aquel pequeño escenario luminoso donde casi siempre actuaban personas felices. Así era el destino de cruel y caprichoso. Pero nosotros habíamos dejado de mirar la comitiva fúnebre, la increíble sorpresa que acabábamos de recibir eclipsaba cualquier otra noticia. Mi padre había culminado el mejor negocio de su vida: sin pedir un céntimo a nadie invirtió mil pesetas en comprar un décimo de lotería que en el corto plazo de quince días le produjo unos beneficios de más de siete millones. El billete lo depositó en una pequeña caja de madera decorada con motivos orientales que mi madre guardaba cerrada con llave en el interior del armario del dormitorio. La víspera del sorteo por la tarde sorprendí a mi padre sentado en el borde de la cama de matrimonio girando con sigilo la diminuta llave como si estuviera manipulando el dial de una caja de caudales. Luego se quedó mirando el billete con la devoción del creyente que reza en silencio delante de una estampa. Era como si estuviese en la iglesia.

Unos meses antes nos había reunido a mi madre y a mí para contarnos que dejaba la fábrica. Mi hermano Pedro también se hallaba presente, aunque ellos lo ignoraban. Mi padre nos confesó que no podía seguir soportando el menosprecio que recibía a diario del nuevo director.

—No os preocupéis —dijo con tono de voz convincente—, saldremos adelante.

Me llamó la atención su estado de ánimo sereno y optimista, como si al despedirse del trabajo se hubiera quitado un gran peso de encima. Mi madre asentía

con la complicidad del que sabe una historia. Cuando se presentaba algún problema, ellos parlamentaban encerrados en su habitación lo mismo que dos generales antes de informar a la tropa. Las semanas siguientes, mi padre se dedicó a salir todas las mañanas a la calle en busca de un encuentro casual, un anuncio del periódico, una idea maravillosa, un milagro que resolviera nuestro inquietante porvenir. La desazón duró cuatro meses, desde finales de agosto hasta el 22 de diciembre. Creo que nunca estuvimos tan unidos como entonces. Cada vez que nos juntábamos en casa con familiares y amigos siempre surgía la propuesta de algún gran negocio. La ocurrente idea la planteaba cualquiera de nosotros con tal euforia que enseguida contagiaba al resto. De noche, los maravillosos proyectos se desvanecían con el sueño. Hasta que se obró el milagro.

Al recordar la Navidad de 1973 tengo la sensación de que fuimos elegidos por la divina fortuna para interpretar una película que se emite en televisión todos los años por las mismas fechas y en la que aparece un bondadoso ángel que resuelve los problemas domésticos de los protagonistas. Nuestro ángel se llamaba José Luis Arranz Gutiérrez y había nacido en Madrid, contaba apenas catorce años de edad y quería ser ingeniero de caminos, canales y puertos. Pero la sorprendente película que nosotros empezamos a protagonizar solo duró hasta el mes de agosto de 1974. Después la felicidad abandonó la casa de mis padres y ya nunca más volvería a visitarla.

La mañana del día 6 de enero de aquella misma Navidad descubrimos sobre la mesa del comedor un mensaje firmado por sus majestades los Reyes Magos de Oriente que iba dirigido a mis padres y a mí. El dibujo de la estrella de Belén encabezaba un breve texto escrito con la letra de mi padre en el que se decía que aquel papel era canjeable por un viaje a Nueva York el próximo mes de agosto. Antes de que llegara la fecha del viaje, abandonamos la casa de La Araña para trasladarnos a vivir a otro lugar alejado del polvo y del ruido de la Fábrica de Cementos Goliat. Lejos también del despotismo del señor Mora que había reemplazado a su padre en la dirección de la fábrica. Nos mudamos a una urbanización recién construida que estaba situada en una de las colinas que circundan la ciudad. Desde las ventanas se divisaban el mar y el humo de la cementera más allá de los tejados de los edificios y las torres y los campanarios de las iglesias. Mis padres siguieron conservando durante algún tiempo la casa de La Araña, no sé si por motivos sentimentales o porque pensaban que nadie estaría dispuesto a comprarla: ¿quién iba a querer vivir encerrado en un cementerio viviente? Allí se quedaron los viejos muebles y numerosos objetos inservibles que no fueron capaces de arrojar a la basura. Seis kilómetros nos separaban de La Araña. Al menos una vez por semana mis padres regresaban a la antigua casa y guardaban silencio en la penumbra, igual que si visitaran el cuarto de un moribundo. No decían nada mientras revolvían en los armarios y los cajones como

si ambos hubieran perdido de repente la memoria y buscaran pistas que los ayudaran a reconocerse. Hasta que la compró un desconocido que había ocupado el puesto administrativo que mi padre dejó vacante. El contrato de compraventa lo firmaron pocos días antes del viaje a Nueva York. Mis padres vendieron la casa a precio de saldo sin mostrar ningún interés por el mobiliario y los demás objetos que aún quedaban diseminados por las habitaciones. Fue Javier Cisneros quien se encargó de rescatar las pertenencias que mis padres abandonaron. Más tarde supimos que pasó un fin de semana yendo y viniendo de su casa a la nuestra con cajas vacías que llenaba para volver a vaciar. Una empresa de mudanzas se encargó de los muebles. Cuando acabó de trasladar todas las cosas se quedó mirando con nostalgia las marcas de la ausencia en las paredes vacías, como si en ellas permaneciera el espíritu de los recuerdos.

Mi padre apenas había salido de La Araña. Lo hizo para acudir a la entrevista de trabajo que tuvo en Madrid y cuando acompañaba al señor Mora a inspeccionar otras cementeras. Siempre que realizaba esas visitas tenía la sensación de viajar con los ojos cerrados hasta llegar al lugar del que habían partido. Al abrir los ojos se encontraba con el mismo paisaje desolador, el mismo ruido, la misma montaña descuartizada, el mismo velo de polvo blanco cubriendo el paisaje, incluso el mismo mar. Solo cambiaban los nombres de las fábricas. Al mudarnos de casa, el mundo de mi padre se extendió hasta los seis mil metros que separaban La Araña de nuestro nuevo hogar. Los pensamientos siguieron prisioneros del pasado, salvo cuando hablaba con tal pasión de la ciudad de los rascacielos que parecía haber nacido en ella. Detrás de su mesa de despacho en la oficina de la Fábrica de Cementos Goliat siempre tuvo colgada la foto de la isla de Manhattan. Cuando se producían explosiones en la cantera, los rascacielos temblaban y daba la sensación de que la ciudad de papel se iba a desmoronar de un momento a otro. Nueva York era el escenario de sus fantasías. Mi padre se transformaba en un hombre de mundo cuando evocaba los célebres musicales de Broadway, las chispeantes Rockettes del Radio City, el restaurante del Empire State. El ángel del colegio de San Ildefonso le iba a permitir realizar el sueño de su vida. Entonces ninguno de nosotros lo sabía, pero después de aquel viaje ya nada volvería a ser igual. Como si el destino le otorgara una prórroga para cumplir su última voluntad antes de dejarlo sumido para siempre en la nostalgia.

El jueves 1 de agosto de 1974 aterrizamos en el aeropuerto JFK de Nueva York. Nos hospedamos en el hotel Millenium, en el número 55 de Church Street. La ventana de la habitación daba al World Trade Center. Mis padres ocuparon el cuarto contiguo. El gimnasio y la piscina tenían vistas al frondoso camposanto de Saint Paul's Chapel. Un par de días fui al gimnasio. Me montaba en la bicicleta estática y pedaleaba por encima de las viejas tumbas del cementerio. No creo en la vida eterna, pero si la hubiese, si realmente los espíritus abandonan el cuerpo al

morir y siguen vagando para siempre por el universo infinito, tiene que ser una experiencia similar a la que yo sentí en el gimnasio del hotel Millenium mientras pedaleaba sin parar hacia la meta que marcaban mis pensamientos.

Una tarde a última hora, cuando regresamos al hotel después de visitar el Madison Square Garden, el recepcionista entregó a mi padre una nota con un escueto mensaje: «Javier ha muerto esta mañana». La llamada telefónica la había realizado el Comunista. Javier Cisneros era el mejor amigo de mis padres. ¿Desaparecen los pensamientos cuando morimos? Mi padre se convirtió en un muerto que pensaba. Una figura tan pálida e inmóvil como la de su actor favorito después de que le diagnosticaran un cáncer y tuvieran que extraerle un pulmón y dos costillas. Yo guardaba esa foto en la caja de las postales de artistas de cine que compraba en el estanco de Javier Cisneros con el dinero que me daba el trapero por los periódicos atrasados y los envases de vidrio. El día que compré la postal de John Wayne, al llegar a casa cogí la polvera y le maquillé el rostro con los polvos de mi madre para devolverle la fuerza. Los héroes eran inmortales y no podían caer enfermos. Esa fue la imagen de la infancia que me vino a la memoria cuando vi la expresión de mi padre al recibir la noticia. Justo en el preciso instante en que él posaba en la báscula donde estuvo Muhammad Ali antes de disputar la pelea del siglo contra Joe Frazier, Javier Cisneros agonizaba. Yo lo fotografié exultante de alegría haciendo el signo de la victoria sobre el peso que había sostenido las figuras de los campeones. Mi padre estaba disfrutando los días más felices de su vida en el paraíso de los sueños mientras su amigo escapaba del cuerpo que lo había vapuleado a lo largo de los últimos meses como si se tratara de su peor enemigo. Tras llegar al hotel y recibir la noticia, nos dirigimos a las habitaciones en silencio. Nos despedimos sin decir nada. Mis padres se plantearon adelantar el viaje de vuelta al día siguiente, aunque les iba a resultar imposible llegar a tiempo para asistir al funeral. Además estaban seguros de que Javier no lo habría consentido. Yo fui a la piscina. Me dediqué a nadar sobre las lápidas enmarcadas en musgo del cementerio de Saint Paul's Chapel. La vida de un hombre cabe en una lápida. Me crucé en el aire con Javier Cisneros, que me sonrió con la misma complicidad que había esbozado mi padre al suplantar a su héroe para hacerse la foto sobre la balanza del Madison Square Garden. Seguí flotando sobre los vivos y sobre los muertos. Era la tarde del 6 de agosto. Nos quedaban dos días para regresar a casa y mi padre ya nunca volvería a pasear con su mejor amigo por las callejuelas y la playa de La Araña. No se sentarían juntos al anochecer en el bar del Comunista. No le podría contar que había pisado la misma báscula en la que estuvieron Muhammad Ali y Joe Frazier, ni que visitó el vestuario de los Knicks y el escenario en el que doce años antes Marilyn Monroe cantó *Happy Birthday, Mr. President* a John F. Kennedy, con la voz rota y sensual, como si los dos se encontraran solos

entre aquellas quince mil personas que la vieron desnuda bajo el vestido que brillaba en la oscuridad del estadio más famoso del mundo.

Esa noche mi padre no pudo conciliar el sueño. Los pensamientos se habían convertido en unos intrusos que le martilleaban el cerebro. Le invadían como una plaga y no conseguía expulsarlos. Los pensamientos, que nos atenazan, nos asfixian y nos matan. No se doblegan ante nada, no conocen trabas. Atraviesan las puertas de las casas y las ranuras del cerebro hasta instalarse en el corazón. Javier Cisneros había sido víctima de sus propios pensamientos. Los pensamientos producen enfermedades. Mi padre se preguntaba qué motivos habían impulsado a su amigo a cerrar definitivamente el estanco aquella misma Navidad para después enclaustrarse en casa. No había vuelto a tener noticias suyas desde que nos mudamos a la ciudad. Durante ese tiempo hizo todo lo posible por verlo cada vez que visitaba La Araña y también lo llamó por teléfono, pero Javier nunca respondió.

Al día siguiente por la mañana temprano, mi padre me despertó golpeando con insistencia la puerta de la habitación. Lo primero que pensé fue que todo había sido un malentendido y que Javier Cisneros seguía vivo. Miré la cama vacía de al lado, donde estaba mi hermano. Mi padre me habló a través de la puerta con un tono de voz que revelaba su enorme excitación. Me dijo que me asomara a la ventana y mirase entre las azoteas de las Torres Gemelas. Entonces descubrí la imagen insólita de un hombre caminando por el aire. Mi padre insistió en que me vistiera enseguida porque íbamos a verlo desde la calle. Delante de los almacenes Woolworth había un numeroso grupo de personas en mitad de la calzada mirando la figura diminuta del funambulista que avanzaba y retrocedía, se sentaba, se tendía y bailaba sobre el alambre. Hasta se arrodilló para saludar al público que lo contemplaba extasiado. Era un naufrago en la isla desierta de sus sueños. Mi padre lo observaba emocionado. Creo que en ese momento mágico no estaba viendo al hombre que se jugaba la vida a más de cuatrocientos metros de altura, sino al amigo que había muerto el día anterior. Javier era quien flotaba en el aire y el que mantuvo un breve diálogo con el pájaro que pasó volando a su lado. Veía al viejo prestidigitador Javier Cisneros realizando su última función de despedida antes de retirarse para siempre. Mi padre quizás imaginó que aquel pájaro era una paloma mensajera que le iría haciendo llegar a sus oídos las noticias del otro mundo igual que él se encargaría de transmitirle las anécdotas más sorprendentes del mundo terrenal. Lo peor de los muertos es que no pueden hablar con los otros muertos. Mi padre estaba dispuesto a ocupar ese silencio y seguir conversando con su amigo como si nada hubiera cambiado en los últimos meses. Pensó que todas las imágenes del viaje eran demasiado hermosas para acompañarlo en ese preciso momento. Las largas avenidas, los rascacielos que tantas veces habían visto en las películas, los anuncios luminosos de Times Square, aquel hombre caminando por el aire... Fue como si le robara a su amigo la visión de los acontecimientos presentes y futuros

que a partir de ese día solo él podría disfrutar. Javier estaba muerto y una figura nos saludaba desde el cielo. La muerte no conoce el dolor. Mi padre estaba seguro de que aquello era un milagro y los milagros no sucedían por casualidad. El asombroso espectáculo que el azar nos estaba brindando iba mucho más allá de la mera anécdota y marcaría de manera indeleble nuestro futuro. Aquel acróbata no era un loco, sino un visionario. Mientras la inmensa mayoría de los mortales nos complicamos la existencia haciendo malabarismos sobre una raya de tiza dibujada en el suelo, él se jugaba la vida caminando sin red sobre el vacío. No sé el tiempo que estuvimos con la mirada fija en el cielo rodeados de personas que permanecían quietas como las estatuas que observan un eclipse. Nadie podía hacer nada para capturar al guardián del abismo. Los policías se sentían desarmados ante quien desde lo alto transgredía las normas terrenales. ¿Cómo detienes a un funámbulo? El equilibrista que oía su propia voz entre las nubes. La voz que le decía: «¡Confía en tus pies!, deja que te lleven, ellos saben el camino». El héroe que más tarde afirmó que no era un temerario, sino un poeta que escribía en el cielo. «Estuviste soberbio, ángel mío», le susurró al oído su compañera Annie cuando Philippe Petit descendió de las nubes.

–Estuviste soberbio –le oí decir en voz baja a mi padre cuando la imagen de su amigo se esfumó en el aire igual que los bondadosos ángeles de las películas.

Después de desayunar teníamos planeado visitar la Estatua de la Libertad. Mi padre siempre había deseado ascender por su interior. Le fascinaban los misterios que se ocultan dentro de los cuerpos y las precisas maquinarias que hacen funcionar los objetos. Sentía una enorme curiosidad por los órganos que se alojan bajo la piel y marcan el tiempo de nuestras vidas. Antes de subir por la escalera espiral hasta la corona de la estatua, les intenté traducir como pude el famoso poema de Emma Lazarus, «El Nuevo Coloso» grabado en la base del monumento. Mi padre copió los versos en el cuaderno que ahora tengo delante:

No como aquel gigante de bronce de los griegos cuyas piernas potentes de una tierra a otra se extendían; aquí en las puertas del ocaso que el mar baña, va a levantarse poderosa una mujer con una antorcha: su fuego es el relámpago apresado, su nombre Madre de los Exiliados. En la luz de su mano brilla una bienvenida para todos, su mirada serena domina el puerto de aéreos puentes enmarcado por dos ciudades hermanadas. «¡Guardaos, tierras antiguas, vuestra pompa historiada!», les grita con sus labios mudos, «dadme en cambio a los cansados, a los pobres, a las masas hacinadas que anhelan respirar la libertad. Las sobras sin futuro de vuestras playas llenas. Mandadme a los sin techo, los derrotados por la tempestad. Yo alzo mi faro tras la puerta de oro».

Luego cumplimos el viejo anhelo de mi padre. Desde antes de nacer, yo nunca

había vuelto a estar dentro de otro cuerpo. Me vinieron a la memoria la imagen de Jonás en el vientre de la ballena, los soldados griegos ocultos en la panza del caballo de Troya, nosotros mismos encerrados en La Araña. Siempre existía algo más grande y poderoso que unas veces nos protegía y otras veces nos iba consumiendo. Cuando ascendíamos por el interior de la estatua, imaginé que me hallaba dentro del cuerpo de Javier Cisneros y le arrancaba las células malignas que lo habían matado. Lo limpiaba con paños húmedos. Lo sanaba. Nos asomamos a la corona de la estatua. Desde allí se distinguía en el horizonte la curvatura de la tierra.

–Javier nunca alcanzará mi edad –dijo mi padre con tristeza.

El destino había elegido precisamente el día de su cumpleaños para llevarse al mejor de los amigos. Cuando decidió regalarnos el viaje a Nueva York, no solo a mi madre y a mí, sino sobre todo a sí mismo, no podía imaginar que acabaría arrepintiéndose de haberlo realizado.

Desde la corona se divisaban las Torres Gemelas. Philippe Petit había paseado entre esas torres hacía unas horas sin sentir miedo al abismo, al contrario que mi padre que había vislumbrado el camino de la muerte en los pasos del funambulista. Ahora que he alcanzado la edad que mi padre tenía entonces, no me cabe la menor duda de que fue ese día cuando empezó a sentir pánico al paso del tiempo. Su mejor amigo había muerto y él era un superviviente que caminaba sobre la cuerda floja a ras de tierra. A medida que iba cumpliendo años, el tiempo transcurría con mayor velocidad. Como si el impulso del descenso arrasara con todo. El tiempo era una avalancha y la soledad un desastre. Esa era la venganza de la vida sin vivir. De repente, te conviertes en un idiota. A partir de aquel día, mi padre no podría evitar acordarse de la muerte cada vez que presenciaba algo excepcional. La felicidad le ponía triste, porque era pasajera y también desaparecía. Vio la imagen de Marilyn Monroe abandonando el escenario del Madison Square Garden la noche del 19 de mayo de 1962, antes de que subiera el presidente Kennedy. Ella se alejaba despacio e imperturbable igual que los muertos del cementerio de Saint Paul's Chapel. La vio perderse en la oscuridad plagada de almas, como si estuviera iniciando el camino que habría de finalizar apenas tres meses después, la madrugada del 5 de agosto, en su residencia de Brentwood, entre las colinas de Beverly Hills y Malibú. El trayecto hacia la muerte. Mi padre paseaba por las calles de la ciudad más viva del mundo y solo veía muertos. Todos estaban muertos aunque ellos no lo supieran. «Todos están muertos menos tú», pensó recordando a su amigo. Ahí se hallaba el gran engaño: creer que somos inmortales. Sin embargo, ¿cuántas veces distinguiría en el horizonte la curvatura de la tierra? Mi padre se estaba muriendo, ahora lo sé. No me cabe la menor duda de que empezó a morir en Nueva York el día 7 de agosto de 1974. El día que un hombre caminó durante cuarenta y cinco minutos sobre un cable de acero entre las Torres Gemelas y el presidente del World

Trade Center dijo que Philippe Petit planificó y ejecutó el crimen perfecto y el mundo entero lo adoró por ello. El mismo día que un taxista cubano nos desveló que la isla de Manhattan estaba construida sobre una enorme piedra de basalto y que por eso Nueva York era la ciudad con más energía del planeta. El día que incineraron el cadáver de Javier Cisneros, el amigo que poseía una expendeduría en La Araña. Un estanco en el que despachaba cigarrillos, lotería nacional y apuestas del Estado. El hombre que se vanagloriaba de vender humo e ilusiones.

Durante el viaje de vuelta, vi en la portada del periódico la silueta del funambulista caminando entre las Torres Gemelas en el momento en el que un avión sobrevolaba su silueta. Yo apartaba la mirada del periódico y veía las sombras de las nubes desplazarse lentamente sobre el océano. Qué distintas eran las sombras mansas y claras que veía desde el cielo de aquellas otras que me atemorizaron durante la niñez. Mis padres parecían dormir con los ojos abiertos en los asientos delanteros. No hablaban, no se movían. Eran dos desconocidos que habían realizado juntos un largo viaje de casi treinta años que estaba llegando a su fin. Mi padre regresaba de Nueva York, estrenaba casa, era rico y estaba triste. Le ocurría algo personal. Algo relacionado con la edad, el pesar y la tristeza de la vida. Había comprobado que muchos sueños se cumplen demasiado tarde, cuando ya se es viejo y se ha perdido el deseo. Al contrario que Philippe Petit, que justo antes de apoyar el pie sobre el alambre pensó que sería hermoso morir en el ejercicio de su pasión. Mientras miraba a través de la ventanilla del avión descubrí que todo lo que nos había sucedido en los últimos meses era asombroso y real, pero a la vez lejano e intangible como las sombras de las nubes. Mis padres no volverían a ser felices juntos. El silencio y la quietud que ambos guardaron durante el viaje fue una premonición de la actitud que adoptarían en el futuro. Un largo silencio se iba a cernir a partir de entonces sobre ellos, como un ave rapaz. El mismo silencio que yo heredé. Ese silencio que produce estragos.

–El silencio siempre llama al miedo –dijo mi padre una tarde que fui a visitarlo, cuando ya vivía solo en esta casa de La Araña.

Esa misma tarde me regaló el reloj que lo había acompañado siempre. Se lo quitó despacio, miró emocionado la esfera igual que si se despidiera de un viejo amigo y lo puso en la palma de mi mano con una expresión de alivio y a la vez de tristeza, como si me entregara el relevo del tiempo y la vida.

–Es una tradición que el hijo herede el reloj del padre.

La última noche que pasamos en Nueva York fuimos a cenar al Windows on the World. Mi padre había reservado una mesa en el restaurante que se hallaba en la planta 107 de la torre norte. Ahora estoy de nuevo con mis padres y mi hermano, que no han muerto. Vislumbro nítidamente a los cuatro sentados en el aire a cuatrocientos metros de altura. La imagen de nuestros cuerpos suspendidos en el vacío de un edificio que ya no existe. Al llegar los postres, mi padre brindó por su amigo mirando de soslayo el cielo de Manhattan y luego se volvió hacia mí para decirme:

–Javier Cisneros, tu madre y yo fuimos cómplices de una historia que prometimos guardar en secreto.

Mi padre se quedó callado un instante, como si calibrara la conveniencia de las palabras que iba a pronunciar y considerase la magnitud de su significado. Oigo el silencio a seis mil kilómetros y casi cuarenta años de distancia. Después continuó confesándose en voz alta:

–Éramos los únicos testigos y nuestras respectivas coartadas. Nos teníamos plena confianza, pero también sabíamos que en determinadas circunstancias incluso el mejor amigo puede delatarnos aunque no quiera.

Mi madre tenía la mano apoyada sobre la rodilla de mi padre por debajo de la mesa. Le pellizcaba. Le enviaba mensajes telepáticos que él no parecía recibir. Hasta que no pudo soportar más y le interrumpió:

–Cualquiera que te oiga creerá que has matado a alguien. Estamos de vacaciones en Nueva York y Javier no consentiría que nos pusiéramos tan tristes y trascendentales en una noche como esta, así que déjate de monsergas.

Mi padre tenía la costumbre de dejar algunas frases y pensamientos en el aire, como si de pronto se diera cuenta de que estaba desvelando algo demasiado íntimo o se arrepintiera de pensar en voz alta. En ocasiones suspendía la narración durante un instante para crear suspense o simplemente porque olvidaba lo que iba a decir, la memoria le solía fallar después de sobrepasarse con el alcohol. Sin embargo, aquella noche fue mi madre quien intervino para que cambiara de conversación. Su conducta me resultó sospechosa. No me entraba en la cabeza que mis padres pudieran estar relacionados con ningún delito. No los imaginaba implicados en un asunto ilegal, pero las misteriosas palabras de mi padre y la posterior interrupción de mi madre despertaron mi curiosidad. Después de cenar nos asomamos al mirador. La vida transcurría frágil e insignificante allí abajo. La importancia de los

problemas se reducía desde esa perspectiva, como si la gravedad de los conflictos humanos disminuyera con la distancia.

Me observo en el espejo del cuarto de baño y veo a mi padre en 1974. Ahora él y yo somos físicamente iguales y tenemos la misma edad. Trato de esquivar el reflejo de su figura, pero me resulta imposible. Lo veo todos los días. Los familiares me lo recuerdan constantemente. «Cada vez te pareces más a tu padre», me dicen. Incluso los que no le conocieron nos confunden en las fotos. Me sorprendo realizando los mismos gestos que él hacía al afeitarse y cuando se levantaba de madrugada para ir a orinar. Me cruzo con su presencia por la casa vacía y nos miramos sin decir nada. Los dos caminamos con pasos torpes y sentimos la misma rigidez en las articulaciones, como si anduviéramos ensimismados por el pasillo de un barco. Sin atrevernos a subir a cubierta y encontrarnos a solas con la noche oscura.

¿Por qué al regresar de Nueva York y cuando tenían el futuro resuelto la convivencia de mis padres se truncó de repente? ¿Hasta qué punto la muerte de su mejor amigo influyó en la conducta de mi padre? Me hago estas preguntas mientras miro las fotos que él guardaba en una caja de madera bajo la cama: aquí estoy solo en el puente de Brooklyn; mis padres con un gorila de peluche en el mirador del Empire State; Javier Cisneros y mi padre tendidos al sol en la playa del Peñón del Cuervo; mi hermano Pedro recién nacido en los brazos de mi madre; de nuevo los dos amigos, abrazados y sonrientes, en el bar del Comunista. Las fotos nos congelan e immortalizan en instantes caprichosos. Tan pronto mis padres son más jóvenes que yo como en la foto siguiente me convierto en un bebé lastimoso al que mi madre consuela en el regazo. Aquí aparezco con pocos meses, sentado en las rodillas de mi padre, bajo el reloj de pared que marca siempre la misma hora. Las fotos no siguen una cronología ordenada, sino que juegan con el tiempo, como sucede con los pensamientos. Ahora he alcanzado la edad que tenía mi padre cuando decidió separarse de mi madre y ocupar esta casa. La diferencia de edad disminuye con el paso del tiempo hasta que finalmente desaparece. La edad nos une hoy más que nunca y también me provoca cierta repulsión. Como los dos polos de un imán. Me atraen los aspectos más oscuros y enigmáticos de la vida de mi padre, pero rechazo los gestos, las reacciones, los rasgos que nos identifican. Me invade la sensación de que estoy siguiendo sus pasos e imitando su conducta. Me produce desasosiego adivinar las enfermedades que voy a padecer y el tiempo que me resta de vida. ¿Cómo irá variando mi carácter a medida que se acerque el final? Llega un momento en que los años cobran una importancia definitiva. No ocurre en la infancia, sino cuando sobrepasas los cincuenta y sientes que el tiempo se escapa. Entonces lo tratas de aferrar como si fuera una gota de mercurio que brilla en la palma de la mano y se escurre entre los dedos cada vez que intentas capturarla.

Cuando regresamos de Nueva York, el Comunista le entregó a mi padre una

especie de trofeo que contenía las cenizas de Javier Cisneros. La vida de un hombre cabe en un trofeo que nadie celebra. Ahí descansan los despojos del tiempo y la muerte.

—Los últimos meses estuvo encerrado en casa. No abría la puerta a nadie salvo al empleado de la tienda de comestibles y al conductor del vehículo que lo venía a recoger para llevarlo al hospital. Después de unas horas volvía y se encerraba de nuevo. —Mi padre veía la soledad del amigo en las palabras del Comunista—. Dos semanas antes de morir, una noche vino a verme. Me entregó un sobre que contenía sus últimas voluntades y me informó que lo tenía todo dispuesto para que su cuerpo fuera incinerado. «Seré el pionero de las cremaciones, al menos aquí en La Araña», me dijo irónicamente, tratando de burlarse del miedo que durante los últimos meses lo había atormentado. Luego me dio los datos de la funeraria con tal naturalidad que parecía estar de mudanza y ofreciéndome la dirección de su nuevo domicilio. Ya sé que puede resultar paradójico, pero estoy seguro de que el hecho de ser incinerado significaba para él un alivio, el final de la tortura.

Mis padres heredaron el local del estanco y la vivienda de Javier Cisneros. Los ahorros de su cuenta bancaria los donó a una institución benéfica. Al menos un par de veces por semana, mi padre levantaba la puerta metálica del estanco. La claridad del día iluminaba los carteles con la propaganda de los sorteos; la pizarra con los signos de la última quiniela de la temporada que se había celebrado el 20 de mayo de 1974; la lista de los números premiados; los compartimentos de madera vacíos donde se colocaban los paquetes de tabaco. Limpiaba con delicadeza la superficie del trofeo que contenía las cenizas de su amigo y dialogaba con él en silencio. Lo depositaba sobre el mostrador junto al humo y las ilusiones del pasado. Antes de irse entraba en el dormitorio y se sentaba frente a la cabecera de la cama donde Javier Cisneros estuvo postrado los últimos meses. Se quedaba mirando la sábana blanca como si fuera una pantalla en la que se proyectaban los recuerdos. Debajo de aquella cama estaban enterrados el amor y la muerte.

Mi padre era rico pero afrontaba el futuro con la expresión de un perro vagabundo que anda en busca de comida. Cuando nos pusimos en la cola de la puerta de embarque del aeropuerto de Nueva York, le oí murmurar:

—Siento lo mismo que si fuera en peregrinación a mi propia tumba.

Mi madre atribuyó aquel súbito derrumbamiento a la muerte del amigo y a las diversas pérdidas que ambos habían ido acumulando a lo largo de los años. Era como si al fallecer alguien cercano despertara el recuerdo de los demás muertos. Mis padres tenían la sensación de participar en una carrera de resistencia en la que cada vez quedaban menos competidores. Los dos conocían las reglas, aunque mi padre nunca las había comprendido. La alegría de sobrevivir estaba teñida por la dolorosa certeza de que no se puede vivir eternamente. Era ley de vida, pero existían leyes que habría que derogar para siempre. Mi padre temía envejecer

mientras que mi madre lo consideraba un privilegio. La única preocupación de mi madre consistía en la felicidad de su hijo. Lo demás, las enfermedades y la muerte de cualquier otra persona de su edad, incluida la de ella y su marido, eran gajes del oficio. El tiempo de su generación ya había transcurrido y eso, en vez de angustiarla, le producía un gratificador descanso. Mi madre siempre fue más adaptable, más paciente y optimista, y también más enigmática. A su manera reservada e intuitiva supo calar en todas y cada una de las personas que la rodeaban. Sin embargo nadie consiguió nunca descubrir adónde iba cuando de repente se ausentaba. Eran unos segundos en los que se convertía en una extraña. Se mantenía siempre en un discreto segundo plano, excepto cuando era preciso resolver las cuestiones domésticas de la vida cotidiana para las cuales mi padre mostraba una absoluta ineptitud. Creo que ese distanciamiento no lo mantenía por temor ni timidez, aunque fuera tímida y en el fondo tuviera miedo, sino para poder observar los distintos sucesos al amparo del anonimato. Luego analizaba los asuntos en silencio a solas consigo misma. En esos momentos en los que mi madre estaba callada y distante era cuando más llamaba mi atención. La vida en común de mis padres era una manera de estar solos y a la vez una especie de protección contra la soledad.

Al lado de la nueva casa había una residencia de ancianos, quienes por las mañanas se sentaban al sol en una terraza que lindaba con la nuestra. Mi padre los espiaba con tristeza tras el cristal de la ventana. Les veía pasar las horas, solitarios y meditabundos, como si estuvieran en la sala de espera de la muerte. La valla que nos separaba de la residencia marcaba una frontera que él temía traspasar. El tiempo en aquel lugar estaba poblado de fantasmas. De vez en cuando, sobre todo de madrugada, aparcaba delante de la residencia una ambulancia. Los destellos de luz parpadeaban en las paredes de casa. Mi padre se asomaba a la ventana y veía las siluetas de unos hombres que entraban en el edificio de al lado y pocos minutos después sacaban en camilla a uno de los ancianos. Mi padre no podía evitar pensar que se lo llevaban para matarlo. Se acordaba de los pistoleros que golpeaban de madrugada las puertas de las casas y sacaban a empujones a los desconcertados inquilinos.

Tras regresar de Nueva York, mi padre empezó a sentirse incómodo en casa. Se irritaba sin motivo. No soportaba perder horas buscando algo que había dejado olvidado en La Araña. Cuando salía a la calle nada le sorprendía. Tenía la posibilidad de comprar todo lo que se le antojara, pero lo que él necesitaba no se conseguía con dinero. «¿Acaso existe alguna casa de empeño en la que pueda recuperarse el tiempo perdido?», se hizo esta pregunta en voz alta y él mismo la respondió:

—Elegí mi camino hace muchos años y con el tiempo no se puede dar marcha atrás.

La certeza de que ya nunca podría recobrar el pasado le fue encerrando en un mundo cada vez más impenetrable. Nueva York había sido un espejismo. La muerte de Javier Cisneros le devolvió a la realidad. Mi madre intentó rescatarlo. Le propuso viajar a los lugares que él siempre había soñado. Le llevaba folletos publicitarios de agencias de viajes con tentadores itinerarios que mi padre miraba de soslayo sin prestarles la menor atención, como si estuviese delante de un billete de lotería caducado.

Mi padre pasaba cada vez más tiempo en La Araña. Llamaba por teléfono para avisarnos de que se quedaba a dormir allí. Se encerraba en la casa de Javier Cisneros y por las noches visitaba el bar del Comunista. Se sentaba en una de las mesas y bebía despacio mirando la oscuridad del mar. Mis padres se fueron distanciando cada día más hasta acabar viviendo separados, como si todo respondiera a un plan meticulosamente preconcebido y no hiciesen otra cosa que cumplir las pautas que habían trazado de antemano. No hubo gritos ni reproches. No esperaron hasta el final para decirse las cosas más horribles a la cara como hacen tantos matrimonios. Ellos no se habían perdido el cariño, desde fuera daba la impresión de que les pasaba lo mismo que a esos enamorados que se ven obligados a residir en ciudades distintas por motivos laborales. A fin de cuentas, también en el caso de mis padres se trataba de un asunto de fuerza mayor. Una medida de supervivencia. La única forma que mi padre tenía de sobrevivir era negando la realidad y eso fue lo que hizo. No quería seguir envejeciendo junto a su mujer. No soportaba la idea de llegar a convertirse en un estorbo. Y en el caso de que sucediera lo contrario y fuese ella la que contrajese una enfermedad que no le permitiera valerse por sí misma, tampoco podría soportar la tristeza de verla consumirse a su lado. Le espantaba la posibilidad de acabar convirtiéndose en un hombre viudo, porque sería como acompañar a la muerte durante el resto de su vida. Tampoco quería torturar a nadie con esa carga. Este fue el verdadero motivo de la separación. Al menos eso es lo que yo creo ahora que he alcanzado la edad que mi padre tenía entonces. El deseo vehemente de que todo el mundo a quien él amaba viviera para siempre. Una conducta tan egoísta e infantil resultaba difícil de sostener con palabras. Los dos se echaban de menos, aunque ambos sabían que aquella situación era irreversible. Mi madre siempre dijo que salvar el momento era el verdadero arte del amor. Por eso hizo un último intento para convencerlo de que permanecieran juntos, no tanto por sí misma como por él, porque sabía que sin su cuidado y protección era un hombre desvalido.

—Cuando una persona no sabe qué hacer lo mejor es que se quede donde está.

Aquel consejo obró el efecto contrario al que ella pretendía. Esa noche mi padre se dedicó a repasar su vida y descubrió que siempre había estado sometido a presiones sentimentales, domésticas y laborales. El sentido del deber y de la responsabilidad lo había atenazado e impedido disfrutar de otras experiencias que

ya no volverían a presentarse. Nunca había intentado escapar de la realidad, salvo cuando abusaba del alcohol, y ni siquiera entonces llegaba a perder la conciencia. La aventura era cosa de otros. Sin embargo, la decisión de despedirse del trabajo fue su primer acto de rebeldía y le trajo suerte. Fue como si el destino le concediera esa segunda oportunidad, pero le había llegado demasiado tarde. Mi padre tuvo la impresión de ser un viejo volcán apagado que de pronto entraba en erupción. Los volcanes viven solos, pensó. No deseaba iniciar ninguna nueva relación, simplemente necesitaba expulsar la lava que llevaba dentro sin dañar a nadie. Sabía que además de la masa líquida o pastosa que contiene la lava de los volcanes, también es frecuente que exista un fondo de masa vítrea no cristalizada que puede ocasionar heridas. Al día siguiente, mi padre salió por la puerta y los dos supieron que nunca más iba a volver.

Hubo un tiempo en el que mi padre no fue solo el hombre gris que pasaba diez horas al día encorvado sobre la mesa cubierta de papeles y de polvo de la oficina de la Fábrica de Cementos Goliat, sino también el héroe que se transformaba al llegar a casa. Un domingo que estábamos desayunando en el patio trasero oímos un gran alboroto en la calle. Mi madre se asomó para ver lo que ocurría y una vecina le comunicó que la fábrica estaba ardiendo. Mi padre se levantó de la silla, escupió polvo sobre el arriate de flores mustias y con el tono imperturbable de los aventureros del lejano Oeste dijo secamente:

–Voy a apagar el fuego.

Yo tenía entonces cinco años y era incapaz de descubrir las mentiras de mi padre. Unas horas después estaba de vuelta y no acertaba a introducir la llave en la cerradura. Al fin consiguió abrir con dificultad la puerta de la calle y traspasar el umbral del recibidor dando traspies como un *cowboy* herido. Lo recuerdo sofocado, sudoroso y con los ojos irritados, aunque sin desprender olor a humo. Tampoco tenía ninguna magulladura. No distinguí la más mínima secuela del incendio en la cara ni en la ropa de mi padre. Sin embargo, parecía abatido. Al verme sacó fuerzas de flaqueza, irguió el cuerpo y echó los hombros hacia atrás como si pretendiera disparar el último tiro antes de caer al suelo.

–Ya he apagado el fuego.

Mi madre estaba acostumbrada a sus proezas étlicas y no le hizo caso. Además, la misma vecina que nos informó del incendio anunció poco después que se trataba de un simulacro de emergencia que se estaba realizando en la fábrica y que los empleados administrativos estaban exentos de participar en el ejercicio. Después de almorzar, mi padre se echó la siesta y yo me acosté encima de él. Tuve la sensación de hallarme tendido sobre una montaña que respiraba, que dormía profundamente, que rugía como el gigante Goliat. ¿Qué abominable ser se ocultaba dentro de mi padre? Al cabo de un rato, mi madre lo despertó. Le dijo que se había producido un accidente durante el simulacro de incendio y dos trabajadores estaban heridos. La montaña se desmoronó y contestó con voz de resaca:

–Voy a ver qué ha sucedido.

Mi padre regresó de madrugada. Se desvistió en silencio en el comedor para no despertar a mi madre. Le oí desde la cama quitarse la chaqueta, los zapatos, el breve sonido metálico de la cremallera. Lo llamé:

–¡Papá, quiero agua!

No tenía sed, pero necesitaba su presencia para espantar el miedo. Le dije que

había visto sombras atravesando las paredes. Que cuando estaba solo las sombras se asomaban al cuarto, pasaban por delante de mi cama y se reflejaban en el espejo del armario.

—¿Cómo dices?, ¿sombras? Mañana cuando vuelva de la fábrica tenemos que ver eso. Ahora duérmete, yo vigilaré la casa.

Al día siguiente, mi padre no se acordó de las sombras que acechaban mi cuarto. Le contó a mi madre los sucesos del día anterior. Le dijo que dos trabajadores habían sufrido heridas superficiales al tropezar entre ellos y caer por las escaleras cuando salían corriendo de la fábrica. Mi madre se alegró de que no le hubieran obligado a participar y añadió con tono irónico:

—Con el alcohol que llevabas encima habrían faltado agua y extintores para apagarte.

Me tiendo en la cama de matrimonio que Javier Cisneros recuperó cuando vendimos la casa y en la que seguramente fui concebido. Noto el hueco de los cuerpos de mis padres, las formas del sueño. Me acoplo al hueco del lado derecho, luego al del lado izquierdo. Me convierto en cada uno de ellos. Los huecos recobran vida, se desperezan. Los cuerpos de mis padres que compartieron sobre esta misma cama momentos de alegría y de tristeza, anhelos y frustraciones. Hasta que un día se separaron para acabar durmiendo solos en el mismo lado de la cama que ocupaban cuando vivían juntos. Oigo sonar el despertador. Unos segundos después veo la figura de mi padre que se levanta a oscuras y se dirige al cuarto de baño. El hueco que deja en la cama. Cada día la misma rutina. Antes de irse al trabajo, entra en la cocina y envuelve el bocadillo en papel de periódico. Lee de nuevo el titular de la noticia que aparece en la portada: «Un pescador descubre un fósil viviente en las aguas de La Araña». Sale de casa. Al atravesar el pasadizo subterráneo que lo separa de la fábrica piensa en el celacanto vivo que capturó Juan Barber cuando faenaba frente a la cala del Cemento. «Una captura extraordinaria», dice el periódico. Hasta la fecha habían aparecido varios fósiles de ese pez, pero los expertos estaban convencidos de que se hallaba extinguido desde hacía unos setenta millones de años. Lo más curioso es que la especie no había sufrido cambios en su morfología. Mi padre trata de encontrar alguna íntima y remota semejanza con ese pez opaco, mudo, de ojos abatidos. Camina por el pasadizo subterráneo y los coches atropellan sus pensamientos. Apenas ha dormido y se siente aturdido y desconcertado. Él también ha sobrevivido durante casi cuarenta años camuflado entre los demás, ocultando su auténtica personalidad y procurando pasar inadvertido. Casi cuarenta años sepultado junto a Manuel Asensio en la oficina de la fábrica. Los dos con la mirada fija en la mesa cubierta de papeles y de polvo, temblando constantemente como tiemblan las máquinas de escribir y los teléfonos, los muebles y las fotografías panorámicas de la cementera que cuelgan de las paredes. Como tiembla Manhattan, una isla luminosa en medio del territorio

inhóspito de La Araña. Como si los objetos padecieran párkinson y fueran presas de la misma parálisis agitante. Casi cuarenta años encerrados en una de las habitaciones del pequeño edificio que se construyó junto a los molinos de crudo y donde al principio se alojó la familia del dueño del cemento. Oyendo siempre el mismo ruido infernal y temblando, como si la vida entera se redujese a un permanente movimiento sísmico de baja intensidad. Casi cuarenta años teniendo que levantar la voz para hacerse oír y enjugándose los ojos. Los dos empleados administrativos siempre medio mareados de tanto navegar en el interior de un camarote que no cesa de moverse y contemplando a diario el mismo paisaje desolador que se observa desde el ojo de buey: un pequeño círculo de claridad en medio del cristal polvoriento de la ventana.

Mi padre y Javier Cisneros bebían juntos, fumaban, echaban pulsos con los codos apoyados sobre la mesa y las caras desencajadas por el esfuerzo, paseaban con mi madre descalzos por la orilla del mar mientras yo daba brincos y correteaba a su alrededor. Luego se sentaban en el bar del Comunista con los pies desnudos sobre la arena. Cuando me acercaba a la mesa cambiaban de conversación como si yo fuese un pobre intruso que no tenía derecho a enterarse de nada. Por eso deseaba hacerme mayor lo antes posible, para formar parte de una sociedad secreta y mantenerlos al margen de la misma manera que ellos hacían conmigo. Pero un día, cuando ya había cumplido los ocho años, el amigo de mi padre se hizo amigo mío y a partir de entonces todo cambió entre nosotros. Mi padre me había mandado a comprar un paquete de Celtas cortos. Al salir del estanco, Javier Cisneros me preguntó si tenía algo que hacer el próximo sábado por la tarde. La pregunta me hizo sentir importante. Me quedé dudando unos segundos antes de responder igual que si fuera un hombre muy ocupado con una agenda repleta de compromisos:

—¿El sábado? No, no tengo nada que hacer.

—Pues resérvame la tarde. Te voy a llevar a que conozcas a un amigo que viene de lejos y que estoy seguro te sorprenderá.

El sábado por la tarde, cuando íbamos a la ciudad en el Volkswagen Escarabajo, Javier Cisneros se dirigió a mí de un modo absolutamente distinto a como lo hacía el resto de las personas que me decían cosas ridículas que parecían ir destinadas a un niño pequeño.

—No te asustes cuando lo veas, pero quiero prevenirte de que mi amigo se dedica a partir en dos a las mujeres.

—¿Qué?

—Lo que oyes.

—¿Las parte por la mitad?

—Más o menos.

Aquella tarde conocí al Gran Houdini, el Rey de las Esposas. Yo ignoraba si lo apodaban así porque había asesinado a varias de sus mujeres o porque era capaz de librarse de ataduras y cerrojos para escapar de cualquier sitio sin dejar rastro, incluso del interior de una cárcel y un ataúd. Un ilusionista que no solo partía por la mitad a su propia mujer con un serrucho, sino que también la hipnotizaba y la hacía levitar hasta dejarla suspendida en el aire como si durmiera sobre una alfombra mágica. Pero lo que más me impresionó fue ser testigo de su muerte.

¿Cómo podía morir de verdad alguien que se desmaterializaba cuando le venía en gana? Mientras volvíamos a La Araña en el Escarabajo, pensé que en ese momento el Gran Houdini ya estaría de nuevo vivo y fuera del ataúd. Que habría escapado de la muerte de la misma manera que logró salir del interior del baúl que lanzaron a las aguas heladas del río Detroit, en la región de los Grandes Lagos. Estaba seguro de que conseguiría fugarse aunque lo introdujeran en una caja cerrada herméticamente con candados como acababan de hacer esa misma tarde en la pantalla del cine Emporio. Todo consistía en realizar un gran esfuerzo de concentración hasta que se abrían las esposas, las cajas fuertes, las puertas de las cárceles y los ataúdes.

Cuando diez años después viajamos a Nueva York y vimos al funambulista Philippe Petit caminar entre las Torres Gemelas, mi padre exclamó en voz baja delante de la puerta del edificio Woolworth:

–¡Dios mío!, la vida es corta y peligrosa; y yo soy un viejo.

Al oírlo recordé la tarde que Javier Cisneros me llevó a conocer a su amigo el Gran Houdini. Me vino a la memoria el elixir de la eterna juventud que el mago dio a probar a aquel anciano que en cuestión de segundos se transformó en un joven bailarín y seductor. Me habría gustado regresar en el tiempo y decirle que, por favor, también devolviera la juventud y la ilusión a mi padre. Que le arrancara esa obsesión con la muerte que tenía incrustada en el cerebro.

–¿Lo has pasado bien? –me preguntó Javier Cisneros. No hizo falta que asintiera, el brillo de los ojos me delataba–. La próxima vez que venga algún otro amigo volveremos al cine para verlo, ¿de acuerdo?

Pocos días después de conocer al Gran Houdini murió mi abuela paterna. No me dejaron entrar en la habitación para despedirme de ella como hacían las visitas porque prefirieron que la recordara siempre despierta y sonriente. Yo tenía curiosidad por ver a otra persona muerta después de la experiencia del cine Emporio. Miraba la puerta entornada del cuarto en penumbra y me venía la imagen de la cara de mi abuela pálida como un pescado. Ese es el recuerdo que guardo de ella, la cara que me impidieron ver y que yo imaginé desde el otro lado de la puerta. Luego me concentré igual que hacía el Gran Houdini cuando se desmaterializaba. Hasta que mi abuela se incorporó de la cama, pasó por delante de mí y se dirigió a la cocina para proseguir con las tareas que se había visto obligada a interrumpir para morir. Las visitas que habían ido a expresar las condolencias se echaban a un lado y la dejaban pasar como si mi abuela anduviera sonámbula y no quisieran despertarla. Desde entonces, desde que conocí al amigo de Javier Cisneros y vi el espíritu de mi abuela caminar entre los asistentes a su velatorio, siempre he mantenido una secreta complicidad con los muertos. Sé que están disimulando y que aguardan a que todos nos hayamos ido para incorporarse y seguir haciendo en silencio, en mitad de la noche, las tareas que habían dejado sin

concluir. Por eso nunca he llorado delante de ningún cadáver, porque me convierto en cómplice de su secreto.

Unos días después de la muerte de mi abuela, le hice a mi madre la pregunta más importante y complicada que le iba a plantear en la vida:

–¿Adónde van los muertos?

–Al cielo –me respondió sin pensarlo.

Miré al cielo e imaginé a mi abuela caminando por el aire. La vi apoyada en el bastón tratando de mantener el equilibrio y buscando un banco de niebla o una nube con forma de silla en la que poder sentarse a descansar.

–¿Al cielo? –Le volví a preguntar. No acababa de comprender que todos los muertos anduvieran flotando por el aire como pájaros dormidos.

–Sí, al paraíso.

–¿Y dónde está el paraíso?

–En cualquier sitio, incluso puede estar encima de tu cabeza.

Me pasé la mano por la cabeza y no noté nada extraño. ¿Cómo iban a caber en un sitio tan pequeño todas las personas del mundo que habían muerto en sus casas y en los fuertes del Oeste americano y en los castillos medievales? Encima de mi cabeza no cabía ni siquiera la abuela. Mi madre se dio cuenta del estado de confusión que me produjo su respuesta y me desveló un secreto maravilloso:

–El cielo es un lugar resplandeciente en el que todos viven felices. Un jardín repleto de juguetes, árboles, animales y todas las cosas del mundo que a ti más te gustan. Allí es donde ha ido la abuela.

–¿Igual que el paraíso terrenal?

–Exacto, igual que el paraíso terrenal pero sin ninguna mala víbora entrometiéndose en la vida de nadie.

Después de oír a mi madre me entraron ganas de morirme por primera vez en la vida. A partir de esa conversación, por las noches, cuando estaba solo y a oscuras en el cuarto, imaginaba que me moría e iba al cielo. Al abrir el libro de historia sagrada me quedaba absorto mirando los cuerpos desnudos de Adán y Eva en el paraíso terrenal. Me inquietaba y me producía cierto temor la figura de aquel Dios enfurecido que expulsaba a nuestros primeros padres del jardín del Edén por el simple hecho de desobedecerlo y comer la manzana del árbol prohibido. Menos mal que a mí no me gustaban las manzanas. Tenía que ser horrible que me echaran de un sitio tan divertido y tuviera que pasar el resto de la vida arrastrándome por lugares tenebrosos y ganándome el pan con el sudor de mi frente. Pero he de confesar que en el fondo me alegré de que Dios expulsara a Adán y Eva del paraíso porque prefería mucho más compartir el cielo con mi familia y los amigos que con dos extraños que se fiaban de una diabólica serpiente retorcida y mentirosa.

A la mañana siguiente desvelé el secreto a mi compañero de clase:

–Un día de estos me voy a morir y luego iré a vivir al paraíso terrenal.

–Estás loco.

–¿Loco?, ya verás cuando recibas mis postales.

No entendía que mis amigos quisieran consumir el tiempo estudiando como auténticos locos, trabajando y sufriendo, en vez de jugar y divertirse. No me cabía en la cabeza que prefirieran pasar por ese calvario antes que morirse e ir al cielo. También me sorprendía la conducta de los muertos que desaparecían de repente y no volvían a dar señales de vida. Cuando íbamos a visitarlos nunca los conseguíamos ver, como si se escondieran al oírnos llegar. Igual que si se los hubiese tragado la tierra.

Algunos de los amigos de Javier Cisneros también vivían en casas con otras casas ocultas en el interior como los ataúdes que se escondían en nichos y sepulturas. Cuando querían desaparecer pulsaban un botón que solía estar camuflado detrás de algún libro de la biblioteca o en cualquier otro sitio estratégico y la pared comenzaba a girar trescientos sesenta grados hasta volver a la posición inicial. Al otro lado de la pared estaba el misterio. Una tarde al salir del cine, después de ver *La casa del miedo*, Javier Cisneros me confesó que él tenía una escalera en su casa que bajaba al cuarto secreto igual que la escalera de la película conducía a la cueva de los Contrabandistas. Luego siguió hablando como si tal cosa. Me dio la sensación de que él conocía el castillo escocés de la película que se hallaba en el acantilado de la Tristeza y que también había estado alguna vez con aquellos siete hombres jubilados que pertenecían al Club de los Buenos Camaradas. Al llegar a La Araña, le pregunté por qué no me enseñaba el cuarto secreto.

–¿El cuarto secreto? –Puso tal cara de asombro que por un instante pensé que le había oído mal–. No sé a qué cuarto secreto te refieres, ni siquiera recuerdo cuáles son los otros tres.

–Me refiero a la habitación que tienes escondida en tu casa.

–¡Ah! ¿Que por qué no te la muestro?, pues porque encierra una historia que aún no tienes edad de conocer.

Aquella noche, al pulsar el interruptor para apagar la luz de mi cuarto, la pared dio media vuelta y me quedé solo en la oscuridad sin atreverme a abrir los ojos. Estaba seguro de que allí vivían las sombras. Las paredes giratorias se convirtieron en una obsesión. Me pasaba el día buscando botones y moviendo de sitio los objetos para ver si por casualidad daba con el artificio encargado de hacer girar la pared y mostrarme el mundo misterioso que se ocultaba al otro lado. Tal vez en ese lugar encontrara el paraíso. Hasta que llegué a la conclusión de que nuestra casa no guardaba secretos.

Javier Cisneros adoptó la costumbre de llevarme casi todos los sábados por la tarde al cine. La taquillera daba por supuesto que el hombre viudo que me acompañaba era mi padre y ni él ni yo hacíamos nada por desmentirlo. Me agradaba la idea de tener un segundo padre los sábados por la tarde. Me hacía

sentir superior a los demás chicos de mi edad que se quedaban jugando en La Araña mientras yo salía con hombres mayores. Antes de sacar las entradas, Javier Cisneros y el acomodador mantenían un breve diálogo para decidir si me consideraban autorizado para ver la película. Durante esos segundos me concentraba como el Gran Houdini para que el acomodador fuera indulgente en sus comentarios. Mientras ellos deliberaban me quedaba mirando las fotos del vestíbulo. Me preguntaba qué cosas tan terribles hacían aquellas personas para que no me permitieran entrar a verlas. Oía sus voces anónimas resonando en el interior de la sala junto con la música y el silencio que traspasaban las gruesas cortinas. Era como tener una pared delante con un mundo excitante y misterioso al otro lado y no encontrar el botón secreto que la impulsaba a girar. Cuando de noche me acostaba, volvía de nuevo al cine para ver la película que me habían prohibido. El acomodador me guiaba alumbrando con la linterna la suave pendiente del pasillo. Andaba entre las sombras de los espectadores que se repartían a ambos lados de la sala. Los hombres mayores estaban por debajo de mí, como si el mundo se hubiera instalado en la infancia y yo lo dominara. Hasta que el acomodador señalaba mi butaca, apagaba la linterna y me dejaba a solas con las personas de las fotos del vestíbulo que cobraban vida y hacían cosas verdaderamente terribles.

Yo deseaba hacerme mayor lo antes posible, pero el tiempo transcurre demasiado lento en la infancia. Después sucede todo lo contrario. A partir de cierta edad el tiempo se precipita y nos desborda. Mi padre recobraba la ilusión de la inocencia cuando iba al cine Emporio. Uno de los días que fui a visitarlo tras separarse de mi madre me estuvo hablando del miedo que sintió durante los años posteriores a la guerra. Cuando ya nos despedíamos dijo una frase que poseía la contundencia de un epitafio:

–Durante aquellos años no me salvó la vida ninguna pistola, sino el cine.

Mi padre se encerraba a escuchar bandas sonoras de películas con los artistas que cubrían las paredes de una de las habitaciones de casa que estaba reservada casi exclusivamente para él. Desde el pasillo oía la música y los largos periodos de silencio igual que si estuviera en el vestíbulo del cine Emporio aguardando el dictamen del acomodador. A veces, mi padre me invitaba a pasar. Aquel sitio era un mundo aparte. Mi padre lo llamaba el cuarto de las estrellas. Nos sentábamos sobre montones de periódicos y revistas atados con cuerdas y me contaba las anécdotas más disparatadas de los artistas del celuloide. Mi madre se negaba a entrar en ese cuarto.

–Algún día te van a enterrar las estrellas.

La gran tragedia se originó al colarse una rata en el cuarto que se dedicó a roer las fotos de los artistas. Una intrusa que mutiló las piernas de Marlene Dietrich, se comió los ojos de Marilyn Monroe y desarmó al propio James Cagney. Cuando encendíamos la luz, la rata desaparecía y era como si también se la hubiera tragado

la tierra. Mi padre la buscaba dando palos de ciego a las paredes y los montones de periódicos, hasta que una tarde decidió acabar con la intrusa. Antes de entrar en el cuarto se puso el pijama como si tuviera la intención de acostarse con ella en vez de matarla. Luego se ató dos cuerdas a la altura de los tobillos para que no se colara por debajo de los pantalones, agarró la pala de hierro que mi madre utilizaba para recoger el polvo y entró en el cuarto con la misma serenidad y decisión con la que un par de años antes salió de casa para apagar el fuego. Al verlo con la pala, mi madre que acababa de llegar del mercado le dijo con el mismo tono irónico que utilizó la vez del incendio:

—¿Vas a recoger polvo de estrellas?

Mi padre no respondió. Estaba obsesionado con matar a la rata y se encerró en el cuarto a solas con ella. Apenas tardó cinco minutos en descubrirla. Desde fuera se oían los golpes y los chillidos del animal. El ruido sordo del metal golpeando su cuerpo. Mi madre y yo nos encogíamos de asco y dolor al otro lado de la puerta. Hasta que mi padre salió del cuarto sosteniendo de la cola una rata gris que sangraba por el hocico. Me fijé en sus ojos sin vida y me dio la sensación de que llevaba muerta desde hacía mucho tiempo. Al día siguiente, mi padre colocó un par de ratoneras en el cuarto para custodiar la seguridad de las estrellas.

La foto que más me gustaba del cuarto de mi padre era la del hombre que partía el mar por la mitad gracias a su enorme poder de concentración. Igual que hacía el Gran Houdini con el cuerpo de su mujer: primero lo seccionaba e inmediatamente después lo restauraba, como si no hubiese pasado nada. Yo tuve la fortuna de presenciar tales proezas. Charlton Heston alzó el cayado, extendió la mano sobre el mar y abrió un camino en medio de las aguas para que el pueblo judío pudiera avanzar hacia la Tierra Prometida. Aquellas imágenes me impactaron tanto que treinta años después atravesé el mar Rojo y fui al monte Sinaí para ascender por los altos escalones horadados en la ladera rocosa hasta llegar al lugar donde Moisés habló con una zarza ardiendo en la pantalla del cine Emporio. Cuando le pregunté a mi padre dónde se hallaba la Tierra Prometida, me miró con el mismo semblante de autocomplacencia y satisfacción que ponía tras resolver un jeroglífico. Luego me respondió sonriendo:

—La única tierra prometida que nosotros poseemos es una parcelita en un lugar muy tranquilo rodeado de cipreses.

Enseguida relacioné la Tierra Prometida con aquel pequeño espacio vacío y silencioso donde mis padres decían que descansaban los abuelos. Seguramente el cielo estaría cerca de la Tierra Prometida. Así que los muertos pasaban el día en el paraíso y de noche regresaban a dormir a sus respectivas parcelas. Ese era el motivo de que nunca estuvieran cuando íbamos a visitarlos.

La afición por viajar a las ciudades de las películas es una costumbre que heredé de mi padre. Él solo hizo un gran viaje en su vida, pero detrás de ese viaje existían

muchas películas. Cuando nos invitó a Nueva York para visitar aquellos lugares en los que había sido feliz, la noche que fuimos al restaurante Windows on the World, después de cenar se asomó al mirador y no vio al gran gorila agarrado con una mano a la antena del Empire State mientras con la otra espantaba los aviones de caza, tampoco vio a los obreros sentados en los andamios del Rockefeller Center, ni la aguja revestida de acero del edificio Chrysler; aquella noche mi padre se vio a sí mismo allí abajo, encerrado en la penumbra del cuarto de las estrellas y golpeando el cuerpo de la rata con una pala de hierro. Esa imagen emergía de la bruma del pasado con más claridad que ninguna otra. La imagen sórdida de un hombre en pijama matando una miserable rata. Un animal desnudo e indefenso que mi padre eligió como víctima para vengarse de alguna antigua afrenta que tenía pendiente.

La niebla que viene del mar invade la playa, se cuela por las callejuelas y rodea las casas como si fuera un ejército de fantasmas encargado de conquistar La Araña y hacerla desaparecer. Se mezcla y confunde con el humo de la fábrica que expulsa una nube de polvo, carbón y cemento. La niebla separa La Araña de la tierra firme, la convierte en una isla que navega a la deriva con los habitantes encerrados en su propio mundo que se desplaza flotando en el vacío. Me fijo en la transformación misteriosa que sufre el paisaje y creo que mi padre experimentó algo similar. Tras regresar de Nueva York se convirtió en un extraño. Un hombre tan imprevisible como esa bruma que viene del mar y se confunde con el humo de la fábrica. La fábrica de humo, la llaman los pilotos de los aviones que se acercan a la ciudad. El humo les sirve de faro en el cielo. La fábrica de humo: las ilusiones que se desvanecen. El humo no sabe que provoca enfermedades, no sabe en qué pulmones se aloja, no sabe nada de sí mismo. Mi padre era como ese humo.

Por encima de todos los que aquí vivimos y de la niebla, la fábrica continúa su incansable proceso de producción. Oigo el ruido sobre mis pensamientos. Veinticuatro horas al día, trescientos sesenta y cinco días al año extrayendo la materia prima de la montaña: caliza, arcilla, arena, mineral de hierro, huesos y fósiles; todo reducido a un tamaño que pueda ser procesado por los molinos de crudo. La mezcla de materia prima es bombeada a bolsas de homogeneización y de allí se lleva hasta los hornos donde se produce el clínker a temperaturas superiores a los mil cuatrocientos grados centígrados. Así constantemente, sin parar ni un solo segundo, día tras día, hasta el instante que sale una rosa. Una bella rosa roja: un ladrillo refractario que se desprende de la pared del horno y detiene la estricta maquinaria. La rosa roja cae abatida como un pájaro. Una sola rosa cansada de soportar el calor infernal del horno es capaz de detener el complejo proceso de producción del cemento. Un pétalo incandescente. Entonces, durante dos días, La Araña respira tranquila y hasta puede oírse el mar en el interior de las casas con las puertas y las ventanas abiertas. El ejército de fantasmas se disuelve y los vecinos aprovechan la tregua de la rosa para lavar los coches con vinagre, limpiar los patios, las hojas de los árboles, y comer al aire libre sin tragar polvo. Durante dos días cesa el ruido y el calor que expulsa el horno. La chimenea deja de soltar dióxido de carbono. Cuando sale una rosa, los vecinos de La Araña tienen la sensación de haber robado cuarenta y ocho horas a la vida.

Al despertar en la sala de urgencias del hospital enseguida comprendí que acababa de sortear la muerte. Supe que el final nos puede sorprender a traición en

cualquier instante. Fue como si un órgano del cuerpo cayera de pronto abatido y amenazara con detener la estricta maquinaria que nos mantiene en perpetuo movimiento, igual que la rosa incandescente. Ahora iba a ser yo el que habría de pasar cuarenta y ocho horas esperando que el orden se restableciera en el interior de mi cerebro. Si después del accidente no hubiese despertado nunca, ni siquiera me habría enterado. A veces la muerte mata por sorpresa. Al abrir los ojos, Teresa me miraba sonriendo con tristeza, como si yo fuese el pez de un acuario que desea atravesar las paredes invisibles que le impiden volver a casa. Me extrañó que estuviera allí cuando yo la imaginaba en Buenos Aires. Me dijo que tras llegar al aeropuerto y comprobar que no había acudido a recibirla, me llamó por teléfono. Le respondí que me encontraba en urgencias. Al oírme, lo primero que pensó fue que me estaba burlando de ella. Mi voz sonaba igual que siempre, pero ¿cómo iba yo a ser capaz de jugar hasta tal extremo con la salud y los sentimientos? No me creyó capaz de gastar una broma tan desagradable y se presentó en el hospital con la maleta. Yo no recordaba nada.

Teresa estuvo a mi lado desde el ingreso en urgencias hasta que abandoné el hospital. La observaba charlar con los familiares de otros pacientes como si se conocieran desde hacía tiempo. No solo se contaban los motivos que les habían llevado hasta allí, sino también la relación que cada cual mantenía con la persona ingresada. Yo les oía en silencio con los ojos cerrados. Se sentían tan próximos al dolor que necesitaban desahogarse con cualquiera que les prestase atención, aunque fuera un desconocido. Cuando gozamos de buena salud no solemos valorar aquellos pequeños detalles que nos hacen felices. Sin embargo, los sentidos se acucian cuando atravesamos instantes delicados. Los que acompañan a un ser querido, tal vez la pareja con la que conviven desde hace años, valoran más que nunca su conducta y se emocionan al recordar los buenos momentos que han compartido juntos. De pronto, aunque el enfermo haya mostrado valor y fortaleza, lo descubren frágil e indefenso. Los hospitales se encargan de situarnos en la otra realidad. La atmósfera que los envuelve permanece plagada de pensamientos que nadie puede adivinar. Creo que al perder la conciencia, el tiempo se detuvo para que aprendiera a no volver a precipitarme. Como si alguien me susurrara al oído las mismas palabras que pasaron por la mente de Philippe Petit mientras guardaba el equilibrio al filo del abismo: «No corras, ve despacio, disfruta del presente sin prisas». Pero el presente no permite distracciones.

Un hombre, al que conocí en el pasillo del hospital que yo recorría a diario como un preso, me contó su relación con la mujer que estaba ingresada en la habitación de al lado. Era consciente de que la había ignorado los últimos años y se sentía culpable del deterioro físico que ella padecía. Estaba tan arrepentido de su conducta que se propuso compensarla del pasado cuando ella se recuperase. Al oírlo, pensé que serían necesarios otros servicios de urgencias aparte de las

hospitalarias. Ellos habrían acudido al servicio de urgencias amorosas, lo malo es que hay heridas internas que cicatrizan con dificultad. No existen pastillas ni fármacos que ayuden a los enfermos de desamor.

Teresa se hospedó en un hotel que estaba situado justo enfrente del hospital. Se levantaba por la mañana temprano, cruzaba la calle y pasaba el día conmigo. Al levantarme en medio de la noche, me asomaba a la ventana y veía su habitación. El azar la designó para acompañarme durante el tiempo que estuve ingresado. Llegaba de Buenos Aires y yo, en vez de obsequiarla con una fiesta de bienvenida, la recibía tendido en la camilla del hospital. Cuando le dije que al recibir el alta médica tenía previsto refugiarme en la vieja casa de La Araña para continuar la novela, me preguntó si le concedía asilo hasta su vuelta al trabajo. ¿Cómo iba a negarme? Me faltaban fuerzas incluso para evitar que desperdiciara sus últimos días de vacaciones.

Conocí a Teresa la primavera del año 2006, desde entonces no habíamos vuelto a vernos. Un amigo común me dio su número de teléfono cuando supo que tenía previsto viajar a Buenos Aires. Me exigió que la llamara nada más pisar el aeropuerto. Me dijo que daba clases de Arte en la universidad y que era un placer estar con ella. La llamé nada más llegar al hotel. Nos citamos esa misma noche en el café Tortoni y después fuimos a cenar al restaurante Maipú. Teresa poseía una belleza extraña que iba descubriendo a medida que la observaba. Nos vimos todos los días aunque solo fuera para tomar café. Enseguida me cautivó su conversación y también sus expresivos silencios. Me habría gustado pasar juntos más tiempo, pero no quise abusar de su generosidad. Me sentía tranquilo a su lado y a la vez me inspiraba historias para futuros relatos que al llegar al hotel apuntaba en el cuaderno de viaje. Tras regresar de Buenos Aires, cuando al sentarme a escribir me quedaba bloqueado, la llamaba por teléfono para que me diera alguna idea. Un día me respondió:

–Puedes hablar de las personas que trabajamos sin apenas movernos mientras la cabeza no cesa de dar vueltas.

Y eso es lo que estoy haciendo ahora.

Paseo por La Araña igual que anduvo mi padre por las aceras de Manhattan la última tarde que pasamos en Nueva York. No miraba los edificios, ni los escaparates, ni las caras de los transeúntes. No se fijaba en los semáforos. No atendía otra cosa que no fueran sus propios pensamientos. La imagen de los ojos cerrados para siempre de su amigo eclipsaba cualquier otra visión. Era una sensación extraña, como si de repente el mundo hubiese desaparecido bajo sus pies y tratara de guardar el equilibrio en medio de la nada. Mi padre caminaba por la calle igual que si estuviera en el desierto. Notaba el cuerpo tan pesado como si le hubieran volado la cabeza y cubierto por dentro de cemento. Esa era la peor de sus pesadillas. Una de las veces que estuvimos juntos en el bar del Comunista, cuando ya no consentía que nadie lo visitara en la casa que había heredado de Javier Cisneros, se dirigió a mí como si estuviera hablando en sueños:

—¿Sabes que el sesenta por ciento del cuerpo humano está compuesto de agua? El tiempo es un saco de cemento que se mezcla poco a poco con el agua que hay en el interior de nuestro cuerpo. Nos vamos paralizando con cada palada de cemento. El cemento se cuela por las extremidades inferiores, cubre el aparato digestivo y asciende hasta el corazón. Nos entierra por dentro, ¿comprendes?

Me fijo en el cartel descolorido que permanece en la fachada de la casa que heredamos de Javier Cisneros. Apenas se distingue el nombre y número de teléfono de la empresa inmobiliaria. Lo cierto es que prefiero que nadie se interese por esta casa que tantos recuerdos encierra y decidí poner en venta tras la muerte de mi madre. Me gusta curiosear los innumerables detalles que Javier Cisneros reunió a lo largo de su vida. Al llegar de Nueva York, el Comunista le contó a mi padre que los últimos meses lo había visto salir de noche cuando La Araña dormía. Caminaba encorvado y hurgando con un bastón en las bolsas de basura. No era algo nuevo, lo había hecho siempre. Algún desaprensivo escribió en la fachada de su casa: «Aquí vive un muerto de asco». El día que descubrió su cadáver, el Comunista se quedó perplejo al encontrar amontonados por todos los rincones los recuerdos que tanto él como los demás vecinos habían despreciado. Javier Cisneros guardaba el pasado remoto de La Araña, incluso había rescatado de la basura del olvido los testimonios que nadie deseaba conservar. Allí estaban las fotos y las cartas personales del Comunista y su novia Dolores mezcladas con las de otros vecinos, junto con electrodomésticos averiados, botellas vacías y juguetes viejos. El Comunista se estremeció al ver de nuevo, meticulosamente restauradas, las fotos que él mismo había roto en mil pedazos. Fue como si los fantasmas del pasado se

hubieran rebelado contra la amnesia de los sentimientos. Lo imaginó reconstruyendo los cuerpos decapitados, las sonrisas partidas, los miembros mutilados, las parejas rotas, las familias separadas. Al descubrir todo aquello sintió remordimiento por lo que había arrojado de su vida y que de pronto resplandecía en la penumbra de un hogar ajeno. Pensó que cometió una traición consigo mismo y con su pasado al rechazar los recuerdos. Sin embargo, no comprendía qué valor e interés podían tener esos detalles tan íntimos para otra persona. Quizás la respuesta se hallaba en el epitafio que Javier Cisneros tenía enmarcado en el recibidor como si fuera una respuesta al otro epitafio que le habían escrito en la fachada de su casa:

«-Te lo ruego, perro, dime qué guardas en esta tumba.

»-Un perro.

»-¿Cómo se llama?

»-Diógenes.

»-¿Y de dónde viene?

»-De Sínope.

»-¿El mismo que hizo de una tinaja su hogar?

»-El mismo, pero que ahora, muerto, es una estrella entre las estrellas».

Todavía hoy me sigue produciendo una rara sensación ver el cuarto de las estrellas en una de las habitaciones de la casa de Javier Cisneros; el dormitorio de mis padres instalado en otra habitación en la que nunca estuvieron solos; la foto que hay sobre la mesilla de noche y en la que aparecen los dos amigos abrazados, mirando a la cámara, con el horizonte a sus espaldas. Pero lo que más me sobrecoge es entrar en el dormitorio de Javier Cisneros, abrir la trampilla que hay debajo de la cama y asomarme al cuarto donde se ocultó el novio de mi madre. Entonces oigo de nuevo la voz de mi padre pocos días antes de morir:

-Javier Cisneros vivió con un cadáver durante treinta años.

Mi padre también estuvo viviendo con los muertos desde que llegamos de Nueva York. No abandonó a mi madre porque hubiera otra mujer, ni por cansancio ni curiosidad. Estoy convencido de que lo hizo porque su vida había quedado atrás. Fue un cambio repentino. El futuro le inspiraba temor y por eso decidió instalarse definitivamente en el pasado. Los recuerdos le atraían con mucha más fuerza que el presente. Los muertos cobraban de nuevo vida en sus palabras. Cuando le oí decir que su amigo había vivido con un cadáver durante treinta años, no pensé en nadie que hubiese muerto y que Javier Cisneros ocultara emparedado en el sótano de su propia casa, sino en alguien a quien amaba y a quien fue incapaz de expresar los sentimientos. En ese instante tuve la premonición de que entre mi padre y Javier Cisneros había existido algo más que una profunda amistad. Fue una intuición que me atravesó la mente como una de esas ráfagas de aire que pasa a nuestro lado e inmediatamente desaparece. Uno de esos pensamientos que a veces se nos ocurren

y que no poseen ninguna consistencia, sin embargo, su misterioso impacto prevalece en la memoria.

A la entrada de La Araña hay un panel informativo con un mapa de la zona en el que se indica que la playa de arena y grava tiene una extensión de setecientos sesenta metros y está dividida en tres pequeñas calas separadas por acantilados. Quien encargó el cartel ignoraba que nadie visita este lugar. Hasta el mar parece que quisiera huir de aquí y algo más poderoso le obligara a regresar. El bar del Comunista está en la cala del Cemento. Más al este se encuentra la Torre de las Palomas, una torre vigía que se alza sobre el risco que la separa de cala Hornillo. Durante el día la playa permanece desierta, salvo las bandadas de gaviotas que sobrevuelan el mar, el humo de la fábrica y la torre almenara. Las gaviotas son las únicas capaces de sobrevivir en La Araña, los demás animales mueren atropellados en la carretera y estampados contra los parabrisas de los coches. Me gusta andar por la playa a la caída de la tarde y pasar por delante del búnker que se construyó durante la guerra y que todavía permanece anclado en la arena, como el resto de un naufragio, con una sarcástica pintada en la parte frontal que dice: «HOGAR, DULCE HOGAR».

Mi padre también se construyó su propio búnker. Se encerró los últimos años en la casa que había heredado de Javier Cisneros y no permitió que nadie la invadiera. El interior de su cabeza era una constelación de imágenes. Algunas de esas imágenes se fueron apagando como viejas estrellas, otras refulgieron en la memoria. Eso fue lo que sucedió con aquella historia de juventud que resurgió del cemento para volver a obsesionarlo, como si la muerte de su amigo avivara las ascuas de un fuego que nunca llegó a consumirse. Mi padre decidió vivir entre los muertos. Quizás tomó esa decisión porque a través de los recuerdos no transcurre el tiempo, no pasa la edad, no se envejece, todo se queda suspendido en el aire como una telaraña. Él se había convertido en una araña encogida y temerosa. Una vez leí que una telaraña del tamaño de un campo de fútbol podía detener un avión que volara a una velocidad de novecientos kilómetros por hora. Mi padre tenía tanto miedo al paso del tiempo que decidió replegarse en sí mismo para sobrevivir y capturar los recuerdos, los sueños, los pensamientos que circulaban por el aire. Mi madre, yo, todos los que habitábamos el mundo real, nos convertimos para él en algo tan liviano como una gota de rocío, una simple cáscara de semilla, el caparazón de un insecto, el ala de una mosca prendida en la telaraña. Esa levedad de las personas que él amaba, el hecho de ser tan vulnerables y de que estuviéramos constantemente bajo la amenaza del peligro, le produjo una inquietud que no fue capaz de soportar.

Paseo por las callejuelas desiertas que transitan ajenas al mar y la fábrica. El polvo y las hojas secas se acumulan en los escalones y junto al bordillo de las aceras, como si también intentaran guarecerse de algún misterioso peligro. Como si todavía hubiera algo peor que ser polvo y hojarasca en un rincón de La Araña. Me cruzo con el recuerdo del Albino, que pasa sonámbulo a mi lado con los ojos entornados. El doctor Luis Santa Cruz afirmaba que la ausencia congénita de pigmentación del Albino le permitía disimular las borracheras. Los vecinos al verlo creían que iba ofuscado en sus cosas. Cuando en la sobremesa se hablaba de los topos que se escondieron después de la guerra y del aspecto que tenían al salir de la madriguera en la que habían permanecido ocultos durante años, yo imaginaba al Albino. Lo veía salir a la calle con los ojos cerrados como si le molestara el sol o las estrellas lo deslumbraran. La piel y el pelo blancos igual que los cocodrilos albinos que vivían sumergidos en las alcantarillas de Nueva York. Como los muertos vivientes de la legión de los hombres sin alma. Mi padre decía que los albinos nunca llegaban a envejecer porque ya nacían viejos.

Vuelvo a casa, levanto la trampilla que hay bajo la cama del dormitorio de Javier Cisneros y desciendo por la escalera de madera al exiguo cuarto de apenas dos metros cuadrados. Aquí imagino la vida oculta de Beatriz Casares. La vislumbro como si ella no fuera mi madre y reproduzco los hechos que mi padre me contó la última vez que estuvimos juntos, cuando me desveló la historia del cuarto secreto.

Todo empezó un día del mes de febrero del año 1937. Aquella mañana Javier Cisneros estuvo observando a través de las rendijas de la persiana los aviones y los cruceros que bombardeaban la costa. Entonces descubrió a Beatriz andando desorientada por la cala del Cemento, igual que si hubiese perdido la memoria y fuera incapaz de reconocer aquella playa por la que tantas veces habían paseado juntos. La vio gimotear en silencio, sin lágrimas, como si estuviera aprendiendo a llorar. No dudó en acudir a rescatarla. Aquel impulso pudo costarle la vida, aunque en ese instante ni siquiera se detuvo a pensarlo. Al llegar junto a ella la cubrió con su cuerpo de la misma manera que si la estuviese protegiendo de una tormenta. Nada más traspasar el umbral de la casa, Javier Cisneros le preguntó qué hacía en la playa expuesta a que la mataran. Mi madre tardó en responder, se quedó mirando el hogar de Javier Cisneros como si hubiera encontrado la salvación. No pensaba en ella, sino en el hombre al que amaba. Después confesó que estaba esperando al Polaco para huir de La Araña, pero que él no había acudido a la cita. El mundo que la rodeaba se había convertido en una terrible pesadilla que era incapaz de soportar. Los padres habían caído víctimas de un bombardeo, el hermano estaba en el frente y para ella significaba una tortura entrar en la casa vacía. No comprendía cómo el destino podía ser tan cruel. ¿Qué delito había cometido su familia para recibir tal castigo? ¿Qué culpa tenía aquella caravana de personas indefensas que huían de la ciudad? Por eso quería irse lo más lejos posible. No detenerse hasta perder la

memoria del dolor que dejaba atrás. Mi madre ignoraba que la desbandada de refugiados era lo más parecido a un desfile de muertos que no saben que lo están.

Apenas un año antes, el Polaco había llegado a La Araña. Quienes lo vieron descender del tren afirmaron que se comportó con la soltura del que ya conoce el lugar. Miró el humo que fluía de la chimenea, la niebla que emergía del mar, la quietud cubierta de polvo que envolvía las casas, y se dirigió a la fábrica con paso diligente, igual que si realizara el mismo trayecto a diario. Nadie podía imaginar que ese itinerario lo había estado haciendo en una cementera que se encontraba a más de mil kilómetros de distancia. Al pisar por primera vez La Araña, el Polaco tuvo la misma sensación que si acabara de llegar a la estación de Vallcarca, en la costa de Garraf, y se dirigiese a la Fábrica de Cementos Fradera Sociedad Anónima. Allí había trabajado de albañil en la sección de obras que construyó la escuela y una gran sala de cine con mil butacas. Y antes de trabajar en Cementos Fradera estuvo en la cementera Sansón de Castellar de n'Hug. El Polaco se había jugado siempre la vida en la pendiente de una montaña bajo la sombra amenazante de los dos gigantes más fuertes y poderosos que jamás habían existido: Sansón y Goliat.

Al día siguiente de llegar a La Araña, empezó a trabajar cargando y descargando el cemento que se almacenaba en los silos, por eso parpadeaba constantemente y tenía los ojos irritados. Cuando no soportaba más el escozor visitaba el lavaojos de emergencia. El chorro de agua lo aliviaba. Mi madre afirmaba que el Polaco no tenía los ojos irritados por culpa del cemento, sino por la rabia que se condensaba en su cerebro; pero no daba más explicaciones, no desvelaba los motivos de esa rabia. El efecto que le producía el cemento también le servía de excusa para ocultar las emociones. El día que ambos tenían previsto huir por la carretera de la costa, el Polaco desapareció. No volvió a dar señales de vida hasta pasadas varias semanas, cuando se presentó de madrugada en la casa de Javier Cisneros y le confesó que ignoraba el delito por el cual lo perseguían. Al final había llegado a la conclusión de que lo confundían con otro hombre. La víspera del día que se citó con Beatriz para huir de La Araña, no pudo conciliar el sueño. Pasó la noche dándole vueltas a la cabeza hasta que vio claro que era tan peligroso escapar los dos juntos como quedarse en La Araña. Antes de amanecer, abandonó la fonda donde se alojaba sin despedirse de la dueña. Dejó un sobre con dinero encima de la mesa del comedor y se fue. A partir de entonces, él y Beatriz se verían a escondidas. Como nadie sabía cuáles eran los auténticos motivos que le impulsaban a ocultarse, enseguida comenzaron a extenderse rumores que reconstruían su pasado y lo señalaban como artífice de las acciones más increíbles y disparatadas que se podían imaginar. Se divulgó la noticia de que el Polaco había engañado al ejército rebelde afirmando que en el interior de una de las cuevas de La Araña había encontrado un depósito de armas. Cuando los soldados acudieron a la cita, el Polaco los guio por la

encrucijada de pasadizos hasta desorientarlos. Luego aprovechó un descuido para ausentarse del grupo y no regresó hasta que los soldados ya habían muerto buscando en vano la salida de aquel laberinto. Entonces se apoderó del arsenal de armas que le permitió seguir actuando contra sus enemigos después de finalizada la guerra. Eso murmuraba la gente mientras el Polaco permanecía oculto, callado, incapaz de matar a nadie. Aparecieron pasquines con su foto cubriendo las fachadas de las casas de La Araña y la Fábrica de Cementos Goliat. Se ofrecía una importante suma de dinero por la captura de aquel bandolero que traía en jaque a sus perseguidores.

Mi madre sabía que él no había cometido ninguno de los delitos que le atribuían, pero resultaba imposible demostrar su inocencia. Ella estuvo en el punto de mira desde que alguien denunció que Beatriz Casares era la novia del Polaco. La Guardia Civil vigilaba constantemente cada uno de sus movimientos. La interrogaban, la amenazaban con fusilarla si descubrían que seguían viéndose y no desvelaba su escondrijo. A menudo registraban su casa y las demás casas de La Araña. Hasta que el Polaco contrajo la tuberculosis y mi madre le imploró a Javier Cisneros que lo ocultara en la bodega que tenía en el sótano y que muy pocos vecinos conocían. La bodega que el padre de Javier Cisneros se dedicó a construir en los ratos libres como si intuyera lo que algún día iba a suceder.

El Polaco pasó sus últimos meses de vida en el sótano oyendo las distintas pisadas, las voces, la respiración de Javier Cisneros en el cuarto de encima y el ruido de la fábrica y el mar colándose a través del suelo y las paredes de piedra. A medida que pasaban los días fue reconociendo los pasos. Algunos le alteraban el ritmo cardíaco mientras que otros lo relajaban. Alcanzó una gran pericia para descubrir la identidad de cada pisada. Era incluso capaz de vislumbrar el estado de ánimo y las intenciones de los diferentes dueños de aquellos pasos que resonaban en el interior de su cabeza. Veía a través del techo. Lo imagino en el cuarto iluminado por la lámpara de carburo esperando que mi madre bajara a visitarlo. La relación había experimentado un giro radical, ahora era él quien aguardaba que Beatriz lo sorprendiera con su visita en el momento más inesperado. Pasaba las horas sentado en la mecedora, las piernas cubiertas con la colcha que ella le había tejido. Se balanceaba al mismo compás que el péndulo del reloj encargado de marcar un tiempo que no le pertenecía. El reloj de pared que estaba en el comedor del piso de arriba y cuyas campanadas oía lejanas. Es curiosa la mecánica del tiempo, hace posible que nos recuperemos de los sufrimientos pero también representa una amenaza. El tiempo avanzaba despacio cuando el Polaco esperaba impaciente que Beatriz abriera la trampilla para descender a ese mundo en el que ambos se inventaban historias que poseían la facultad de hacerles olvidar el tiempo.

Al llegar la noche, mi padre acudía al estanco. Se quedaba esperando en un extremo del mostrador hasta que Javier Cisneros echaba la persiana metálica y

después bajaban al sótano con un pañuelo que les cubría la nariz y la boca igual que los bandidos del Oeste. Como si descendieran a la cueva de los Contrabandistas para reunirse con los demás miembros del Club de los Buenos Camaradas. El Polaco también se cubría el rostro. Allí coincidían con Beatriz, que acudía siempre a esa hora con la cara descubierta y jugándose la vida. Los tres se jugaban la vida por partida doble. Además de los soldados enemigos, los amenazaba de muerte el ejército de bacterias contagiosas del Polaco. Nadie sabía que mi padre estaba enamorado de Beatriz; él respetaba al Polaco, aunque hubiese preferido que no existiera para así declarar su amor a la mujer a la que quería y no tener que desahogarse confesando sus sentimientos al hombre que muchos vecinos de La Araña consideraban su amante: el amante de mi padre.

—Al vernos a Javier y a mí pasar juntos casi todo el tiempo, los vecinos pensaban que éramos maricones. Nosotros no hacíamos nada por desmentir el rumor. De esa manera conseguíamos distraer la atención y salvar las vidas de tu madre y el Polaco.

Así transcurrieron varios meses, sin que el Polaco tuviera posibilidad de hacer nada salvo esperar la visita de mi madre y pensar, pero hasta los pensamientos cansan y nos traicionan. El miedo era su compañero más fiel, el auténtico inquilino de aquella casa. El miedo de él y el miedo de quienes lo ocultaban. El miedo acabó alojándose dentro de su propio cuerpo, igual que al cabo de los años le sucedió a mi padre. El enemigo estaba en el interior de su cabeza. La enfermedad lo atormentaba con una tos sorda y constante que se esforzaba en reprimir cuando llegaban a sus oídos los pasos de aquellas botas militares que lo mantenían en vilo durante el tiempo que permanecían en la superficie, como si los soldados hicieran guardia en las puertas del infierno. Hasta la tos era necesario mantener oculta. El Polaco se había convertido en un hombre invisible y los hombres invisibles no tienen fiebre, no sienten escalofríos, no se despiertan en mitad de la noche cubiertos de sudor, no contagian la enfermedad a nadie porque no existen bacterias en los cuerpos invisibles.

Javier Cisneros y mi padre pactaron proteger al hombre inocente que estaba en peligro. Ellos sabían que se jugaban la vida y por eso tomaban precauciones, para no levantar sospechas. Se alternaban para ir a la farmacia y explicar los síntomas y la evolución de la enfermedad al farmacéutico con el propósito de que les aconsejara alguna medicación. No visitaban siempre la misma farmacia ni la misma tienda de comestibles. Cada cual seguía comprando lo habitual para su consumo en La Araña, mientras que las necesidades del Polaco las adquirían en las farmacias y las tiendas de la ciudad. Al final del día, los cuatro se reunían en el sótano incluso a sabiendas del riesgo que corrían si cualquier adepto al régimen los descubría y denunciaba. Mi madre pasaba el mayor tiempo posible con su novio planificando viajes que nunca realizarían y venganzas que se esfumaban cuando ella abandonaba

el sótano. Aquel lugar era una tumba en el más amplio sentido de la palabra. Lo fue entonces y lo sigue siendo hoy. Una tumba que mi madre continuó visitando tras la muerte del Polaco sin alcanzar a comprender el extraño magnetismo que la arrastraba a encerrarse en aquel agujero con el recuerdo del hombre al que seguía amando en secreto, después de casi treinta años.

En algún lugar de este pequeño cuarto en el que ahora me encuentro, yace el cuerpo que Javier Cisneros y mi padre empezaron a cubrir de cemento la madrugada del 8 de agosto de 1945. Ambos fueron a comprar el cemento y la arena con la misma cautela que habían empleado para conseguir los alimentos y las medicinas. Los sacos los descargaron de noche y también de noche fueron sepultando los documentos, las fotos, incluso el espejo que estuvo siempre en el sótano y que quizás mantuviera en su interior alguna ínfima huella de las personas que en él se reflejaron. Todo iba quedando sepultado bajo capas de cemento.

—¿Acaso es un delito enterrar a los muertos? —Mi padre me hizo la pregunta sin esperar ninguna respuesta. Después permaneció callado unos segundos, el espacio de tiempo necesario para retroceder más de cuarenta años, permanecer en aquel lugar del pasado un instante y regresar de nuevo al presente—. Ya conoces nuestro secreto, todas las familias guardan alguno y nosotros no somos una excepción.

El Comunista descendió del tren en la vieja estación de La Araña. Hacía casi cinco años que había terminado la guerra y al fin regresaba a casa. Al pasar por delante de la puerta donde vivía Dolores miró instintivamente para otro lado, no existía ningún otro nombre de mujer que expresara mejor lo que ella le había causado. Las cartas y las fotos rotas que Javier Cisneros rescató de la basura era lo que quedaba de la única relación amorosa que el Comunista mantuvo en su vida, lo demás fueron simples escarceos. Cuando llegó al bar de su familia descubrió que estaba cerrado. Se dirigió a casa y tampoco encontró a nadie. Ni los padres, ni los hermanos, nadie. Los muebles y los enseres domésticos permanecían en los mismos sitios de siempre. La ropa ordenada en los armarios, los alimentos en sus envases amontonados en la despensa, el carbón listo para ser prendido en el brasero. El Comunista pensó que todos se habrían tenido que ausentar por cualquier motivo y enseguida volverían, así que se sentó en el sillón del comedor a esperar que llegaran. Al cabo de una semana seguía sin aparecer ninguno de ellos. Durante ese tiempo se dedicó a buscar en vano alguna nota o cualquier otra pista que justificara la ausencia de sus padres y sus cuatro hermanos. Lo primero que hizo fue preguntar a los vecinos y visitar los hospitales, el Gobierno Militar, el cuartel de la Guardia Civil y la comisaría de policía. Nadie sabía nada. Cada mañana se asomaba a los dormitorios con la esperanza de que hubieran vuelto durante la noche. Al principio se dedicaba a cocinar para toda la familia y luego tenía que comer lo mismo durante varios días. A menudo, sobre todo en la sobremesa, se sorprendía hablando solo con sus padres y sus hermanos. Las autoridades le permitieron abrir de nuevo el bar, tal vez porque no existía otro en La Araña. Cuando le surgía una relación amorosa iba a una pensión del centro de la ciudad, porque le daba reparo llevar a una mujer a casa y que de repente se presentara toda la familia en el cuarto. No dejaba de pensar en ellos. Al despertarse por las mañanas olvidaba que vivía solo y llamaba a las puertas de los dormitorios y del baño antes de entrar. Por las noches bajaba el volumen de la radio para no desvelarlos. Hasta que terminó asumiendo que se había quedado solo.

Al cabo de más de treinta años acudió al bar un desconocido que iba acompañado de un perro. El extraño abrazó al Comunista emocionado y le dijo:

—Los padres murieron en la guerra y los hermanos nos fuimos cada cual por su lado. He recorrido medio mundo. Me casé y tengo dos hijos, pero vivo solo con este perro. He vuelto para quedarme contigo. No he tenido noticias de nuestros

hermanos desde que nos separamos. Ahora estoy agotado, mañana seguiremos hablando. No sabes cuánto me alegra verte.

El Comunista lo acompañó al cuarto del hermano mayor. El perro los siguió y se tumbó sobre la alfombra que se extendía al lado de la cama. Luego se dieron las buenas noches y el recién llegado se acostó. El Comunista había pasado tanto tiempo con la soledad como única compañera que solía afirmar que ella era su pareja. Quizás por eso necesitaba creer la mentira del falso hermano. ¿Y si fuera cierto lo que el misterioso visitante contaba? No albergó la más mínima duda de que trataba de engañarlo, pero le reconfortaba cerrar los ojos y creerlo. Era su único consuelo. Durante los años de ausencia había tenido tan presente a todos los miembros de su familia que estaba seguro de reconocerlos si algún día se cruzaba con cualquiera de ellos por la calle. Por eso estaba convencido de que el hombre que dormía en el cuarto del hermano era un impostor, aunque en el fondo mantenía la remota esperanza de estar equivocado. El paso del tiempo transforma a ciertas personas y las vuelve irreconocibles, tal vez ese era el caso del hermano. Al cabo de un par de horas, cuando lo oyó roncar profundamente, el Comunista entró en el cuarto y buscó en la americana la cartera del visitante. El perro le dirigió una mirada compasiva y luego, sin cerrar los ojos, volvió a descansar la cabeza sobre la alfombra. El Comunista se puso las gafas y lo primero que vio fue la foto de dos niños sonrientes. Antes de comprobar los datos del carné de identidad miró la puerta cerrada del cuarto, como si a través de ella pudiera confirmar que el visitante seguía dormido. Entonces descubrió que los apellidos del titular del documento no guardaban ninguna relación con los suyos. Sin embargo, no se sintió ofendido ni estafado emocionalmente. A lo mejor había conseguido sobrevivir suplantando a otro hombre que estaba muerto. Entró en el cuarto de nuevo y guardó la cartera en el bolsillo interior de la americana. Luego arrojó al hermano, acarició al perro y cerró de nuevo la puerta con cuidado.

Me viene a la memoria esta historia mientras camino entre las viejas vías del tren cubiertas por la arena. Atravieso el túnel que separa La Araña del resto del mundo. Mi padre va delante de mí. Veo a través de la espalda su expresión de cansancio, como la silueta de una lenta locomotora que expulsa un leve rastro de humo. El vapor del tiempo. Cuando tenía que resolver algún problema, mi padre salía a dar una vuelta. A medida que pasaban los años se le iban amontonando los problemas. Necesitaba fumar para pensar y también para olvidar las cosas que le pasaban por la cabeza mientras fumaba. Desde antes de nacer, yo respiraba el humo de los cigarrillos que fumaban mi padre y sus amigos en el comedor de casa. Mi madre decía que el comedor era una fábrica de humo, como si la casa fuese una pequeña sucursal de la cementera. El humo se filtraba por las rendijas de las puertas e invadía las habitaciones con la terquedad y el sigilo de un fantasma.

—Un fantasma que te va matando por dentro sin que te des cuenta —le insistía el

doctor Luis Santa Cruz a mi padre.

La lumbre del cigarrillo se encendía y apagaba como el latido del corazón. Yo pensaba que a partir de cierta edad era necesario fumar para seguir viviendo. Cada calada era un soplo de vida. Creía lo contrario que el médico que auscultaba con el fonendoscopio el pecho de mi padre para ver a través de los oídos la salud de sus pulmones. Esos pulmones traidores que le impedían respirar. Mi padre y sus amigos tenían los dedos amarillos. Esa era la señal que identificaba a los aventureros. Los hombres duros tenían los dedos amarillos. Quizá por eso mi héroe favorito de la adolescencia fue el villano oriental Fu-Manchú, el Diablo Amarillo. El color amarillo de sus dedos se había extendido por las manos, la cara y todo su cuerpo. Por eso se llamaba Fu-Manchú, porque fumaba mucho. Me atraía su maldad, su manera de vestir, pero sobretodo me fascinaba su hija. La hija de Fu Manchú. Cuando los miembros del Club de los Dedos Amarillos se reunían en casa, mi padre me entregaba el cenicero repleto de colillas para que lo vaciara. Di la primera calada a los seis años mientras me dirigía al cuarto de baño para tirar las colillas al váter. Me puse a toser, luego sufrí un pequeño mareo y tuve la sensación de que el fantasma del tabaco se había colado en mi cuerpo y lo llenaba de humo y en el interior del humo, en las tripas del fantasma, seguían reunidos los socios del Club de los Dedos Amarillos burlándose de mí. Me propuse tener los dedos más amarillos del mundo, al menos de ese mundo doméstico que cabía en el comedor de casa. Allí un grupo de aventureros pasaba el tiempo solventando los problemas, aunque estaban envueltos en una atmósfera demasiado cargada de humo y efluvios de alcohol como para vislumbrar la realidad.

Mi padre y sus amigos creaban círculos de humo. Pequeños y frágiles mundos que flotaban en el aire. Se quedaban pensativos mientras perseguían con la mirada esos mundos vacíos por dentro que ellos poblaban de sueños anónimos. El humo los hipnotizaba, los dejaba en un estado de placidez que luego la contaminada atmósfera de la vida cotidiana se encargaba de destruir. Cuando salían de casa, el aire se tornaba extraño. La vida dejaba de ser confortable, como dejó de serlo para mi padre el día que el doctor Santa Cruz le prohibió fumar. Mi padre tenía los dedos amarillos y los pulmones negros. El tiempo se consumía sorda y lentamente como la lumbre de un cigarrillo abandonado. Al final, todo se volvía humo. El humo aventurero que exploraba el universo mientras abajo se consumía la vida. Los miembros del Club de los Dedos Amarillos tenían una consigna que cada cual interpretaba a su manera: la vida es tan corta como un cigarrillo que hay que consumir con placer mientras dura, porque luego todo se convierte en ceniza y ya no hay forma de remediarlo. Lástima que aquellos tiempos no fueran precisamente los más idóneos para disfrutar de nada.

Mi padre camina delante de mí por el mismo túnel donde Maureen O'Hara mató a un hombre el año que yo nací. Fue entonces cuando se rodó en La Araña la

película *Fuego sobre África*. La ciudad de Tánger se desplazó al norte para cruzar el estrecho de Gibraltar y luego deslizarse hacia el este hasta ocupar el territorio de La Araña. El cine conseguía el milagro de mover de sitio las ciudades. Durante unas semanas, los amigos del Club de los Dedos Amarillos se dedicaron a interpretar ante las cámaras el papel que les habría gustado desarrollar en la vida real. El director de la película los contrató de extras para interpretar a un grupo de contrabandistas. Mi padre se exaltaba al recordar que mantuvo en su mano la mano de Maureen O'Hara en un saludo que duró más tiempo de lo habitual. Cuando teníamos invitados a comer en casa, mi padre repetía en la sobremesa aquel célebre encuentro que pudo cambiar su vida:

–Suerte que yo también era un hombre tranquilo, porque de lo contrario no sé qué habría pasado con nuestro matrimonio y aquella chica pelirroja –decía con sorna mientras miraba de soslayo la reacción de mi madre.

–Hace tiempo que me hice a la idea de que somos una pareja de tres –le respondía ella irónicamente.

Al llegar al final del túnel, mi padre se detiene. Le deslumbra la luz del sol. Entonces vuelve sobre sus pasos, como si algo extraño le impidiera salir de los límites de La Araña. Como si le pasara lo mismo que al mar y una fuerza más poderosa lo impulsara a regresar. Hace años que se hizo rico, compró una casa, viajó a Nueva York y abandonó a su mujer. Desde entonces el miedo lo acorrala y le impide escapar de sí mismo. Los protagonistas del pasado se han convertido en fantasmas y mi padre es el lugar de las apariciones.

Al regresar de Nueva York, cuando aguardábamos el equipaje delante de la cinta transportadora, me sobrevino la certeza de que mi padre había realizado aquel viaje con el propósito de huir de la muerte que acechaba a su amigo. Una intuición, un impulso inconsciente, lo había inducido a volar lejos del dolor. Mi padre había visto a Javier Cisneros caminar por el aire en el mismo momento que los demás compañeros del Club de los Dedos Amarillos velaban su cadáver. Ahora volvía a la realidad. Caía del cielo. Miraba resignado las maletas que pasaban delante de nosotros como cuerpos abatidos. Al fijarme en la expresión de su cara me pareció que regresaba de un lugar mucho más lejano que América. Un sitio remoto que se hallaba escondido en un rincón de su cerebro y que no lo había descubierto hasta entonces. Un lugar apagado y tenebroso que le producía desconcierto y espanto. Su mirada perseguía los bultos que continuaban dando vueltas, cada maleta ocultaba una vida. Creo que estuvo tentado de agarrar el equipaje de otro pasajero y salir corriendo. Suplantar a cualquiera de aquellos desconocidos que regresaban felices de Nueva York. En ese preciso instante se acordó de la violencia que la policía empleó con Philippe Petit cuando aterrizó en la azotea de la Torre Sur después de haber volado por el cielo de Manhattan. Le pusieron las esposas y leyeron sus derechos. Cuando lo empujaron escaleras abajo para conducirlo a los ascensores, estuvo a punto de perder el equilibrio y golpearse contra la pared. A sus espaldas oyó la voz de uno de los policías:

—¿Se resiste a ser detenido?

—No, solo me resisto a la muerte.

El funambulista declaró después en una entrevista que aquel fue el episodio más arriesgado de toda su vida. En ninguna aventura había sentido tanto peligro como en el tramo de escalera que descendió escoltado por la policía. Ni el paseo que acababa de dar a más de cuatrocientos metros de altura, ni cuando anduvo entre las torres de la catedral de Notre Dame de París, ni al cruzar los pilares del puente sobre la bahía de Sídney. Mi padre aterrizaba en el mundo real y también descubría que el auténtico riesgo acechaba a ras de tierra.

El amigo que vendía humo e ilusiones había muerto. ¡Qué paradoja! El encargado de repartir la fortuna se había convertido en un pobre hombre que lo había perdido todo. Así lo iban a recordar los vecinos de La Araña: «El pobre Javier Cisneros murió solo», como si ellos no fueran a morir igual de solos que él. Pocos meses después, mi padre nos abandonó y se trasladó a la casa que su amigo le había legado en el testamento ológrafo que entregó al Comunista. Nadie volvería

a traspasar el umbral de aquella casa hasta el día de su muerte, sin embargo daba la impresión de que se sentía constantemente acompañado. Se refugió en el pasado y ahí convivían los vivos y los muertos. Mi padre acabó llevando una doble vida. Para él no significaba nada excepcional, a fin de cuentas mi madre también ocultaba una vida secreta y él lo sabía. Los dos habían aprendido bien la lección y estaban dispuestos a pasar el mayor tiempo posible en las nubes para sobrevivir en la tierra.

A través del túnel de la memoria, me traslado a la casa de Javier Cisneros. Traspaso el umbral de la puerta, entro en el dormitorio y me cuelo en el sótano sin necesidad de tener que levantar la trampilla. Entonces sorprende a mi padre hablando solo. Le cuenta a Beatriz la auténtica realidad de los hechos. A oscuras en el sótano, le desvela con un hilo de voz que Javier Cisneros se ha transformado en un ángel, que lo ha visto con sus propios ojos caminando por el cielo de Manhattan. Uno de esos ángeles invisibles para la mayoría de los mortales que vagan por las ciudades prestando ayuda a las almas solitarias y deprimidas. Mi padre desvía la mirada como si buscara bajo sus pies al amante de su mujer, igual que si tuviera rayos X en los ojos y pudiera atravesar el cemento del mismo modo que el oftalmólogo del cine Emporio leía en la pantalla los libros cerrados, veía a través de las paredes y desnudaba los cuerpos con la mirada. Igual que yo ahora atravieso el tiempo y el espacio para introducirme en el cerebro de mi padre. El hombre que había percibido la visión infinita del funambulista.

Cuando lo iba a visitar, mi padre entreabría la puerta de la calle, asomaba la cabeza y me pedía que lo esperase un segundo fuera. No había duda de que intentaba proteger la intimidad para que nadie descubriera sus secretos. Nada más salir de casa, volvía la cara, esbozaba una sonrisa y hacía un leve gesto con la mano, como si se despidiera de alguien que lo miraba tras los cristales polvorientos de la ventana. Íbamos paseando hasta la Torre de las Palomas. Desde lo alto de la torre nos saludaba Juan Barber:

—Buenos días, aquí estoy vigilando la bahía.

Siempre efectuaba el mismo saludo, excepto una tarde que pronunció unas palabras que se me quedaron grabadas:

—¿Queréis escuchar el mar y oír lo que cuenta? —Sin esperar respuesta hizo un gesto negativo con la cabeza y añadió—: Eso me gusta del mar, nunca revela sus secretos. Y guarda muchos, muchísimos.

Mi padre se mostraba inquieto y me pedía que volviéramos a casa, como si hubiera tenido que salir precipitadamente dejando abandonado un enfermo.

Me observo en el espejo empañado del cuarto de baño que refleja la figura de mi padre cuando vivía solo y hablaba con mi madre y con los amigos muertos. Al fondo del espejo, detrás de su figura, difuminados por el vaho del tiempo y la distancia, permanecen reunidos los socios del Club de los Dedos Amarillos.

Era sábado, yo estaba acostado en mi cuarto y ellos seguían reunidos en el

comedor a altas horas de la madrugada. La luz de la lámpara y el humo de los cigarrillos se filtraban por la rendija de la puerta. Oía sus voces roncadas y lejanas surgir de las entrañas de la tierra. Las voces me acompañaban y espantaban las sombras, aunque no cesaban de mencionar crímenes espeluznantes. El doctor Luis Santa Cruz habló de la escalera de la muerte. Creí que se refería a la escalera que había visto aquella misma tarde en el cine camuflada tras una pared giratoria. Los escalones descendían hacia la ciudad sumergida. Desde allí, desde ese mundo subterráneo y misterioso, llegaban las voces de los amigos de mi padre.

—Ciento ochenta y seis escalones —dijo con voz fatigada Luis Santa Cruz, como si acabara de subir la escalera de la muerte y contara el último peldaño.

—Solo saldrían de aquel infierno por la chimenea —le interrumpió el Albino.

El doctor habló de hombres, mujeres y niños hacinados en vagones de mercancía como sacos de cemento, vías de ferrocarril que desaparecían en medio de la nada, estaciones sin nombre, duchas de gas y hornos crematorios. La conversación me desconcertaba. ¿En qué mundo vivían los socios del Club de los Dedos Amarillos? Creí que los comentarios hacían referencia a cosas terribles que sucedían en la Fábrica de Cementos Goliat, pero no podía imaginar a ninguno de los amigos de mi padre introduciendo en el horno al señor Mora con toda su familia.

—A los moribundos les practicaban la eutanasia inyectándoles gasolina en la sangre.

Las últimas palabras del doctor Santa Cruz me dejaron atónito. Me vino la imagen del empleado de la gasolinera llenando botellas para que mi padre y sus amigos durmieran a los jefes de la fábrica del mismo modo que hizo el hermano mayor del Comunista con su perro. Por eso no me fiaba de Ventura el Practicante que venía a casa para pincharme cada vez que caía enfermo. Ventura el Practicante olía a gasolina.

Ahora me detengo a pensar en los habitantes de la ciudad sumergida. Los pensamientos se proyectan en el cuarto como si estuviera en el cine. Veo el celacanto que capturó Juan Barber en el fondo del mar, veo el sótano que había debajo de la cama de Javier Cisneros, veo al Albino adormilado en la cantera. Veo el cansancio del doctor Santa Cruz subiendo los escalones de la muerte, aunque él es el único socio del club que jamás ha dado ni una simple calada a un cigarrillo. Odia el humo, el gas y las canteras. No las soporta desde que fue capturado en Francia por los alemanes y trabajó como un esclavo en las canteras de Mauthausen.

—El granito que extraíamos de la cantera se utilizó para pavimentar las calles de Viena.

Veo al doctor Luis Santa Cruz desfilar con los demás socios del Club de los Dedos Amarillos como sombras en la oscuridad. Iban a trabajar de noche y regresaban de noche. Los sábados se quedaban hasta el amanecer hablando de masacres y exterminios en el comedor de nuestra casa. Después se ocultaban en sus

hogares con las puertas y las persianas cerradas como los habitantes de la ciudad sumergida. Esas criaturas capaces de sobrevivir durante siglos en las profundidades pero que se derriten con la luz del sol igual que si fueran figuras de hielo, hasta que solo queda de ellas el esqueleto. Veo lo invisible. El otro lado de las cosas. Como el oftalmólogo Ray Milland, el hombre con rayos X en los ojos capaz de diagnosticar una enfermedad sin auscultar al paciente y ver lo que hay debajo de la piel de las personas. Los objetos opacos se volvían translúcidos delante de su mirada. Pero ¿quién era capaz de desnudar el mundo y soportar su visión?

El hermano del Comunista dijo haber trabajado en el Valle de los Caídos para redimir la condena como preso de guerra y explicó las condiciones laborales:

–Por cada día de trabajo, dos días de remisión de pena. Allí nosotros éramos los explosivos de la cantera. Nuestras manos eran la dinamita que rompía la roca. Como los esclavos de la escalera de la muerte.

Al ser su vida un absoluto misterio, ninguno de los miembros del Club de los Dedos Amarillos se atrevía a dudar de sus palabras. El Comunista había llegado a la conclusión de que realmente era su hermano y que llevaba una identificación falsa por simple prevención, por si cualquier día las cosas volvían a complicarse y tenía que confesar su pasado.

Mi padre acudía todas las noches al sótano con el pretexto de visitar al Polaco, aunque lo que verdaderamente deseaba era estar con Beatriz. Los sábados iba a la sesión doble del cine Emporio. Después regresaba a La Araña, abría con su propia llave la puerta de la casa de Javier Cisneros y bajaba al sótano. Les entregaba los programas de mano y contaba las películas que acababa de ver. Los personajes tomaban el nombre de los artistas que los interpretaban para que así ellos los reconocieran. A mi madre le fascinaba la historia en la que Irene Dunne y Charles Boyer se enamoran en el transcurso de un viaje en barco con destino a Nueva York y quedan en verse al cabo de seis meses en el piso 102 del Empire State. Era lo más cercano al cielo que mi madre había visto nunca. Desgraciadamente el destino les juega una mala pasada y ella sufre un accidente que la deja paralítica justo cuando iba a cruzar la calle para acudir a la cita. Se distrajo un instante mirando la antena del edificio y un coche la atropelló. Charles Boyer esperaba delante de la puerta del ascensor del piso 102 hasta que acaba el horario de visitas. Al cabo de otros seis meses sus vidas vuelven a cruzarse y esta vez ya nada ni nadie los iba a separar. Mi madre se entretuvo en dibujar el rascacielos del programa de mano en una de las paredes del sótano. El mismo edificio que había visto escalar a King Kong unos años antes. Le impresionó ver la imagen del gorila sosteniendo a la mujer en la palma de la mano. Mi madre creía que fuera acechaba el monstruo que la atraparía con sus garras si osaba salir del sótano con el hombre al que amaba. Un monstruo poderoso y malvado que no guardaba ninguna relación con aquel colosal simio enamorado. Cuando cenaba a solas con el Polaco le gustaba imaginar que se encontraban en el piso 102. Durante los días que estuvimos en Nueva York, mi padre no quiso reservar mesa en el Empire State. Quizás para no traicionar el recuerdo que ella tenía del rascacielos o porque le desagradaba notar la presencia del amante de su mujer compartiendo la misma mesa. Aquel lugar le pertenecía a Beatriz.

Sin embargo, mi madre se identificaba más con la Irene Dunne que se enamora de un hombre que está comprometido con otra mujer con la que acaba casándose. Ambos siguen manteniendo relaciones a escondidas durante toda la vida y ella le guardará fidelidad hasta después de la muerte, igual que hizo mi madre con el Polaco. El sótano de La Araña se convirtió en el modesto piso de la calle de atrás que Irene Dunne ocupaba en Nueva York y que su amante le sufragó para que así pudieran estar más cerca el uno del otro. Las dos se resignaron a mantener el amor oculto en un pequeño escondite, aunque los motivos eran muy diferentes: en el

caso de mi madre no había otra mujer, sino todo un ejército dispuesto a detenerla si alguien desvelaba su vida secreta.

Javier Cisneros se despertaba en mitad de la noche al oír el sonido del cuerpo de Beatriz deslizándose debajo de su cama, hasta incorporarse y abandonar con sigilo la habitación.

–Buenas noches –susurraba en sueños Javier Cisneros.

–¿Te he despertado? –le respondía mi madre.

A veces Javier Cisneros olvidaba que Beatriz estaba en el sótano y otras veces no la había visto entrar porque en ese momento se encontraba atendiendo a un cliente. Mi madre tenía la llave de su casa, lo mismo que mi padre y el Comunista. Al cerrar el estanco, Javier Cisneros se asomaba al sótano después de golpear la trampilla y no hallar respuesta. En alguna ocasión sorprendió al Polaco y Beatriz viajando desnudos por los paisajes y las ciudades que ella había dibujado en las paredes. Javier se disculpaba y cerraba inmediatamente la trampilla. Cuando llegaba mi padre, los dos amigos se quedaban esperando en el comedor hasta que Beatriz los invitaba a bajar.

Los vecinos de La Araña se dividían entre quienes opinaban que Javier Cisneros y mi padre eran tan solo buenos amigos y los que estaban convencidos de que existía algo más entre ellos. Hasta que casi todos acabaron por asumir que ambos mantenían una relación extraña y al mencionar sus nombres dejaban escapar una sonrisa irónica, como si fueran cómplices de un secreto a voces. No cesaron los rumores ni siquiera después de la boda de mis padres. Al contrario, los chismorreos se acrecentaron porque seguían pasando la mayor parte del tiempo los tres juntos. Cuando mi madre afirmaba que el matrimonio era cosa de tres, nunca quedaba claro si el tercero en discordia era Maureen O’Hara o Javier Cisneros. Años más tarde fui yo quien tuvo que soportar las miradas aviesas, las sonrisas y las murmuraciones de algunos compañeros de la escuela.

Mi madre abandonaba de madrugada la casa de Javier Cisneros. Las luces, el humo y el ruido persistían infatigables en la fábrica del miedo. Imaginaba que allí se elaboraban las bombas que habían acabado con su pasado. Ella era la única superviviente de un mundo en ruinas. Se veía a sí misma vagando entre los escombros y los cadáveres. Los cuerpos de las personas queridas permanecían congelados en la memoria, como si estuvieran sepultados bajo la nieve y al llegar la primavera quedarán al descubierto. Allí estaban sus padres, su hermano, las amigas de la niñez. Su mundo yacía congelado, dormido, aguardando que los rayos del sol derritieran el hielo y todos los habitantes recobraran la vida. Al contrario de lo que sucede en *La ciudad sumergida* cuando la luz del sol disuelve los cuerpos, una película que mis padres vieron veinte años después y cuyas imágenes los trasladaron al sótano del pasado.

Algunas noches, tras despedirse del Polaco, mi madre se desahogaba con Javier

Cisneros. Le confesaba que tenía miedo de que las bombas lo arrasaran todo y no quedara nadie sobre la faz de la tierra. Él trataba de consolarla sin ninguna convicción porque tampoco albergaba demasiadas esperanzas respecto al futuro. Cuando el 16 de julio de 1945 leyó en el periódico que se había realizado la primera explosión atómica de la historia en el desierto de Alamogordo, en Nuevo México, no le quiso decir nada a Beatriz. Javier Cisneros prefería que ignorase la realidad que ella profetizó y que continuara pasando el mayor tiempo posible en el mundo luminoso y pacífico que había creado en el sótano. No le desveló que se estaba fraguando la terrible amenaza que ella sospechaba y que solo un mes más tarde habría de cumplirse.

El 8 de agosto de 1945, dos días después de que un ingenio nuclear llamado *Little Boy* fuera lanzado sobre la ciudad de Hiroshima y unas horas antes de que otra bomba atómica bautizada con el inofensivo nombre de *Fat Man* cayera sobre Nagasaki, el Polaco moría con el auxilio de mi padre y seguramente arrullado por el recuerdo de las palabras de Beatriz que lo trasladaban, a través de paredes giratorias, pasadizos secretos y subterráneos, hasta la ciudad sumergida donde vivían los muertos. Javier Cisneros no le quiso decir a mi madre que la bomba de Nuevo México era una prueba tenebrosa y que el miedo que ella vislumbraba por las noches desde La Araña se había apoderado del mundo entero. El terror a lo invisible. Un tipo de arma que dejaba las ciudades desiertas, sin vida, como si el mundo se hallara en el quinto día de la creación y un dubitativo Dios se planteara si era mejor crear al hombre o evitar riesgos y dejar sin seres humanos el paraíso terrenal. El Polaco murió entre esas dos fechas, como si la onda expansiva se hubiera desplazado hasta el sótano donde se ocultaba. Mientras él realizaba con mi madre su último viaje por las ciudades mágicas del celuloide, doscientas cincuenta mil almas desaparecían para siempre. Mi madre hubiera deseado que sucediese lo mismo que en la película del Oeste en que el doctor del poblado asiste a la víctima de un disparo y después de extraer la bala dice satisfecho, igual que si acabara de realizar un truco de magia: «Dormirá y luego, por la mañana, se despertará».

A partir del 6 de agosto de 1974 mi padre empezó a tener la inquietante sensación de que el final de sus días estaba cerca. La muerte se convirtió en algo obsesivo que le resultaba imposible eliminar del pensamiento. Se propuso organizar el futuro como si le quedara por delante un plazo de tiempo determinado. Marcó en el calendario la fecha de su propia defunción y la asumió con todas sus consecuencias. Cuando decidió que solo le quedaban tres años y medio de vida miró hacia atrás para evocar los momentos más destacados. Excepto el hecho de que le tocara la lotería y viajáramos a Nueva York, lo demás era tan íntimo e incomprensible como tener que mentir para salvar al Polaco y luego matarlo para evitar que continuara sufriendo. Pero el pasado ya no tenía remedio. Al fin iba a disponer de una última oportunidad para realizar los deseos pendientes.

Lo primero que hizo fue separarse de mi madre y regresar a La Araña. No lo consideró una ruptura, sino más bien una huida. Ella se quedó en la casa que acababan de comprar. Mi padre relacionaba el matrimonio con las aguas contenidas de una presa. Las aguas permanecían tranquilas salvo que estallara una tormenta impredecible. Eso fue lo que sucedió. De repente, sin que interviniera ningún elemento extraño, mi padre tomó la decisión de abrir las compuertas y dejarse llevar. No tenía fuerzas ni ganas para vivir ninguna aventura. Las aguas mansas serían arrastradas por la corriente hasta llegar al mar. El mar estaba a tres años y medio de distancia. Mi padre se contempló desde la perspectiva de La Araña. Se vio atrapado en la red, paralizado, esperando que la propia vida lo devorase.

El miedo anidaba en el corazón de mi padre como un depredador que lo iba consumiendo. Se convirtió en el mayor de sus enemigos naturales. Un enemigo terrible que se ocultaba camuflado en cada recodo del camino, lo acechaba por todas partes hasta convertir la vida en un campo de batalla. Mi madre estaba convencida de que nadie se había interpuesto en la relación entre ella y su marido, salvo el miedo atroz que él tenía a la muerte. Lo sorprendió la velocidad de vértigo con la que transcurría el tiempo. Lo atormentaba el temor a envejecer y sentirse incapaz de valerse por sí mismo. El miedo era su peor enemigo, crecía a su lado sin misericordia. Se había convertido en su sombra, una sombra que lo amenazaba constantemente y por muy lejos que huyera no lograba evitarla. Iba a convivir a solas con el miedo durante tres años y medio en una casa de La Araña.

Alguna vez he tenido la tentación de imitar la conducta de mi padre y poner fecha de caducidad a la vida. A fin de cuentas he heredado sus mismos hábitos, sus gestos, sus temores, y solo me falta vivir el mismo tiempo. Lo que mi padre

ignoraba era que en 1974 no le quedaban tres años y medio de vida, sino catorce. La muerte le concedió una tregua de diez años, pero eso no le afectó porque ya se había enterrado en vida cuando decidió refugiarse en La Araña. Lo único que le diferenciaba de los muertos era que ellos no mantenían conversaciones entre sí, mientras que mi padre pasaba el tiempo hablando con los muertos. Paseaba con ellos por la playa y al caer la tarde se reunían alrededor de una mesa en el bar del Comunista. Después seguían dialogando en la casa de Javier Cisneros. Una tarde que fui a visitarlo, me confesó que se identificaba con *El hombre que murió demasiado tarde*, una novela de El Coyote que había releído la noche anterior:

–Denis cometió un error al invitar a Solita a que disparase contra él. Claro, que estaba seguro de que no se atrevería a apretar el gatillo, pero ella se atrevió. Y Denis murió, aunque murió demasiado tarde. –Eso dijo mi padre mientras pensaba que la soledad también tardaba demasiado en disparar contra él.

Mi padre se rodeaba de los ausentes para comentarles en voz alta las noticias de los periódicos atrasados que le habían llamado la atención. Cuando yo iba a visitarlo, me repetía las mismas historias. Como el caso de aquella anciana que desenterró los cuerpos embalsamados de su marido y de su hermana melliza para vivir con ellos durante más de diez años. Hasta que uno de esos vecinos que matan el tiempo fisqueando en la vida de los otros la denunció a la policía. Fue una tarde que ella se dejó la puerta de la calle abierta y el inquilino del piso de arriba descubrió a los tres sentados en el comedor. La anciana no tenía la sensación de hacer nada malo, al contrario, ¿acaso no era una demostración de amor eterno permanecer después de la muerte con los dos seres a los que más había querido? Cuando en la boda se comprometió a amar a su marido en la riqueza y en la pobreza, en la salud y en la enfermedad, hasta que la muerte los separase, ella no estaba de acuerdo en lo último. ¿Por qué la muerte tenía que separarlos? Al ser interrogada por la policía declaró que tenía los cadáveres en casa porque necesitaba verlos y hablarles. Los tres se hacían compañía. Además, ella sufría claustrofobia y no podía soportar la idea de que su marido y su hermana permanecieran toda la vida en ataúdes enterrados bajo tierra. ¡Qué imagen tan terrible!, ¿cómo iba a consentir tal barbaridad? Mi padre imaginaba al marido y la hermana en los ataúdes mientras la anciana pasaba el tiempo asomada al interior de sí misma en la habitación solitaria de un centro geriátrico, pensando en los años que vivieron juntos a pesar de estar muertos, los días felices en la casa familiar, las animadas conversaciones de las sobremesas. El marido nunca fue un hombre muy hablador, aunque eso no importaba porque las hermanas suplían con creces sus largos silencios. Por la mañana temprano, la anciana se levantaba y preparaba el desayuno para los tres. Seguramente ahora estará desorientada en la habitación, pensaba en voz alta mi padre. Quizás pase el día intentando salir a la calle para dirigirse al mercado y después cocinar. ¿Quién arropará a su marido y a su hermana cuando

refresque por las noches? La anciana se sigue reuniendo con ellos dentro de su cabeza. De nuevo están juntos. Los manda callar, les dice que no hagan ningún ruido porque hay un desequilibrado en la escalera que los quiere sepultar bajo tierra. Cuando alguien entra en la habitación del centro donde la han internado, ella lo abraza y le implora que no se los lleve de nuevo. En el fondo está deseando morir para reunirse definitivamente con ellos y que nadie los moleste, porque la mayoría de las personas son tan simples y crueles que piensan que los muertos están vacíos por dentro y por eso los entierran. Mi padre también había desenterrado la memoria y se puso a convivir con los fantasmas del pasado que permanecieron a su lado después de la muerte.

Estoy realizando el mismo viaje interior que hizo mi padre desde el mes de agosto de 1974 hasta enero de 1988. No sé el tiempo que pasaré aquí, tampoco me importa. Nadie me espera fuera. Teresa se ha convertido en mi ángel custodio, como los ángeles de las películas de Navidad que acuden para resolver los problemas y luego desaparecen. Mi madre afirmaba que el corazón humano solo crecía gracias al dolor. Luego añadía que a mi padre le falló el corazón, ignoro si se refería al órgano impulsor de la sangre o al encargado de manifestar los sentimientos. Creo que he heredado esa enfermedad. A mí también me falla el corazón. Por eso procuro crear los mínimos lazos afectivos para así evitar futuros temores, hasta que alguien me desborda y entonces me dejo arrastrar por los sentimientos.

Cada vez que moría alguno de los amigos del cine Emporio, Javier Cisneros afirmaba que había emprendido la senda de los elefantes. Yo lo imaginaba alejándose despacio de La Araña como los viejos elefantes de las películas. Se marchaba hacia un lugar misterioso. Un cementerio recóndito donde se reunía con los demás muertos. Los indios del Oeste americano también iban a morir solos por el camino que conducía hacia la barrera de montañas que se levantaba tras la Fábrica de Cementos Goliat y que Javier Cisneros bautizó con el nombre de escarpa Mutier. Cuando sentían que se aproximaba el final, en vez de meterse en la cama como hacían las personas que nos rodeaban, se encaminaban despacio hacia la eternidad. La pena era el dolor del alma. Un dolor que se repartían entre los que se iban y los que se quedaban, lo mismo que sucedía en los andenes de las estaciones. La pena no la producía la muerte, sino la separación. Yo prefería ser el muerto y partir despacio hacia el cementerio que quedarme afligido en casa viendo como los demás se marchaban. Más tarde descubrí que la senda de los elefantes era mucho menos atractiva de lo que sugerían las palabras de Javier Cisneros. A los difuntos los conducían en coches fúnebres al cementerio de la ciudad, como si La Araña solo fuera un apeadero en el camino hacia la muerte. Una despensa de cadáveres dispuestos a ser devorados por los gusanos de su propio pasado. El sótano donde

mi padre se encerró para reunirse con los fantasmas y al que yo he vuelto para rescatarlos del olvido.

–La suerte no se busca, se encuentra.

Acabábamos de ver la película en la que una joven pareja que vive en una humilde buhardilla de París pierde un billete de lotería premiado. Era la gran oportunidad de hacerse ricos, pero un descuido echa por tierra sus ilusiones. Desde que reciben la fabulosa noticia hasta que van a cobrar el billete y se dan cuenta de que lo han extraviado pasan el tiempo soñando con todas las cosas que comprarán con ese dinero. Ella se dedica a escribir con el pintalabios la lista de sus deseos en el espejo del cuarto de baño. Hasta que el billete de lotería desaparece y los deseos se convierten en un espejismo.

–¿Sabes cuál fue la única vez que me tocó la lotería? –Javier Cisneros salió satisfecho del cine. Le gustaban las historias en las que un golpe de suerte cambiaba la vida de los protagonistas–. El día que un cliente me dijo que le reservase un décimo que no vino a recoger. En lugar de devolverlo decidí comprarlo porque los números sumaban mi edad. Tengo la costumbre de sumar todos los números que se me ponen por delante, me da igual que sean de matrículas de coches, teléfonos o lotería. Dicen que ese ejercicio va bien para ejercitar la memoria. Aquella vez me encontré con la suerte por pura coincidencia.

Cuando llegamos a casa, mis padres estaban con Juan Barber y el doctor Luis Santa Cruz reunidos en el comedor. Javier Cisneros contó la anécdota del décimo de lotería que había perdido la pareja de la película.

–¿Cómo pueden ser tan despistados? –Al Marino no le entraba en la cabeza que nadie pudiera tirar por la borda una fortuna.

–Los pobres... ¡Qué mala suerte! –Mi madre enseguida se puso en el lugar de la pareja como si fueran vecinos de La Araña.

–Ya quisiera yo ser tan pobre como ellos y tener su mala suerte –dijo mi padre.

–¿Os acordáis de mi amigo Ángel Martín? A ese sí que le tocó la lotería.

Ninguno conocía al amigo del doctor Santa Cruz, aunque sabían la historia de aquel hombre afortunado que compraba un décimo en todos los sorteos. Nunca le tocó ningún premio salvo la pedrea, pero aun así fue un hombre afortunado. Le gustaba leer y utilizaba los billetes de lotería como marcapáginas. Al coger cualquier libro descubría cuándo lo había leído, porque al acabarlo dejaba siempre el último décimo. Los socios del Club de los Dedos Amarillos no se cansaban de repetir que le había tocado la lotería el 29 de abril de 1959, sin embargo él recordaba la fecha con una enorme tristeza. Ese día tenía previsto volar a Madrid, pero al final dio su pasaje a un compañero de trabajo al que le surgió una urgencia.

Ángel Martín Luna no tuvo inconveniente en aplazar aquel vuelo que nunca llegó a su destino. El DC-3 se estrelló en la sierra con quense de Valdemeca y murieron todos los pasajeros. Uno de los héroes de mi padre, el gimnasta Joaquín Blume, iba también en ese avión con su mujer embarazada.

Entonces aún no les había tocado a mis padres el Gordo de Navidad. No sabían de qué manera tan rocambolesca pueden llegar a influir en el futuro los caprichos del destino. Mis padres ya habían sobrepasado con creces los veinte años de edad en 1973. No tenían ningún interés en comprar una moto con sidecar como le sucedía a la pareja de la película. La alegría que mis padres sintieron al enterarse de que eran ricos se fue desvaneciendo con el transcurso de los días. Al menos eso le sucedió a mi padre tras el viaje a Nueva York. Llegó a la conclusión de que la suerte le había llegado con treinta años de retraso. Solo pensar en los planes que siempre le habían atraído le producía pereza. No sentía la necesidad de engañarse a sí mismo para recuperar la ilusión. Lo que iba a hacer en adelante sería dedicarse a examinar el pasado e imaginar las vidas que había perdido. Solo le quedaban fuerzas para viajar con la imaginación. Estaría quieto, apresado en la telaraña de los recuerdos, rescatando las experiencias que pudo haber tenido y al final despreció. Era imposible volver atrás en el tiempo físicamente, pero le quedaba la oportunidad de hacerlo con la imaginación. Al despertar en la casa de Javier Cisneros, cada mañana recordaba un momento concreto de su vida y se planteaba qué habría ocurrido si en lugar de tomar una decisión hubiera elegido otra. Así fue reconstruyendo el pasado de una manera distinta. Tendido en la cama sin moverse y a la vez sin parar de dar vueltas a la cabeza como el hombre que sueña.

En lugar de quedarse en La Araña, mi padre imaginó que aceptaba la invitación que le hicieron sus tíos maternos cuarenta años atrás y se marchaba a vivir a México justo antes de iniciarse la guerra. Ellos emigraron en 1901 y enviaban postales de ciudades subterráneas y volcanes dormidos. Los matasellos le evocaban los visados del pasaporte y las maletas de los grandes viajeros que estaban cubiertas de etiquetas con nombres de buques, ferrocarriles y hoteles legendarios. Entonces el mundo era mucho más grande, atractivo y misterioso.

Mi padre contó, durante una larga sobremesa, la historia de aquellos familiares que se instalaron en la ciudad sumergida de Guanajuato. Dijo que allí en México habían entablado amistad con el fotógrafo Romualdo García Torres. Luego mostró las postales de la ciudad en las que se podían ver las calzadas subterráneas por las que transitaban los vehículos y las calles de la superficie con el teatro Juárez y el callejón del Beso. Una ciudad dentro de otra ciudad que él relacionaba con el sótano de Javier Cisneros. Mi padre sacó un sobre que contenía una carta y las fotos de dos niños muertos que había retratado el amigo de sus tíos. No he olvidado esa tarde ni la frase que pronunció:

—Estos son los angelitos.

Mi padre estaba impresionado con la carta del tío Francisco donde hablaba de su amigo fotógrafo y la costumbre tan arraigada en México de retratar a los niños que acababan de morir. En las fotos aparecían ellos solos o acompañados de sus padres, hermanos y padrinos. Mi padre leyó un párrafo de la carta que sus tíos de México escribieron a mis abuelos el 2 de noviembre de 1913:

Romualdo ama a los niños y los retrata como si fueran hombres chiquitos, con su sombrero, su chaleco y su corbata de moño. Los niños muertos le conmueven. Suele recibir a las familias en su estudio fotográfico. Alguna vez hemos coincidido con alguna visita y os podéis imaginar lo violenta que resulta la situación. «¡Pase con su angelito!», dice Romualdo, y la madre no puede más pero se contiene para no quitarle la gloria a su infantito, para que la aureola de oro y el traje de santidad suba con él al cielo y ella pueda verlo en la noche brillando como una estrella más entre las estrellas. Por lo pronto a su muertito tiene que retratarlo antes de llevarlo a enterrar al camposanto. El otro día llegaron unos padres con su hija pequeña a recoger la foto del angelito. Me llamó la atención la naturalidad con la que Romualdo se dirigió a la niña para decirle: «Mira, este era tu hermanito».

Mi padre no llegó a conocer a sus tíos más que por fotografías. Se quedó con la curiosidad de saber qué habría sucedido con su vida si en vez de quedarse en La Araña hubiera viajado a México. Se trataba de una de tantas incógnitas que nunca llegaría a descifrar. Él solo realizó dos viajes en toda su vida y ambos le dejaron huella. El primero fue a Madrid en diciembre de 1973 y el segundo a Nueva York en agosto del año siguiente. El azar y la muerte se interpusieron en cada uno de esos viajes para cambiar el destino.

—Nos pasamos la vida intentando guardar el equilibrio, pero siempre surge algún obstáculo que nos sorprende a traición. —Hizo una pausa, se señaló con el dedo índice la cabeza y luego prosiguió—. El equilibrio está en manos del funambulista que llevamos dentro.

Al llegar de Nueva York y antes de encerrarse en la casa de Javier Cisneros, mi padre me citó un día para decirme:

—Hay dinero de sobra para que tu madre y tú viváis holgadamente el resto de vuestras vidas. Además, ¿sabes una cosa? —por el tono de voz parecía que iba a sorprenderle a sí mismo las palabras que iba a pronunciar—, valgo más muerto que vivo y si no te lo crees... ¡ya lo verás! Cuando el Comunista entre en casa encontrará un cadáver con el futuro resuelto.

Mi padre había decidido enfilear la senda de los elefantes. No se planteó que aún era demasiado pronto para abandonar la manada e ir en busca de la soledad definitiva. Mi madre permanecía inmutable y seguía comportándose como si nada hubiera cambiado entre ellos. Pero algo en su expresión la delataba, algo muy sutil, un ligero rictus de tristeza que solo éramos capaces de percibir quienes la conocíamos. Las dolorosas experiencias que sufrió en la juventud hacían que pareciese estar de vuelta de la desgracia. Como si hubiera entrado en el cine con la película empezada y aguardara la siguiente sesión para ver los minutos iniciales,

aunque ya conocía el desenlace y sabía que no iba a llevarse ninguna sorpresa. Nunca manifestó ningún reproche contra mi padre, ni siquiera tras abandonarla demostró guardarle el más mínimo rencor. ¿Cómo iba a juzgar con resentimiento al hombre que le había salvado la vida? Se resignó a seguir viviendo sola con los mismos recuerdos que la habían acompañado siempre. Cuando mi padre murió ella hacía tiempo que se había resignado a vivir separados. Lo conocía demasiado bien como para saber que no iba a cambiar de idea. A mi madre no le quedaba otro remedio que acomodarse a las circunstancias, aunque le doliese. No podía eliminar el pasado ni borrar los recuerdos de la mente de mi padre, igual que ella tampoco era capaz de olvidar los suyos. No conocía el método para espantar la presencia de aquel fantasma que los había perseguido en silencio desde que se casaron. Creo que mi padre tuvo la impresión de haber vivido un amor de segunda mano. Cuando él murió, mi madre no derramó ninguna lágrima. Supongo que la agonía de su relación había sido tan larga que no le quedaban fuerzas para llorar. Ya sabía de sobra lo que era el mundo sin él. Llevaba varios años viviendo sola, aunque se comunicaban por teléfono de vez en cuando para citarse y resolver algún problema doméstico o bancario. Cuando estaban juntos, mi madre tenía la rara sensación de hallarse delante de un extraño al que conocía íntimamente.

Mis padres empezaron a vivir separados y yo estudiaba en otra ciudad. De pronto, sin ningún motivo aparente, me sentí abatido como las maletas que daban vueltas en la cinta transportadora del aeropuerto esperando a sus dueños. No deseaba salir a la calle, ni ver a los amigos, ni relacionarme con el mundo exterior. Estudiaba sin ninguna convicción e incluso dejé de asistir a clase. Vivía en un piso de estudiantes que pagaban mis padres con los intereses que producía el dinero de la lotería. Ambos decidieron seguir compartiendo la misma cuenta de ahorro que tenían antes de separarse. Mi madre revisaba los movimientos de la cartilla igual que durante el tiempo que estuvo con mi padre se encargó de controlar la frágil economía doméstica. Fue ella la que descubrió el estado en el que me encontraba cuando vino a visitarme para celebrar juntos mi cumpleaños. Nada más verme, se preocupó por la pérdida de peso de los últimos meses y la tristeza que reflejaban mis ojos. Me preguntó si había sufrido algún desengaño, le respondí que no. No me gustaba lo que estaba estudiando, pero eso no influía negativamente en mi estado de ánimo. No me importaba tanto la carrera como las experiencias que me permitía el hecho de vivir alejado de mis padres. Me llevó al médico. Un neurólogo que dibujaba todo lo que decía en el reverso de una hoja de papel con un membrete en la parte superior donde estaba impreso su nombre y especialidad. El neurólogo no dejó de dibujar durante el tiempo que estuvo hablando.

–El cerebro es la cueva del tesoro. Una caja negra que encierra las claves de nuestro comportamiento. –Al oírlo, me vino la imagen de la Cueva del Tesoro donde contaban que el Polaco había ocultado el arsenal de armas y los cadáveres de los soldados enemigos.

Hizo una pausa. Levantó la vista para contrastar la figura del dibujo con el modelo original. Yo también miré el muñeco triste y meditabundo que se asomaba desde el interior de la cueva. Me sentí como si estuviera delante de uno de esos espejos de feria que deforman los cuerpos.

–Hay una sustancia química que fabrica el cerebro y que produce la felicidad.

Depositó el bolígrafo sobre el papel. Me dio la impresión de que el hecho de dibujar le había calmado. Al instante prosiguió:

–Te voy a poner un ejemplo. Al ver una película agradable, el organismo segrega esa sustancia que nos proporciona una sensación de bienestar. Pero no todos somos iguales, por herencia genética hay pequeños y grandes transmisores de serotonina. Estos últimos están mejor armados para la vida y cuando les toca sufrir una desgracia su dolor es menos intenso y duradero. Tú perteneces al primer grupo.

La herencia genética era una maldición que me perseguía desde el nacimiento y que yo no podía hacer nada por evitar. ¿Cómo se lucha contra los enemigos invisibles que nos acorralan por dentro? Me acordé de mi padre cuando dejó la fábrica. Nunca lo había visto tan optimista como entonces. Él sabía desenvolverse en la precariedad. Sin embargo, el azar quiso que empezara a sentirse desdichado cuando nos tocó la lotería y teníamos el futuro resuelto. Fue como traspasar el umbral de uno de esos magníficos palacios de las películas y descubrir que detrás de la fachada no había absolutamente nada excepto el vacío que ocultaba el decorado.

–Te voy a recetar unas pastillas que producen esa sustancia, pero tienes que tener en cuenta algo muy importante: la felicidad no se hereda ni se regala, sino que se aprende a conquistarla.

Al llegar las vacaciones de Navidad fui a ver a mi padre y le conté lo que me había dicho el neurólogo, aunque mi madre ya se lo había explicado. Le comenté el ejemplo que hacía referencia a la película agradable y la sensación de bienestar. Él recobró por un instante los niveles óptimos de serotonina y la lucidez necesaria para responder:

–Yo debí agotar esa sustancia después de ir tanto al cine.

No le dije que esa carencia se debía a una cuestión genética. No creí que hiciera falta explicarle que me iba a dejar en herencia una fortuna y quizás también la incapacidad para disfrutarla.

Ahora que han transcurrido más de treinta años, creo que el médico falló en el diagnóstico, porque no tuvo en cuenta que yo vivía en otro mundo. El mundo del celuloide. Lo he descubierto al recordar el día que le pregunté a mi padre de qué material estaban hechas las películas. Me respondió como si estuviera esperando desde hacía tiempo que alguien le planteara esa cuestión:

–Con una sustancia fabricada con pólvora de algodón y alcanfor. El celuloide es poco flexible en frío y muy flexible en caliente. –Se quedó pensando unos segundos antes de concluir la explicación como si le pesaran las palabras que iba a pronunciar–. Su mayor inconveniente estriba en que es altamente inflamable, lo cual lo hace peligroso.

Yo ignoraba hasta qué extremo se identificaba mi padre con ese material. La pólvora de algodón y el alcanfor representaban para él la batalla de los sentimientos y la memoria. El celuloide era la síntesis de su vida y la de todos y cada uno de los buenos camaradas que integraban el Club de los Dedos Amarillos. Mi padre, Javier Cisneros, el Albino, el Comunista, Juan Barber y el doctor Luis Santa Cruz eran cuerpos sólidos, casi transparentes, y muy flexibles al calor.

La tarde que Javier Cisneros me llevó a ver *Tarántula*, salí del cine con más picores de lo habitual. Me estuve rascando la cabeza durante todo el trayecto de vuelta a casa. Mientras conducía, no solo me habló de esa película, sino también de

La humanidad en peligro. Me dijo que unos seres monstruosos nos iban a devorar. No se trataba de arañas ni hormigas gigantes, sino de animales racionales que habían perdido la razón. Nosotros estábamos en sus manos.

—¿Te acuerdas de *El increíble hombre menguante*?—le contesté que sí sin dejar de rascarme la cabeza—, pues todos nosotros somos iguales que él.

Se dirigía a mí del mismo modo que si estuviera conversando con mi padre y eso me enorgullecía. Además pronunciaba con tanto énfasis cada una de sus palabras que no me quedaba más remedio que permanecer callado y atento. Era como si Javier Cisneros estuviese ensayando un discurso en voz alta. Una declaración de principios. No sé si los discursos que le atribuyo fueron reales o solo son imaginaciones mías que he ido hilvanando a lo largo de los años. Cierro los ojos, guardo silencio y oigo su voz. Le escucho decir que cuando algo extraño amenaza la aparente fragilidad de la araña, ella se repliega, se hace la muerta, huye sin abandonar la tela que ha ido tejiendo a su alrededor para protegerse y sobrevivir. La red de seda encargada de capturar la presa e inocularle un veneno que la inmoviliza. Nosotros somos arañas que extienden sus redes, que se enfrentan entre sí, que se aman y se devoran. Arañas quietas, silenciosas y mortíferas. Arañas inofensivas. Me pregunto a quién se refiere, qué clase de araña es cada uno de nosotros, qué campo de acción, qué territorio, qué espiral de poder e influencia abarca cada cual. Al recordar sus palabras las confundo con las de mi padre. La araña y el celuloide representan lo mismo. La red de seda de La Araña y la pólvora de algodón de las películas influyeron decisivamente en sus respectivas maneras de ser.

Miro la foto donde aparece mi padre en la cala del Cemento sosteniendo la fábrica entre los dedos pulgar e índice. El humo se pierde por una de las esquinas, como si la fábrica fuera un cigarrillo que se consume entre sus dedos. En el reverso figura la fecha del 22 de diciembre de 1973. Dentro de ese juguete tan pequeño, mi padre estuvo encerrado más de media vida. No consiguió escapar de aquella ratonera y burlarse de ella hasta que le tocó una fortuna e hizo el truco fotográfico que redujo la Fábrica de Cementos Goliat a un tamaño de apenas dos centímetros. La foto fue un acto de venganza mediante el cual mi padre se convirtió en un portentoso gigante y la fábrica en un juguete despreciable. David venciendo a Goliat. Me recuerda a *El hombre menguante*, cuando el pobre Grant Williams navega con su mujer en el barco de un amigo y de pronto lo envuelve una misteriosa niebla radioactiva. Al cabo de pocos días su cuerpo comienza a disminuir de tamaño hasta quedarse como la fábrica que mi padre sostuvo entre los dedos.

El hombre menguante guardaba una profunda relación con mi padre. Quizás por eso había visto tantas veces la película, porque se identificaba con él. Me llegó a decir que aquella historia era la metáfora de su vida. Cuando hablaba del protagonista utilizaba el plural, como si el actor interpretara en el cine el mismo papel que mi padre representaba en la vida real. Ninguno de los dos estaba dispuesto a dejarse devorar como un insecto por las fauces de la araña monstruosa. Al final, ambos acabaron encerrados en sótanos similares. El hombre menguante clamaba que el suelo del sótano donde había caído se extendía ante él como una vasta llanura desolada, carente de vida y plagada de reliquias de una raza extinguida. El sótano de mi padre era una tumba repleta de fantasmas. Fuera estaba el peligro, la niebla que amenazaba con otras descargas de radiación, otras nubes fluyendo a la deriva por mares y continentes, otras fábricas del miedo.

Al final de su vida, el hombre menguante descubrió que lo infinitesimal y lo infinito formaban los dos extremos de un mismo mundo. Lo increíblemente pequeño y lo vasto acaban encontrándose, igual que si el gran círculo terrestre se cerrara. El último día, mi padre también miró el tapiz plateado del firmamento que cubría la noche y, en ese instante, adivinó la respuesta al enigma del infinito. Me confesó que sentía cómo su cuerpo iba menguando y fundiéndose con la naturaleza hasta convertirse en nada. Los miedos... ¡Al fin se desvanecían! Toda la inmensa obra de la creación tenía que significar algo. Y él significaba algo también; aunque

fuera más pequeño que lo más ínfimo, significaba algo. Mi padre terminó pronunciando las mismas palabras que el hombre menguante:

–Para Dios no existe la nada. ¡Aún existo!

Las cubiertas de los viejos álbumes de fotos de mi padre se asemejan a la piel de las serpientes, también su interior guarda relación con ellas. Las serpientes cambian de piel pero siguen siendo las mismas, igual que los que posan delante del fotógrafo. El paso del tiempo se concentra dentro de esos álbumes. Mi padre decía que solo empleaba medio segundo en fotografiar un rostro que tardaba toda la vida en borrarse. No sé exactamente a qué se refería, tal vez a la imagen de alguien que permanece en nuestra retina después de abandonarnos para siempre. Llegó a reunir tantas fotos que en vez de seguir ordenándolas en álbumes las archivó en la caja de madera que guardaba bajo la cama igual que si fuera una réplica a escala del sótano. Las observo detenidamente. El Polaco nunca aparece, ¿cómo iban a fotografiar el secreto que tan celosamente guardaban? Me propongo resucitar al novio de mi madre sin entrar en los detalles escabrosos cuyas imágenes se proyectan en el cerebro en contra de mi voluntad. No pienso mencionar lo que siempre me ha obsesionado: la estrategia de los insectos para devorar los restos de los cadáveres, la fauna necrófila que componen las escuadras de la muerte, los escarabajos de las tinieblas. Nunca creí que fuera a desvelar esta historia. En cualquier caso los hechos prescribieron hace décadas y los implicados han muerto. Después del fallecimiento de mi padre, el Comunista me entregó dos juegos de llaves de la casa y el estanco de Javier Cisneros. Le dejé una copia por si alguna vez yo también desaparecía. Al introducir por primera vez la llave en la cerradura tuve una sensación extraña. Miré mi mano y vi la mano de mi padre abriendo esa misma puerta después de la muerte de su amigo.

El día que salí del hospital y Teresa me acompañó a casa, al traspasar el umbral hizo un comentario que definía al amigo de mi padre. Dijo que Javier Cisneros habitaba en la trastienda de la fortuna. Al oírla atravesó mi mente uno de esos malos pensamientos que surgen de improviso sin mi consentimiento y que trato por todos los medios de expulsar de la cabeza. Un lastre que soporto desde que me licencié en una carrera que nunca he ejercido. La mentalidad jurídica me induce a pensar en el reverso de las cosas, analizar su lado oculto, contemplar al mismo tiempo el argumento positivo y su negación con igual firmeza. Entonces Javier Cisneros se convierte en un productor de cáncer, enfermedades coronarias y fomentador de la ludopatía. El estanco en el que vendía humo e ilusiones se transforma en un peligroso comercio de enfermedad, delirio y muerte.

Voy a la mesilla de noche y cojo la palmatoria que permanece junto a la foto de Javier Cisneros y mi padre abrazados y sonrientes en la cala del Cemento. Enciendo la vela para alumbrar el sótano. Al levantar la trampilla me viene la imagen de una de esas esferas terrestres que contienen botellas de alcohol en el

interior, como si la trampilla ocultara una bodega clandestina en los tiempos de la ley seca. El sótano se mantiene igual que lo dejó mi padre. Al final de su vida se recluyó aquí para estar más cerca de mi madre. Abandonó a la mujer de carne y hueso para reunirse con el amor platónico con el que acabaría casándose. Aquel refugio se convirtió en una capilla plagada de reliquias. Mi padre cerraba los ojos y se veía a solas con Beatriz. Más allá, en un discreto segundo plano, el Polaco y Javier Cisneros se retiraban con cautela hasta desaparecer.

Estoy en el interior de esa capilla donde mi madre siguió citándose con el Polaco después de casarse con mi padre. Se veían a escondidas, aunque llegó un momento en que él no necesitaba ocultarse de nadie porque la muerte lo había convertido en un hombre invisible para todos excepto para Beatriz Casares. Ella se trasladaba mentalmente al sótano cuando su marido estaba en la fábrica y también rejuvenecía por las noches para reunirse con su primer novio mientras mi padre roncaba a su lado. Mi madre lo engañó con el pensamiento, pero el deseo no deja huellas. Los deseos son solo sueños que tenemos despiertos. El sótano era la ciudad sumergida donde transcurría la vida oculta de mi madre. Mi padre siempre lo presintió, aunque no poseía ninguna prueba palpable. Solo la delataba su mirada en aquellos precisos instantes en que, sin que ella se diera cuenta, los ojos se convertían en el espejo del alma.

Mi madre no necesitaba moverse de este pequeño cuarto subterráneo para viajar por todo el mundo. Aquí nunca se sintió atrapada, sino todo lo contrario. La imaginación le permitió llevar una doble vida. Cuando se reunía con el Polaco se dedicaba a viajar y después de casarse con mi padre siguió viviendo aventuras con el Polaco. Me siento en la mecedora. La luz de la vela ilumina los dibujos de las paredes y me transporta al pasado. Mi madre guardaba mucha similitud con el protagonista de la película muda *El hombre que ríe*. Era como si después de todos los terribles castigos que tuvo que soportar, el cirujano «comprachicos» le hubiera desfigurado la cara para implantarle una sonrisa permanente y así condenarla de por vida a reírse de la desgracia. Alguna vez la sorprendí triste, pero solo un instante. El esfuerzo era tan grande y le causaba tanta molestia poner esa expresión que apenas la mantenía unos segundos. La procesión iba por dentro. También relaciono a mi madre con la duquesa de la película: cuando acude a la feria para ver al hombre que ríe y después ordena a sus criados que vayan a buscarlo y le conduzcan a palacio. Allí le confiesa que fue la única persona del público que no se rio, ni ella misma comprende por qué reaccionó de ese modo. ¿Era compasión o era amor?

Desde que salí del hospital tengo la sensación de haber usurpado la personalidad de mis padres, como si me dedicara a suplantar sus vidas para satisfacer los deseos. Igual que si rodara una nueva versión de la película que reproduce la historia de mi familia. Sin memoria no somos nada. Cuando abandoné la planta de neurocirugía,

el médico que me atendió durante el tiempo que estuve ingresado me dijo que guardara reposo durante un mes. Al cumplirse el plazo la semana pasada, me realizaron un encefalograma. La enfermera observó los diagramas en la pantalla que tenía delante. Un mapa que mostraba una actividad de base ligeramente lentificada con brotes de frecuencia lenta en región temporal izquierda. Paroxismo de ondas agudas, puntos y ondas lentas en región temporal de hemisferio derecho. Me invitó a mirar la pantalla. Vi las líneas quebradas de una cordillera atravesando mi cabeza. Luego me quitó los cables que acababan de revelar el clima que existía en el interior de mi cerebro. De vuelta a casa, tras releer el parte médico sin comprender nada, me consoló pensar que al fin había conquistado la lentitud que siempre perseguí. Me observé en el espejo retrovisor para confirmar que no era un esqueleto, que no había caído en manos del cirujano «comprachicos», que nadie había esculpido ningún gesto en mi rostro para desfigurarme.

Teresa conducía el coche. Me miró de soslayo sin decir nada. No quiso interrumpir mis pensamientos. Le agradezco esa complicidad que no necesita palabras. La mayoría de las personas no soportan el silencio, se sienten incómodas sin hablar y entonces hablan demasiado. Al llegar a La Araña aparcó delante del estanco y permaneció sentada. Me dijo que de pequeña se tumbaba en el porche de la casa de sus padres y se dedicaba a mirar el firmamento. La luz de las estrellas era el hilo del tiempo. Me explicó que la luz que emite una estrella tarda en llegar a nosotros alrededor de cien años. El rayo de luz hace táctil ese hilo que nos une con el pasado. Una estrella puede morir, pero su luz permanece el tiempo que tarda en llegar a la Tierra.

Al oírla, me convierto en el funambulista que pasea sobre el hilo del tiempo. Me traslado cien años atrás y luego regreso de nuevo al presente. Voy, vuelvo y me detengo, igual que hizo Philippe Petit entre los sesenta metros que separaban las Torres Gemelas. Me atrae desandar los caminos. Veo primero el nacimiento de mi padre y después el de mi madre. Sigo caminando por el tiempo y los veo crecer. Mi padre pertenece a la quinta de la guerra, pero se libra de ir al frente porque lo declaran inútil. No posee ninguna influencia, simplemente un problema cardíaco que le salva la vida. Pero la guerra está en todas partes. Veo a mi madre delante de sus padres muertos. La veo buscar a su hermano entre los cadáveres que se amontonan en el arcén de la carretera. Hay momentos en los que el tiempo se detiene y yo también permanezco quieto vislumbrando desde lo alto las escenas del pasado que marcaron nuestras vidas. Ahora mi madre está embarazada y dos guardias civiles la interrogan en el estanco de Javier Cisneros. Ella se pone a llorar por el dolor que le causan las amenazas. Se arrodilla para suplicar compasión por el hijo que lleva en el vientre. Ellos insisten que confiese el paradero del Polaco si no quiere que su hijo nazca en la cárcel. Hasta que mi padre se interpone entre ellos y pronuncia una frase que deja tan estupefactos a los guardias civiles como a mi

madre: «Yo soy el padre», exclama. Ellos escrutan su rostro para certificar la autenticidad de sus palabras y luego abandonan el estanco. Mi madre yace tendida en el suelo. Mi padre la ayuda a incorporarse. La abraza por primera vez. Veo a mi madre dando a luz en la más absoluta oscuridad. Una lámpara de carburo alumbra el nacimiento de mi hermano. Hay restricciones en 1944 y las seguirá habiendo durante algunos años más. A los pocos días de nacer, Pedro viajó al limbo en una caja blanca. Sigo haciendo equilibrios sobre el hilo del tiempo. Veo mi propio nacimiento. Veo a mi padre pasar las horas en la oficina de la Fábrica de Cemento Goliat. Veo a Javier Cisneros vendiendo humo e ilusiones. A mi madre yendo a buscar el fantasma de su hijo Pedro por las callejuelas vacías de La Araña. Veo al Comunista abrir las puertas de las casas que no dan señales de vida. Veo a mi padre salir del cuarto de las estrellas repitiendo una frase que acaba de anotar en su cuaderno: «Sé que vine al mundo y que falleceré y que debo aprovechar lo que hay entre los dos extremos». Sus palabras me recuerdan los versos de Marilyn Monroe que guardo subrayados en la memoria:

Empezaste y terminaste en el aire
pero ¿qué hubo en medio?

Al caer la tarde, llegaba una mujer conduciendo un coche fúnebre de segunda mano. No llevaba féretro, ni coronas de flores, solo plantas cuyas hojas cubrían el techo y las ventanillas. El largo y negro automóvil circulaba despacio por las callejuelas de La Araña, como si trasladara un cadáver y la comitiva la formaran los curiosos que lo seguían con la mirada. Si alguno hacía una señal, la mujer detenía el jardín rodante. Después de mantener un breve diálogo, lo invitaba a pasar. Un día me aproximé para ver las flores y ella me sonrió con la misma dulzura que las dueñas de los salones del Oeste. Al instante apareció un empleado de la fábrica que levantó la puerta trasera, se introdujo en el coche y se tumbó como si hubiera decidido morir sin tener dinero para pagar el ataúd.

–Llévame lo más lejos que puedas –le oí decir–, aunque no hace falta que pongas el coche en marcha.

La desconocida del coche fúnebre se convirtió en el personaje favorito de las conversaciones. Según el hermano del Comunista, el lugar elegido por la mujer dependía del cliente. Cuanto más lejos iba, más caro le costaba. Yo imaginé que se marchaban de viaje, aunque luego alguien comentó que ella solía prestar sus servicios en la playa del Peñón del Cuervo, a menos de un kilómetro de distancia. Allí aparcaba frente al mar, mirando al pájaro de piedra. La mujer se ganaba la vida sin necesidad de bajarse del coche. Un coche fúnebre que llevaba a los pasajeros al paraíso mientras ella les susurraba al oído: «Te lo vas a pasar de muerte». El Albino bromeó afirmando que aquel coche de segunda mano era un buen sitio para que los supervivientes de La Araña enterrasen sus penas. Cuando alguno se demoraba más de la cuenta en salir del vehículo, abría la puerta trasera y le ordenaba: «Levántate y anda». Mi padre decía que el mero hecho de imaginar que se montaba en un coche de muertos por la misma puerta que introducían los ataúdes le provocaba un repentino escalofrío. Yo estaba en la mesa de al lado pegando cromos en los álbumes.

–La muerte tendría que ser así –afirmó Javier Cisneros utilizando un tono convincente y observando a mi padre de reojo–, un trayecto corto y placentero con alguien que desees.

Cuando mi padre salía de la fábrica solía encontrar el coche fúnebre aparcado junto al pasadizo subterráneo. Las cortinas negras cubrían las ventanillas y el vehículo se tambaleaba como si en el interior estuviese encerrado un hombre que había sufrido catalepsia y al recobrar la conciencia descubriera que se hallaba en el

interior de un ataúd. Las puertas laterales mantenían el rótulo con el nombre y la dirección del anterior propietario.

POMPAS FÚNEBRES «EL ÚLTIMO JARDÍN»

Calle Compañía, 6

Hasta entonces yo solo había visto otro coche igual, el que vino a recoger a mi abuela el día que abandonó la casa para siempre. En aquella ocasión lo conducía un hombre serio vestido de luto. Yo estaba convencido de que los muertos se montaban en el coche por su propio pie. Los había sorprendido en más de una ocasión subiendo por la puerta trasera y tumbándose como los perros. No los recordaba serios ni tristes. Tampoco nadie iba detrás llorando. Abandonaban La Araña en el interior de aquel pequeño jardín y al cabo de media hora todos regresaban con la expresión feliz de los resucitados, todos excepto mi abuela.

Al pasar por delante de la fábrica, yo también oía un siseo; como si alguien me llamara. Igual que hacía la mujer para reclamar la atención de los hombres que merodeaban alrededor del coche, aunque ella expulsaba un leve susurro comparado con el poderoso sonido que escuchaba a mis espaldas. Ahora sé que no iba dirigido a mí, pero entonces lo ignoraba. La Fábrica de Cementos Goliat era el infierno, el enorme taller del miedo, el castillo inverosímil donde habitaba el gigante que me había confundido con un cadáver y reclamaba mi custodia, igual que hacía con las víctimas de La Araña. El cementerio no estaba en la ciudad, sino en la propia fábrica. La memoria tergiversa los recuerdos. Un niño es incapaz de imaginar que la fábrica guarda en sus almacenes los fósiles de las canteras y que son sus almas atormentadas las que mendigan ayuda. Imagino las almas de los fósiles dando vueltas por el interior del molino como los pensamientos por la cabeza, yendo por túneles oscuros hacia el gran crematorio donde finalmente, ya convertidas en polvo, pasan ante la mirada cansina de los vigilantes encargados de cuidar que no quede ni la más mínima partícula sin disolver, ni el más ligero residuo de vida, solo polvo de cemento que se introducirá en sacos y se transportará en camiones, como ataúdes en coches fúnebres, para distribuirlos por la ciudad y construir viviendas, nichos, otras fábricas, más cementeras, para que el mundo continúe el proceso vital de crecimiento y exterminio.

La mujer del coche fúnebre estuvo visitando casi a diario La Araña hasta que desapareció de repente. Los socios del Club de los Dedos Amarillos la echaron de menos, aunque ninguno confesó haber estado con ella. Simplemente agradecían que fuera la conductora del único coche que no había pasado de largo. Quien más la añoró fue el hermano del Comunista. La mencionaba con frecuencia en las conversaciones, aunque afirmaba que únicamente había subido al coche la vez que ella lo acompañó a la ciudad para llevar el perro al veterinario. Un par de horas más

tarde volvieron los dos solos con el collar y la cadena del animal. Hasta que varios meses después de que ella abandonara La Araña, un día se encontraron casualmente en la ciudad y la invitó a tomar café. Cuando le preguntó cómo estaba, ella le respondió que había llevado el coche fúnebre al desguace. Le escribió en la servilleta su nueva dirección y lo invitó a visitarla siempre que le apeteciera. El hermano del Comunista hizo una declaración que levantó sospechas entre los demás socios del club:

–Creo que he encontrado a la mujer perfecta para un solitario con tiempo que perder.

–¿Cuál es su nombre? –preguntó Javier Cisneros.

–Hoy se llamaba Violeta, mañana no sé. Cambia de nombre cada vez que se despierta. Me ha contado que lo primero que hace al levantarse de la cama es consultar el almanaque y mirar la santa del día. No para de celebrar su onomástica.

–Pero el nombre de Violeta no figura en el almanaque ni tampoco en el santoral –le corrigió el doctor Santa Cruz.

–Eso no importa. Cuando le he preguntado si podía llamarla siempre Violeta, me ha respondido: «¿Como si no pasara el tiempo?».

El hermano del Comunista la iba a visitar casi todas las tardes. Al mes y medio del reencuentro le propuso vivir juntos. Cuando los socios del Club de los Dedos Amarillos le preguntaron cómo había tardado tanto en declararse, contestó:

–El amor hay que dejarlo en cuarentena antes de tomar ninguna decisión.

Durante el tiempo que el hermano del Comunista estuvo desplazándose a la ciudad para visitar a Violeta, unas veces cogía el autobús y otras lo acompañaba Juan Barber en su viejo coche. Al llegar al centro de la ciudad, se separaban y se citaban a una hora para volver. Nadie sabía lo que hacía el Marino yendo a la ciudad un par de días a la semana con los tres canarios que saltaban en la jaula que llevaba en el asiento trasero. Hasta que una tarde, el hermano del Comunista se dirigía caminando hacia el sitio donde habían quedado para regresar cuando se le ocurrió mirar el reloj. Al comprobar que aún era temprano, decidió entrar en un bar que le pillaba de paso. Mientras aguardaba en la barra que le sirvieran la cerveza, se volvió y descubrió al Marino sentado delante de una mesa sobre la que había un manojo de billetes y la jaula con los canarios que parecían mirar con cierto recelo a los clientes, como si sospecharan que algo terrible iba a suceder en aquel local de mala muerte. Cuando finalizó el tiempo reservado para las apuestas, Juan Barber introdujo con dificultad la mano áspera y velluda a través de la puerta de la jaula y agarró al azar uno de los canarios que revoloteaban espantados. Lo mantuvo unos segundos delante de sus narices y lo miró con la expresión inocente del verdugo que ha de ejecutar la sentencia dictada por el juez, como si el pájaro fuera un asesino condenado a muerte. Después se lo metió en la boca y se puso a masticar ante la incredulidad del hermano del Comunista y todos los apostantes. El

Marino absorbía las plumas amarillas que asomaban entre sus labios y continuaba masticando. Al final abrió la boca con restos de sangre, recogió el dinero que había sobre la mesa y se marchó con la jaula y los otros dos canarios. No vio al hermano del Comunista en el bar ni se dio cuenta de que lo seguía por la calle. Al doblar una esquina, Juan Barber empezó a agitar el cuerpo de manera convulsiva, como si el aparato digestivo estuviera produciendo contracciones para expulsar el pájaro que llevaba dentro. El hermano del Comunista vio al Marino sacarse el canario de la boca y acariciarlo dulcemente antes de volver a introducirlo en la jaula. Distinguió las plumas mojadas pero no vislumbró ninguna herida, le consoló comprobar que había confundido el vino con la sangre. Durante unos segundos el canario se mantuvo inmóvil sobre el columpio recuperándose del susto. Luego se puso a saltar como si no hubiera ocurrido nada. El Marino cruzó un par de calles y entró en otro bar. Tras dialogar con el dueño se dirigió a los clientes acodados en la barra para apostarles lo que quisieran a que se comía vivo a cualquiera de aquellos canarios. Lo miraron con repugnancia hasta que alguien puso un billete encima de la barra. Después apostaron otros. El Marino metió de nuevo la mano en la jaula, sacó un canario y se lo zampó de un bocado; como si tuviera prisa por acabar su trabajo y salir pitando. El hermano del Comunista vio el menudo cuerpo atravesar su gaznate. Juan Barber apuró la copa de vino y eructó sin hacer ruido. Al salir del bar no se detuvo a expulsar ningún pájaro. El hermano del Comunista se paró delante del escaparate de una floristería para recuperarse de la impresión que le había causado aquel espectáculo. No se explicaba que alguien pagase por presenciar una escena tan cruel y desagradable. Al cabo de unos minutos se reunió con el Marino que lo esperaba en el coche.

—¿Has perdido un canario? —le preguntó al constatar que no estaban los tres en la jaula.

—Se lo he regalado a un amigo.

—¿Y para qué te has llevado los otros dos?

Juan Barber arrancó el coche sin contestar. Seguramente se le ocurrió alguna respuesta, pero prefirió permanecer callado. Nada más salir de la ciudad, el hermano del Comunista le pidió que parase un momento. Abrió la puerta y se puso a vomitar en la cuneta. Cuando llegaron a La Araña se dirigieron al bar. Juan Barber pidió una cerveza. El hermano del Comunista se sentó solo y en silencio a mirar el horizonte. Dejó caer el brazo y acarició al perro que había sacrificado hacía unas pocas semanas como si todavía permaneciera a su lado. Mi padre estaba en la barra y le dijo al Comunista:

—A pesar de que hoy no trae buena cara, noto a tu hermano mucho más rejuvenecido desde que sale con Violeta. —Hizo una pausa antes de concluir—. Estoy seguro de que todo esto significa para él una aventura y pasados los sesenta las aventuras no se presentan todos los días.

Al decir eso, mi padre no pensaba en sí mismo. No sabía que la última aventura de su vida estaba todavía por llegar. Unos meses después tuvo el arrojo necesario para despedirse del trabajo sin temer al futuro. Esa fue su gran aventura. Cuando tomó la decisión ignoraba que se convertiría en millonario y en vez de dedicarse a disfrutar de la vida iba a dejarse aplastar por el peso de los años.

Al llegar la noche, los vecinos de La Araña salen de sus madrigueras y deambulan por las callejuelas que se extienden entre la fábrica y el mar. Algunos acuden al bar del Comunista y allí permanecen ensimismados, igual que pasajeros en tránsito hacia ninguna parte. Me siento con ellos a mirar el horizonte. Las luces de la fábrica se reflejan en la superficie del agua como si hubiera un gran barco varado a pocos metros de la costa. Pero los barcos pasan de largo, igual que los coches. Aquí solo llegan desechos de los ríos y alijos de drogas que las olas arrastran hasta la playa. La Araña es la patria de los disidentes. Una patria que no tiene fronteras ni figura en los mapas. Mi padre la llamaba el sótano de la memoria.

—A medida que cumplimos años solo nos queda la memoria.

Mi madre continuó visitando ese sótano después de la muerte del Polaco. La imagino tendida en el suelo evocando las veces que volvía sola de madrugada y el Polaco la esperaba balanceándose en la mecedora porque le costaba respirar tumbado en la cama. La presencia de Beatriz le reconfortaba. La rodeaba con sus brazos y ella se sentaba en sus rodillas ofreciéndole la espalda. Oía el suspiro de alivio de la mujer fatigada que al final de la noche se descalza. Se amaban como si estuvieran montados en un carrusel y los dos galoparan en el mismo caballo de madera que daba vueltas alrededor del mundo. Los dibujos de las paredes cobraban vida. La luz de la lámpara de carburo los iluminaba. Era como si volaran en globo sobre el desierto del Sáhara, las calles de París, los rascacielos de Nueva York. Al final del viaje, el tiovivo se detenía. Se acariciaban con los ojos cerrados igual que si hubiesen perdido la vista y no tuvieran más remedio que reconocerse por el tacto. Los dos preferían seguir volando con la imaginación que abrir los ojos y enfrentarse a la realidad. Se quedaban mirando el firmamento que brillaba en el cielo del sótano. El cuarto de las estrellas de mi madre y el Polaco.

Mis padres aún no habían mantenido ninguna relación amorosa cuando nació mi hermano. Se casaron pocos días después de que la Guardia Civil descubriera que Beatriz estaba embarazada, aunque ella siguió guardando fidelidad al Polaco incluso después de muerto. Llevó luto por él durante un periodo de tiempo que mi padre nunca supo precisar.

—¿Adónde iba tu madre cuando cerraba los ojos?

Mi padre se hizo esta pregunta en voz alta una de las últimas veces que fui a visitarlo, igual que si el tiempo no hubiese transcurrido y volviera a plantearse las incógnitas que en el pasado no obtuvieron respuesta. Me transmitía sus dudas con la confianza de que no las revelaría a nadie, lo mismo que si se tratara de un secreto

de confesión. No deseo traicionarlo, pero creo que ha llegado la hora de exorcizar aquellos temores que durante tantos años le atormentaron. Como si yo también hubiese heredado la incertidumbre que abatió a mi padre y necesitara desahogarme. Cualquiera que conozca la relación que mantuve con él, tal vez piense que estoy dedicando un homenaje póstumo al hombre que pasó la vida inventando historias del héroe que nunca pudo llegar a ser y que yo las escribo para cumplir sus deseos.

Un sábado por la tarde, mi padre me llevó al cine y mi madre se quedó en casa con el pretexto de que tenía varias tareas pendientes. Aquel día vimos la película del Oeste *Un hombre solo*. Cuando el protagonista se refugió en un sótano, mi padre dio un respingo en la butaca como si le acabara de pasar la corriente. Durante el descanso estuvo inquieto. Antes de que se apagaran las luces para proyectar la segunda película, dijo:

–Vamos. Ya la veremos otro día. Ahora no me encuentro bien.

Al llegar a La Araña, mi madre no estaba en casa. La buscamos por las calles, la playa y luego fuimos al estanco.

–Está en el sótano –dijo Javier Cisneros antes de que mi padre le preguntara nada, como si el hecho de que se encontrase allí fuera algo lógico y habitual.

Mi padre tuvo el mismo sobresalto que había sentido en el cine. Se puso triste, como si acabara de constatar que su mujer le había abandonado para volver con el hombre al que amaba.

El otro día vi de nuevo aquí en casa la película de aquella tarde y reconstruí lo que sucedió hace medio siglo, solo que ahora el papel de los actores lo interpretaban mis padres.

–¿De qué huyes? –le preguntó mi padre.

–No huyo de nada.

–No es necesario coger un caballo y alejarse una gran distancia para escapar. Uno puede huir, simplemente, bajando al sótano.

Llevo varias noches saliendo a cenar con Teresa y acostándome tarde. Ella conduce el coche y yo me dejo guiar por los pensamientos. Los expreso en voz alta igual que hizo mi padre conmigo. Me oigo hablar y escucho su voz. Me dice que ha leído unas líneas sobre la ciudad de los rascacielos que parecen estar dedicadas a La Araña. Luego, mi padre saca el viejo cuaderno donde anota las frases que le llaman la atención y recita de memoria: «Era una ciudad cruel pero llena de vida, una ciudad salvaje pero tierna: una catacumba amarga, tosca y violenta de piedra, acero y roca, recorrida por túneles, acuchillada salvajemente por la luz, rugiente, inmersa en una guerra incesante entre hombres y máquinas». Al oírle pienso que no solo la diferencia de edad se reduce con el paso del tiempo, sino que también el mundo entero se comprime. La Araña es una catacumba amarga, tosca y violenta; un sótano cruel y salvaje, tierno y lleno de vida. Mi padre tuvo que recorrer seis mil kilómetros para descubrir que las distancias no existen. Nunca se había sentido

tan cerca de su amigo como aquel día en Nueva York. Los sentimientos recorren el espacio a la velocidad de la luz. Sin embargo, mis padres vivían juntos y cada vez estaban más distanciados el uno del otro. Hasta que se separaron y la ausencia volvió a unirlos en el pensamiento.

—Cuando se trata de los asuntos del corazón, todo es tan problemático como el álgebra.

Teresa interrumpe el monólogo que mantengo en voz alta. Me escucha en silencio hasta que interviene para rescatarme de alguna obsesión. Cuando el médico me recomendó que guardara reposo absoluto, me sentí víctima de un secuestro. Ella se ha convertido en la guardiana que me impide realizar esfuerzos, la centinela que me custodia, el ángel que me previene del peligro de un incendio, porque no huelo el humo. Tampoco huelo el gas ni los alimentos putrefactos. Estoy amenazado de muerte por un enemigo que no tiene nombre. No es algo extraño, nos pasa a todos desde el instante de nacer. Sueño con recuperar los sentidos que perdí, pero solo es un sueño. Una fantasía maravillosa. Como sucede en *El mago de Oz* cuando el mundo se transforma y pasa del blanco y negro al technicolor.

Una noche mi padre llegó indignado a casa porque Fernando Berrocal, el jefe de administración, había amenazado a su compañero de trabajo con echarlo a la calle la próxima vez que cometiera un error. Cuando mi padre le preguntó qué había sucedido, Manuel Asensio se mantuvo unos segundos callado y sin apartar la mirada del suelo, como si allí abajo transcurriera la vida. Después de tomar aire, respondió que el techo de su casa se había desplomado la noche anterior. Llevaba un año solicitando al dueño que arreglara el tejado, pero él se negaba a hacerse cargo de la obra. Era evidente que pretendía desahuciarlo para vender la casa. Aquella noche la pasó con su mujer y las dos hijas viendo las estrellas a través del agujero del techo. Al día siguiente se levantó con la obsesión de pedir al director de la sucursal bancaria un préstamo para reparar el tejado. Se llevó el problema al trabajo y no hizo otra cosa que pensar en el préstamo, mientras mecanografiaba los datos de los diferentes destinatarios de las partidas de cemento que la fábrica tenía previsto enviar aquella misma mañana. Le pediría un permiso al jefe de administración para ausentarse una hora del trabajo y acercarse al banco. Manuel Asensio no se dio cuenta de que la acuciante necesidad de hablar con el director de la sucursal le había impulsado a escribir inconscientemente su nombre en el espacio reservado a los destinatarios de las partidas de cemento que estaba mecanografiando. La obsesión del préstamo le hizo poner el mismo nombre en todas las facturas. Cuando Fernando Berrocal pasó al lado de Manuel Asensio para dirigirse a su despacho, lo descubrió encorvado delante de la mesa, como el escarabajo que al ser sorprendido en mitad de la noche y deslumbrado por la luz se queda quieto con la esperanza de pasar inadvertido hasta que vuelva la oscuridad y desaparezca el peligro. Mi padre vio que su compañero permanecía inmóvil, con la vista fija en la hoja de papel que descansaba sobre el rodillo de la máquina de escribir. Al entrar Fernando Berrocal en el despacho y desaparecer de su vista, Manuel Asensio se puso a temblar como si se hubiera producido a su lado una explosión más potente que las voladuras de la cantera. Mi padre quiso llamar al médico para que lo atendiera, pero él recuperó la calma para decir:

—No quiero un médico, lo que necesito es otro trabajo.

Manuel Asensio falleció de un infarto cuatro meses después. El entierro coincidió con el Día de Todos los Santos. Mi padre estuvo bebiendo toda la mañana en el bar del Comunista. Cuando volvió a casa para ir con mi madre al cementerio, me fijé en que tenía la cabeza como el dibujo del baobab que ilustraba

el libro que yo estaba leyendo. Mi madre debió pensar lo mismo, porque nada más verlo le dio un consejo:

—Antes de irnos, péinate, que parece que vengas de la selva.

Al regresar por la noche, mi padre estaba enojado por un comentario que había oído pronunciar en el sepelio. Se lo dijo a mi madre y ella le contestó que no había escuchado nada, pero que en cualquier caso no lo tuviera en cuenta porque Manuel Asensio al fin había alcanzado el descanso eterno. Mi padre no cesaba de repetir esas palabras que se le habían quedado grabadas:

—La verdad es que llevó una vida miserable, pero por lo menos fue una vida. Más allá, quién sabe.

No sé si esas palabras las pronunció Fernando Berrocal o el señor Mora. No me extrañaría nada que mi padre se las hubiera atribuido a cualquiera de ellos porque se sentía culpable por el simple hecho de haberlas pensado. Una ocurrencia que le pasó por la cabeza y que se la podía aplicar a sí mismo. No cabía duda de que el alcohol lo confundía, pero también le provocaba instantes de lucidez. ¿Quién de todos los que habían asistido al entierro no llevaba una vida miserable? Al menos el infarto acabó con el dolor y las preocupaciones de Manuel Asensio. Al fin la muerte le daba vacaciones.

Esa noche mi padre volvió al bar del Comunista. Los dos se quedaron bebiendo hasta bien entrada la madrugada. La memoria se convirtió en un ácido sulfúrico que los iba corroyendo por dentro. Después de cerrar el bar se fueron andando a trompicones hasta la torre almenara. Desde allí espionaron la fábrica, la garita del guarda de seguridad encargado de vigilar la entrada, la vieja casa donde vivieron los dueños del cemento y que posteriormente destinaron a oficinas, el ficus frondoso y polvoriento que todavía hoy sigue creciendo delante de la puerta, las ventanas de los despachos de Fernando Berrocal y el señor Mora. El Comunista extendió el brazo, apuntó con los dedos corazón e índice de su mano al hijo del dueño del cemento y disparó. Luego desplazó el punto de mira unos centímetros y volvió a disparar expulsando por la boca todo el odio que llevaba dentro. Mi padre lanzaba piedras al gigante Goliat.

—Hoy conmemoramos el Día de Todos los Muertos —exclamó el Comunista.

Mi padre ignoraba si alguien los había visto aquella noche, aunque tampoco le importaba. Quién iba a sospechar que el Comunista decidió volver y quedarse frente al mar planeando vengarse algún día del confidente que lo delató al Jefe Provincial del Movimiento. Quién sería capaz de imaginar que el rencor puede permanecer intacto cuarenta años después.

Eso sucedió pocos meses antes de que mi padre se despidiera de la fábrica y Javier Cisneros muriese. Sus dos amigos más cercanos desaparecían en el plazo de un año. Tras volver de Nueva York me dijo que se notaba envuelto por la sombra de la muerte. Una barrera invisible le impedía sentir el contacto de la brisa del mar,

los rayos del sol, las caricias. Entonces no supe interpretar sus palabras, ahora sí. Yo también poseo una especie de aura que rodea mi cuerpo y me aísla del mundo. Me gustaría desprenderme de ella, pero no lo consigo. Teresa se ha convertido en el único lazo de unión con el exterior. La otra tarde estuve hablando con ella de los miedos que me atenazan mientras paseábamos por la cala del Cemento. Me dijo que, puesto que tenía tanto temor al futuro, me pusiera a caminar de espaldas mirando hacia el pasado que iba dejando atrás. Luego empleó un tono de voz piadoso y sarcástico para suplicarme que, aunque solo fuera de vez en cuando, también la mirase a ella.

—Mira el presente que va a tu lado.

Me cogió la mano y anduvimos para atrás de espaldas al futuro. Las huellas de nuestras pisadas me recordaron esas películas que veo en casa y que hago retroceder cuando alguna escena me sorprende. Igual sucede con la memoria: no es necesario que algo me llame poderosamente la atención para recordarlo, cualquier detalle puede ser importante. Cuando el Marino me llevaba en su barca, él también remaba de espaldas al horizonte. Nos alejábamos de la costa, la fábrica, las casas, el bar del Comunista, el estanco de Javier Cisneros. Todo se desvanecía en la distancia. Los vecinos de La Araña iban disminuyendo de tamaño hasta desaparecer. Únicamente distinguía a mi hermano. Estaba solo en el búnker. Ahí lo imaginaba viviendo cuando yo era un niño y Pedro se convirtió en el hermano imaginario que pasaba conmigo las veinticuatro horas del día. Lo veía salir del búnker y dirigirse hacia nosotros caminando sobre el agua. Su figura iba creciendo a medida que se acercaba. Pedro fue mi otro yo, lo sigue siendo. Mi madre siempre me habló del hermano pequeño que había nacido diez años antes. En realidad era cierto, porque cuando cumplí quince días ya había vivido más tiempo que él. Solo dos semanas, lo que viven las violetas. Desde entonces, nunca deja de acompañarme. Le hablo en voz alta y él me responde en silencio, igual que mi madre cuando iba a visitar al Polaco después de su muerte. Pedro cambiaba de cara cada vez que me llevaban al cine. Al volver a casa, él suplantaba a un actor y yo a otro. Nos enfrentábamos en guerras, duelos y competiciones. Lo más curioso es que siempre vencía el héroe que yo representaba. Después todo cambió. Pensé ponerle la cara de su padre, pero no encontré ninguna foto del Polaco. Así que le puse mi propio rostro.

El otro día vi una película que también me hizo retroceder en el tiempo. El protagonista recibe la visita de su mujer, que había muerto hacía años, y le pregunta:

—¿Adónde ha de ir a buscarte mi espíritu cuando muera?, ¿al cielo?

—El cielo está sobrevalorado, ahí no existe nada. Los fantasmas no están ligados a ningún lugar, solo a las personas.

La imagen de la mujer estaba siempre presente en su imaginación. Hasta que el

hombre muere y los dos se van juntos caminando por los lugares de la memoria con los familiares que todavía permanecen vivos. No sé por qué relaciono el diálogo de esa película con la conversación que mantuve con mi madre pocos meses después de que ella decidiera ingresar en la residencia de ancianos que estaba al lado de la nueva casa. Le pregunté por qué se había ido mi padre a vivir solo a La Araña y me contestó como si tuviera muy madurada la respuesta:

—Mi presencia perturbaba las imágenes del mundo que él había creado a su alrededor. Cada vez que se incorporaba del sofá con cualquier pretexto, yo oía su voz por los cuartos vacíos. Como si en cada cuarto viviera un ser querido y en cada uno de ellos el tiempo se hubiera detenido en un periodo concreto y distinto del pasado. De la misma manera que vestía las sombras, sentía celos de las sombras que invadían la memoria. —Se quedó callada un instante, con la mirada fija en algo que estaba más allá de la casa donde habíamos estado viviendo. Luego añadió unas palabras que me sonó haberlas oído hacía poco tiempo en alguna otra parte—: Tu padre vino la otra noche a verme. Creo que ha encontrado una compañera en la tierra de los muertos. Bueno, ¿qué le vamos a hacer?... Pero todavía viene a verme.

Yo también mantengo conversaciones con los muertos. Me hablan las cosas mudas. Oigo los molinos de crudo, el mar, la sirena de la ambulancia que se abre paso entre la caravana de coches y sortea las piedras que han caído en la carretera, los motores de los aviones que sobrevuelan la fábrica de humo. A veces confundo los sonidos con las voces, incluso mi propia vida con la vida de los otros. Me encuentro en La Araña con las personas que siempre me han acompañado, no importa que ya no estén. La única tragedia de los muertos consiste en que ignoran lo afortunados que son. Si supieran cuán inmensamente dichoso es el estado en el que se encuentran desearían volver a morir por puro deleite. Yo solo deseo resucitarlos. Me he propuesto capturarlos en La Araña para concederles el privilegio de morir por segunda vez.

Mi padre mintió y se casó con mi madre para evitar que la torturaran. La amaba tanto como ella al Polaco. Solía decir que no hay dos sin tres y tuvieron que pasar varios años para que yo lo comprendiera. El cuarto en discordia fue Javier Cisneros, aunque nunca se atrevió a manifestar sus auténticos sentimientos. Me pregunto si mi padre llegó a descubrir la atracción que su amigo sentía por él. Quizás lo presintió en algún momento, pero seguro que enseguida apartaba esa sospecha del pensamiento. No quería ni plantearse que pudiera existir algo más entre ellos que una vieja amistad. Se negó a admitir cualquier evidencia hasta después de la muerte de Javier, cuando mi padre decidió retirarse a vivir en la casa donde se forjaron las relaciones entre todos ellos. Entonces pudo descubrir aquellos pequeños detalles que demostraban el gran afecto que su amigo le había profesado. Ignoro la clase de vida que habría elegido cada uno de ellos cuatro si hubieran vuelto a nacer y se les hubiera presentado una segunda oportunidad, aunque lo más probable es que nada hubiera cambiado.

Nunca hasta ahora había tratado de desvelar los sentimientos que mis padres y sus amigos ocultaron a lo largo de sus vidas. Mis padres se hacían compañía, pero no ofrecían una imagen de pareja. Solo cuando alguien mencionaba el nombre del Polaco se detectaba cierta complicidad entre ellos, como si el mero hecho de evocar su recuerdo representara una amenaza. Al final decidieron cerrar los ojos y dejarse llevar por la inercia de la vida cotidiana. No sé si soy hijo del deseo o la rutina. Tal vez mi madre sí se planteó una segunda oportunidad e intentó recuperar con mi padre la íntima satisfacción que había sentido con el Polaco y que el destino le arrebató. No cabe duda de que mis padres se querían, pero siempre hubo algo más fuerte que se interpuso entre ellos. Una presencia inexpugnable que ni siquiera mi nacimiento pudo eclipsar.

Javier Cisneros se dedicó a observar el comportamiento de los otros como si estuviera viendo el desenlace de una película que él mismo había producido. Los protagonistas principales eran mis padres y el Polaco. Mi hermano no aparecía, aunque estaba siempre presente. Yo interpretaba un papel secundario que fue cobrando importancia gracias a la relación con Javier Cisneros. Él me enseñó el funcionamiento del reloj y las fases de la luna. El paso del tiempo, la noche y el día. Me dijo que el nombre de La Araña procedía de un pez con espinas venenosas que se enterraba en la arena con los ojos al descubierto para espiar a sus presas.

–Si lo pisas te puede matar –me previno. Después se quedó mirándome fijamente a los ojos con una sonrisa cómplice, como si la vida estuviera repleta de peces

araña. A partir de entonces me dediqué a pasear por la orilla del mar sin meterme en el agua para no arriesgarme a su picadura.

Lo más extraordinario que Javier Cisneros hizo por mí, lo que sin duda más me influenció, fue presentarme a los amigos del cine Emporio. Nunca olvidaré la tarde que conocí a Atticus Finch. Javier Cisneros me confesó que había hombres en este mundo que nacían para cargar con las tareas desagradables de los demás. Por el tono de voz que empleó parecía estar pensando en alguien muy cercano, tal vez en mi padre o incluso en sí mismo. Luego prosiguió extrayendo diálogos de la película para explicarme que no se conocía realmente a una persona hasta que uno se calzaba sus zapatos, caminaba con ellos y miraba las cosas desde su punto de vista. Concluyó diciendo que había que meterse en su piel y sentirse cómodamente. Ahora trato de meterme en su piel y en la piel de mi padre. No sé a cuál de los dos hacían referencia sus palabras. Aquella noche, al salir del Emporio nos montamos en el Escarabajo y regresamos a La Araña. Durante el trayecto comentó la otra película que habíamos visto. Me habló de los que se jugaban la vida en una partida de cartas. Al llegar a casa, mi padre abrió la puerta y nos preguntó cómo había ido la tarde. Después de oírnos se proclamó rey del juego y pronunció una frase que entonces no comprendí y que ahora tengo delante escrita en su cuaderno: «La vida es una corta travesía que se nos va entre apuestas y faroles».

Anoche soñé que mis padres iban a la ciudad y me dejaban en casa con Javier Cisneros. Nos entretuvimos adivinando películas con el juego del ahorcado. Hasta que le puse una que habíamos visto hacía pocas semanas. De pronto empezó a fallar como si se hubiera quedado con la mente en blanco. Lo primero que tracé sobre el papel fue el palo vertical, luego el horizontal. Javier Cisneros repasó mentalmente las películas que habían marcado su vida y no encontró ninguna de las cuatro palabras cuyas letras completaban el título. Entonces dibujé la soga y después el muñeco. Un muñeco descuartizado que recuperó su cara y cada miembro de su cuerpo para, al final, morir ahorcado. Me dio la impresión de que sabía el nombre de la película, pero por algún extraño motivo no lo quiso desvelar, como si él también se sintiera solo ante el peligro y no deseara confesarlo. Al despertar relacioné al ahorcado del sueño con el artista funámbulo. Recordé la mañana que mi padre vio a su amigo y yo a mi hermano caminando por el cielo de Manhattan. Lo vi de nuevo hace unos días, cuando me efectuaron la resonancia magnética del cráneo. Me tendí sobre una tabla angosta que se deslizó dentro de un tubo como si entrara en el túnel de La Araña. Cerré los ojos y oí el sonido de los imanes y las ondas de radio que utilizan para crear imágenes del cerebro. Pedro no estuvo dentro de ninguna máquina. Nunca llegó a someterse a la vida rutinaria. En ese momento andaba por el aire y yo me reuní con él. Abandoné el cuerpo que yacía tendido en el interior del túnel y ascendí hasta alcanzarlo. La máquina traspasó la piel y fotografió mi cráneo.

Hoy he ido a recoger los resultados de la resonancia. Al abrir el sobre y observar lo que se esconde tras la imagen de mi rostro, he descubierto el futuro. Se me ha ocurrido comparar las fotos con la realidad, aunque tanto las fotos como yo somos reales. Me traspaso con la mirada como la máquina que me fotografió por dentro. Miro la calavera, me miro a mí: ser o no ser. Luego leo en voz alta, saltándose las palabras técnicas que no comprendo: «En el estudio actual evidenciamos la presencia de un hematoma ya en receso de licuación, rodeado de un halo de no sé qué, como consecuencia de sangrado a dicho nivel. La cavidad presenta un diámetro máximo de cuatro centímetros en sentido anteroposterior medido en el plano blablablá, y que abarca gran parte del lóbulo temporal izquierdo».

Una sombra blanca distingue el hematoma que se instala sobre mi cráneo como una pequeña nube sobre un volcán apagado. Me gustaría creer que mi estado actual es pasajero y que voy a recuperarme. Que he de tener paciencia hasta que pase la nube, aunque temo que esa pequeña nube pueda desatar la tormenta. Intento tranquilizarme. La mancha está más delgada que en la resonancia que me hicieron antes de abandonar el hospital. Después guardo las fotos de mi cráneo en el sobre que me han entregado. Un sobre que me recuerda el saco en el que introducen la cabeza del decapitado.

Hay muchas maneras de perder la cabeza. Existen distintos caminos para retirarse del mundo. Me viene la imagen del Polaco recluido en la cueva como si fuera el vientre materno que lo protegía del peligro. También distingo la imagen de mi padre pasando los últimos años de vida en la misma habitación en la que murió Javier Cisneros y visitando a diario el sótano donde yace enterrado el amante de mi madre. La imagen de Beatriz bajando al sótano como quien asciende al paraíso; la veo tumbada con la cara contra el suelo y los brazos extendidos. La imagen del Polaco respondiendo al abrazo de mi madre, porque existen sentimientos capaces de atravesar el cemento del mismo modo que hay máquinas que fotografían lo que se oculta en el interior de nuestro cuerpo. Me pongo a pensar en cada uno de ellos y me pregunto quién puede sobrevivir sin perder la cabeza nunca por nadie.

Mi padre heredó la casa y el estanco de Javier Cisneros pocos meses después de abandonar La Araña, como si su amigo supiera que iba a separarse de Beatriz y le entregara su casa para que pudiese volver al lugar donde había vivido siempre. Creo que empiezo a entender la conducta de mi padre: llega una edad en que el pasado regresa y los recuerdos son más poderosos que el presente. El pasado no se pierde, permanece en periodo de hibernación hasta que de pronto recobra la vida. Me encierro en la casa de La Araña y vuelvo a jugar con los soldados de plomo, el peso de la memoria. Los recuerdos también pueden ser pesados y tóxicos, como ese material flexible que se funde con facilidad y que nunca regresa a su estado original después de una deformación. Fuera está el ruido y el polvo. He llegado a la conclusión de que los viejos se recluyen en su mundo particular porque la realidad hace tiempo que dejó de interesarles. No es una cuestión de demencia senil, sino de supervivencia. Escribo en láminas de plomo. La vida cotidiana se ha convertido en una especie de accidente en el que son otros los que están implicados. A veces tengo la sensación de encontrarme en una sala de cine donde se proyecta la película de lo que acontece alrededor.

Desde que salí del hospital regreso constantemente a la infancia. Aquella época milagrosa en la que los fantasmas tenían voz y se comunicaban conmigo en secreto como hacen ahora. Oigo la voz de mi padre conversando con Javier Cisneros antes de que yo naciera:

–No sabes la impotencia que produce estar enamorado de alguien que ama a otro hombre. Y todavía es peor cuando el intruso es un amigo.

–Claro que lo sé.

–Ni lo imaginas.

–Algo así como tener la felicidad a tu alcance y no poder disfrutarla.

–Sí, estoy cerca de Beatriz pero nos separa un abismo.

–Al menos la puedes ver todos los días. Eso es un consuelo y también una esperanza. ¿Quién te dice que no vayas a estar con ella en el futuro?

–Siempre estará el Polaco.

–El Polaco es un amor imposible.

–Lo mismo que ella para mí.

Pocas semanas después de que mi padre y su amigo mantuvieran este diálogo, el Polaco contrajo la tuberculosis y se refugió en el sótano. Mis padres, el Polaco y Javier Cisneros, ignoraban que el destino los había unido para siempre. Los cuatro compartieron un mundo que se fue haciendo cada vez más pequeño hasta que solo

quedó mi madre, como si sus vidas se plasmaran en círculos concéntricos y ella fuera el epicentro. Cuando se quedó sola, no quiso regresar a La Araña. Allí residía la muerte. Cada vez que mencionaba algún hecho del pasado su voz adquiría cierto tono de perplejidad, como si le hubiera ocurrido a otra persona y ella no acabara de comprender por qué conocía tantos detalles. Como si la muerte de mi hermano le hubiese provocado un trastorno postraumático que le impedía recordar parte de su vida y su mente quedase atrapada en los mejores momentos, negándose a recordar todo lo malo. Le producía una enorme tristeza evocar la eterna lucha que siempre había mantenido contra los sucesos más amargos. La muerte violenta de los padres, la desaparición del hermano que se fue al frente y no volvió a saber nada más de él, la muerte del hijo y del hombre al que amaba. Y por último, la muerte de mi padre. Ella necesitaba escapar del panteón en el que vivía encerrada. Por eso cuando nos tocó la lotería lo primero que hizo fue buscar una nueva casa y tratar de olvidar el pasado, aunque en el fondo no deseaba hacerlo. El polvo contiene un noventa por ciento de piel muerta y La Araña estaba cubierta de polvo.

Nunca he llamado a mi padre por otro nombre que no sea el de padre, ni siquiera cuando escribo. Mi madre tenía otras vidas, él no. El mundo de mis padres transcurría por encima del bien y del mal. No los imaginaba haciendo el amor ni manteniendo relaciones con extraños como hacían los artistas del cuarto de las estrellas. Tampoco los vi nunca discutir. El tiempo se encargaría de explicar sus decisiones y ayudarme a interpretar el silencio que fue marcando sus vidas. Eso es lo que estoy oyendo ahora, lo que nunca expresaron delante de mí. ¿Acaso no buscamos todos motivos racionales para explicar el silencio que nos rodea? Mi verdadero origen y destino se fraguó en la infancia, esa edad en la que todo resulta auténtico y cuyas imágenes distingo con mayor nitidez cuando más me alejo de ellas. He llegado a la conclusión de que mis padres ocultaron sus deseos en distintas botellas que lanzaron al mar y estuvieron navegando a la deriva hasta que yo las he recuperado al cabo de los años. Pero no todos los deseos permanecen, los hay que se borran y olvidan.

Al reconstruir el pasado, me sobrevienen las dudas. Desde que sufrí el golpe padezco lagunas de memoria que cubro con historias que ignoro si son reales o tan solo fruto de la fantasía. Cuando eso sucede, me siento como si anduviera por la cuerda floja que une la realidad con la ficción. El recuerdo es falso y caprichoso. Me pregunto qué fue lo que verdaderamente indujo a mi padre a volver solo a La Araña. A veces pienso que tomó esa decisión porque se sentía culpable de haber abandonado a su cómplice en el momento que más lo necesitaba. El remordimiento le impulsó a reunirse con Javier Cisneros después de su muerte, como si tuviese que cumplir un pacto secreto que ambos habían sellado hacía años. Un compromiso que los obligaba a custodiar la tumba del Polaco con todo lo que en ella se ocultaba. Ese fue el castigo que cumplió mi padre. La penitencia de tener

que pasar el resto de su vida en un cuarto vacío plagado de fantasmas. Un sótano asfixiante para cualquiera, pero sobretodo para él que soñaba con respirar al aire libre.

Mis padres, mi hermano imaginario y yo pasamos una semana de vacaciones en una residencia de Educación y Descanso rodeada de montañas. Me despertaban temprano, desayunábamos y nos íbamos de excursión. Cuando subíamos por los caminos de tierra mi padre sacaba pecho y respiraba cada vez con más fuerza, como si quisiera aspirar todo el aire puro que nos rodeaba y guardarlo en los pulmones para después dosificarlo a lo largo del año hasta que llegara el próximo verano. Me ordenaba que lo imitase y yo le obedecía. Las excursiones las realizábamos por senderos estrechos con precipicios que se hacían cada vez más profundos a medida que avanzábamos. Me temblaban las piernas, pero en ningún momento confesé que tenía miedo. Aspiraba y expulsaba el aire como hacía al inflar globos. Mi intención era convertirme en globo para flotar en el aire si caía al abismo. Mi hermano andaba por el filo del precipicio mientras que yo lo hacía por el costado de la montaña. Cuando llegábamos a la cumbre, mi padre tenía una expresión distinta en la cara. Al contemplar el horizonte parecía un hombre feliz. Se acercaba al abismo y extendía los brazos como las figuras de Cristo que se levantan en las cimas de las montañas que dominan las ciudades. Al mirar hacia abajo vislumbraba el sótano, la fábrica del miedo, los muñecos infernales. Algunos años más tarde habría de tener la misma visión al asomarse al mirador del World Trade Center.

—¡Disfrutad de la vista!

Mi madre miraba con vértigo el paisaje que la rodeaba y respondía al eco de las palabras de mi padre que resonaban en el vacío.

—¿Para esto hemos andado tantos kilómetros?

Ni mi padre ni yo supimos distinguir si ella hacía esa pregunta en serio o simplemente bromeaba. Le divertía provocarlo y que él cayera en la trampa del juego. Nos quedábamos unos minutos contemplando la vista y recuperándonos del cansancio. Hasta que mi padre decidía emprender el descenso.

—¿Otra vez en marcha? ¡Menuda paliza! —Se quejaba mi madre.

Mi padre caminaba delante para guiarnos por el buen camino, igual que hizo Charlton Heston con los judíos. Los ojos de mi padre resplandecían de satisfacción como si él también hubiera hablado con Dios. Al llegar abajo nos encontrábamos con la realidad. Lo mismo que Moisés cuando descendió del monte Sinaí con las Tablas de la Ley y encontró a su pueblo idolatrando el becerro de oro.

—Allí arriba se respira paz y tranquilidad —mi padre señalaba la cima del monte—, aquí abajo la vida es un circo.

Miré al cielo y vi a Pedro tender una cuerda entre las cumbres y caminar sobre el abismo. Allí estaba mi hermano imaginario con los amigos de Javier Cisneros que

actuaban en los circos que levantaban sus carpas en la pantalla del cine Emporio. La relación de mis padres tenía muchos puntos en común con las aventuras amorosas que sucedían en los circos de las películas. Me acuerdo del amor frustrado entre Charlot y Merma, porque ella prefería al funambulista Rex; la bella Nanon que se debatía entre el tirador de cuchillos sin brazos y el forzado Malabar de *Garras humanas*; el enano Hans que estaba enamorado de la trapecista Cleopatra, que se sentía atraída por el forzado Hércules de *La parada de los monstruos*; el *Trapezio* por el que volaban Gina Lollobrigida, Burt Lancaster y Tony Curtis; ¿cómo iba a olvidar la imagen de Charlton Heston en *El mayor espectáculo del mundo*? Él dejó de guiar al pueblo de Dios por el camino del mar Rojo tras enamorarse de una trapecista que amaba a otro hombre que la seducía en el aire. Estoy seguro de que mi padre se identificó con John Wayne, que estaba enamorado de Rita Hayworth en *El fabuloso mundo del circo*. Ella lo quería, pero estaba obsesionada con la muerte de su marido. Una relación que a mi padre le resultaba familiar. Tal vez por eso solía repetir que la vida era un gran número de circo en el que participaban payasos, acróbatas, magos y domadores.

No sé cuál de esos papeles desempeñaron mis padres. Ignoro los auténticos motivos que provocaron su separación. Tal vez mi padre recapacitó demasiado tarde sobre la terca monotonía de su matrimonio y descubrió que hacía tiempo que Beatriz no sonreía como solía hacerlo antes de casarse. Aquella triste sonrisa le cautivó. También habían perdido la complicidad que los unía incluso en los peores momentos. La mágica experiencia de sentirse juntos cuando estaban separados, aunque flotase siempre entre ellos la presencia del Polaco. A mi padre le gustaba el aburrimiento, la serenidad de la rutina. Al volver de Nueva York se dio cuenta de que algo muy importante había muerto dentro de él. Mi madre vivía con un muerto y a los muertos resulta muy fácil engañarlos. Entonces le sobrevino la insoportable inquietud de que su mujer llevaba una doble vida. ¿Cómo si no iba a soportar esa relación tan rutinaria y anodina? Las sospechas empezaron a envenenar sus pensamientos y desbordar su imaginación. Se miraba al espejo y descubría al hombre real que tenía enfrente. ¿Cuánto tiempo le quedaba de vida? ¿Diez, doce años?, tal vez menos. Lo que para un adolescente significaba una eternidad, para él era algo tan fugaz como la infancia. Nunca pensó que a su edad pudieran renacer los celos, pero volvieron y él era incapaz de controlarlos. Imaginó a Beatriz con otro hombre. No un hombre cualquiera, sino el que estaba enterrado en el sótano. Mi padre tenía una frase grabada en la memoria, no era capaz de recordar si la pronunció ella o la había oído en cualquier otra parte: «Cuando has estado tan enamorada, no dejas de amar porque alguien muera». Le parecía ver al Polaco y a Beatriz paseando cogidos de la mano por la calle. Al acelerar el paso para alcanzarlos caía en la cuenta de que él estaba muerto y la mujer que lo acompañaba no guardaba ningún parecido con Beatriz. Después de llegar de Nueva

York, mi padre estuvo alrededor de tres meses pendiente de ella para que no lo abandonara. En lugar de sentirse halagada, mi madre desconfió de ese cambio tan brusco y repentino en la conducta de su marido. Incluso se le pasó por la cabeza que existía otra mujer y que actuaba de ese modo porque se sentía culpable. Nada más imaginarlo se reía de sí misma, ¿cómo podía sentir celos a esas alturas de la vida? Fue entonces cuando mi padre tomó la decisión de refugiarse en La Araña. Allí interpretaría su última película. Las brumas se disolvieron y lo vio todo claro. No le cabía duda de que siempre había representado un papel secundario y ya no podía hacer nada por remediarlo. ¡Qué se le iba a hacer!, uno se acomoda a todo. Al mirar el futuro solo distinguía la amenaza de la muerte. Nada le ilusionaba. Mi madre intentó en vano rescatarlo, pero los dos sabían que en la vida hay dos maneras diferentes de irse: la primera cuando abres la puerta y sabes que vas a volver; la segunda cuando sales por la puerta y sabes que nunca volverás. Mi madre se quedó con el injusto remordimiento de haber amado siempre a otro hombre y ser la única responsable del declive de mi padre. El castigo que ella sufrió fue ver cómo su marido elegía para recluirse el mismo santuario que ella visitaba para adorar al Polaco.

El motor que mueve el molino de la fábrica tiene una fuerza de mil trescientos caballos y produce setenta toneladas de cemento a la hora. Los mil cuatrocientos grados de temperatura que alcanza el horno forman parte de un proceso de producción que elimina el alma de las montañas, los tesoros de las cuevas, los enterramientos, las ciudades y las civilizaciones. Todo explota, se derrumba, se diluye en partículas y se convierte en humo que explora el cielo como los pensamientos de La Araña. Como las almas de los que se fueron de aquí para siempre, asfixiados entre el cielo y la tierra, respirando por el ojo de una aguja, víctimas del amianto que se llevaron enquistado en los pulmones. Paseo por La Araña y miro las puertas y las ventanas cerradas. ¿Vivirá alguien ahí dentro o solo habrá cadáveres esperando que el Comunista entre en sus casas para confirmar la defunción?

Hubo un tiempo en el que este estrecho sendero que se pierde y desaparece entre matorrales polvorientos fue la puerta que comunicaba la ciudad con las poblaciones que hay más al este. El camino pedregoso por el que ahora me desví y que antes llegaba hasta el mar, hoy rodea la fábrica y desemboca en el vacío. Un acantilado artificial que se produjo al construir la carretera que parte La Araña por la mitad. Aquí dicen que vienen los suicidas. El imán que guía sus vidas los desplaza por el sendero, cubierto de piedras y polvo, que desaparece de repente. Cuando llegan al filo del acantilado se detienen, miran hacia abajo y ven pasar los coches. Abajo no hay mar, solo coches, asfalto y cemento. Vehículos conducidos por cadáveres que ya están muertos antes de estrellarse en esa curva donde la araña termina de tejer su red. Me detengo en el barranco de los Suicidas, así lo conocen los vecinos. No le han puesto ningún nombre romántico como hacen en otros lugares. Aquí no hay amantes, suspiros ni enamorados. Abajo la carretera circula entre la fábrica y la barrera de brezo que impide a los conductores distraerse con la visión de La Araña, igual que tapan con murallas de cemento los barrios marginales de las ciudades modernas para que los turistas no reparen en las víctimas del progreso. Nunca se ha tirado nadie por el barranco. Los habitantes de La Araña cuentan esa leyenda para distraer la atención y mantener oculto su mayor secreto. Nadie desvela a los escasos visitantes que la población disminuye porque los vecinos de este lugar, cuando ya no soportan más el humo, el ruido y el polvo de sus vidas, se ocultan entre la tierra, las piedras y los fósiles de la cantera, y aguardan quietos y en silencio que se produzca la explosión. Los muertos de La Araña se convierten entonces en materia que trasladan en vagonetas, como ataúdes en coches fúnebres,

hasta el horno donde serán incinerados y convertidos en cemento. Nadie cuenta nada de esto. Solo mi padre se lo susurraba por las noches a Javier Cisneros. Cuando ya se había separado de mi madre y se acostaba en la cama de su amigo, que lo miraba con una sonrisa cómplice desde la foto que descansaba sobre la mesilla de noche. Le confesaba que no tardaría en reunirse con él, igual que estaban en la fotografía. Antes de cumplir su promesa, mi padre habría de traspasar la zona de seguridad que protege la fábrica, ocultarse en el agujero de la montaña y aguardar la explosión.

Lo he pensado varias veces. Cuando no tenga fuerzas para defenderme y vea acercarse la araña lenta e inevitablemente, yo también haré algo que llevo planeando en secreto desde hace tiempo. Una de esas locuras que se piensan pero casi nunca se realizan. Sin embargo, estoy seguro de que culminaré mi deseo. La locura consiste en coger el coche, dirigirme a la cementera y romper el candado que protege el cuarto de la dinamita. Un simple candado custodia la muerte. Luego cargaré el coche de explosivos y me dirigiré despacio a la garita del vigilante. Frente a mí se alzará la fábrica de cemento, la enorme fortaleza de polvo, el poderoso taller del miedo que se derrumba ante una rosa. El ser insignificante que destruye al gigante Goliath.

Desde el barranco de los Suicidas contemplo la antigua casa como si fuera el hombre tranquilo que regresa al lugar donde nació y ordena al cochero detener la calesa delante de la humilde choza. Entonces oigo la voz de mi padre pronunciando unas palabras que le inspiró su actor favorito:

—¿Con qué nos alimentamos los vecinos de La Araña?, con caliza y mineral de hierro tan candentes que consiguen que uno olvide el temor al infierno. Eso nos temple y endurece. Y otras cosas... Otras cosas.

Mi padre decía que aquí se daban la mano infierno y paraíso. No se refería a la fábrica y el mar, sino que se trataba de una cuestión personal. Algo que guardaba relación con los sentimientos más íntimos.

Teresa regresa mañana a Buenos Aires. Ha estado conmigo mucho más tiempo del que tenía previsto. Cuando subió al avión no podía imaginar que iba a pasar las vacaciones con un enfermo. El hospital y La Araña han sido sus lugares de residencia. La salud nos separa y nos impulsa a creer que somos inmortales, la enfermedad nos une. Desde que perdí el conocimiento, mi vida ha cambiado. Soy consciente de que cada día puede ser el último y trato de aprovechar el tiempo lo máximo posible, pero siempre surgen temores. No controlo los circuitos que recorren el interior de mi cerebro. Me planteo si esa grieta, esa cicatriz, puede en algún momento detener la circulación de la sangre. La vida de la sangre. Teresa me acompañó ayer al hospital y entró conmigo en la consulta de neurocirugía para oír el dictamen del médico que me ha atendido desde el primer día.

—Está bien —afirmó con cara de satisfacción mientras comprobaba el resultado de

la resonancia—, todo perfecto.

—¿Y esa mancha blanca?

—La cicatriz del hematoma.

—¿Puedo volar en avión?

—Sin ningún problema.

Al salir del hospital, Teresa me invitó a devolverle la visita:

—Tienes que venir a verme. Te vendrá bien respirar Buenos Aires.

Ella ignora que las distancias para mí son cada vez mayores y que cruzar el Atlántico es un sueño.

—Nos separa el océano.

Me gustaría cumplir los deseos, pero nunca queda tiempo. ¿Cuántos deseos quedarán postergados eternamente? Le animé a que repitiera el viaje lo antes posible:

—No tardes mucho porque cualquier día me da otro síncope.

—Los síncope son cosa del corazón y lo tuyo está siempre en la cabeza.

La noté más satisfecha que yo. Lástima que mi recuperación signifique su marcha. En cualquier caso, ha prolongado excesivamente su estancia en un lugar donde nadie elige pasar ni un solo día de vacaciones. Ella ha soportado mis dolores de cabeza y el desánimo que me produjo perder el olfato, como si el perfume de la vida se reflejara en la pantalla del cine y yo únicamente tuviera la oportunidad de disfrutarlo con los recuerdos y la imaginación.

Me pregunto por qué elegí la casa de Javier Cisneros para acabar la novela. Tal vez porque aquí reside el pasado y la muerte. El mago Harry Houdini también recurría al pasado para realizar sus espectáculos. Estoy seguro de que pensaba en los recuerdos cuando afirmaba que nada le hacía daño. Al oír sus palabras, hubo quien interpretó que soportaba el dolor físico. Un día fueron a visitarlo unos estudiantes universitarios. El más fuerte de ellos le retó a recibir unos golpes para comprobar si era cierto lo que decía. Houdini aceptó la apuesta, tal vez porque creyó que pretendía golpearle la conciencia. Antes de que pudiera reaccionar, el estudiante le propinó un puñetazo en el abdomen, luego otro y otro aún más fuerte. El estudiante era un pelirrojo llamado William Lances que había conquistado el campeonato de boxeo de la universidad. Houdini encajó los golpes sin variar ni un ápice la expresión de su rostro, como si fuese una figura de cera. Un saco de boxeo con la foto de su cara estampada en la cubierta y relleno de viejos retales. Los puñetazos le provocaron una rotura de apéndice. El mago siguió actuando durante los días posteriores como si no sintiera ninguna molestia. Hasta que sufrió dos desmayos en una actuación y fue hospitalizado. Me acuerdo de esta historia porque la imagen de Harry Houdini me vino a la memoria cuando estuve en el hospital. Me identificaba tanto con él que llegué a pensar que yo también acabaría rindiéndome a lo inevitable y pronunciaría las mismas palabras que el

mejor escapista de todos los tiempos le dijo a su hermano y que mi padre me repitió la última tarde que pasamos juntos en La Araña: «Estoy cansado de luchar, creo que esta cosa me va a vencer». Al terminar la frase, me señalaría la sien con el dedo como si la apuntara con un revólver.

Hoy celebraremos la última cena en el bar del Comunista. Al mencionar la última cena no pienso que nadie vaya a morir, sino que Teresa se marcha. No pretendo retenerla. Ella tiene que vivir y alcanzar mi edad. Los años pasan deprisa. Quizás entonces vuelva a buscarme igual que yo hago ahora con los ausentes. Al llegar a Edimburgo, Houdini ofreció una gran recompensa económica a la persona capaz de contactar con su madre muerta. Yo traslado la capital escocesa a La Araña y rodeo la casa de volcanes como las colinas que cercan la ciudad de Edimburgo. Me acompañan mi madre, mi padre, mi hermano y los vecinos de La Araña. Me reúno con todos ellos que al fin se encuentran a salvo de cualquier dolor y amenaza. Regreso a la última tarde que pasé con mi padre. Me dijo las mismas palabras que seguramente pronunció Houdini antes de morir:

–Todo es una gilipollez salvo el dolor.

Mi padre no soportaba el dolor ni permitió que el Polaco lo sintiera. Hay favores que se piden con la mirada y él supo interpretar el silencio del Polaco, que lo miró como si no hubiese nadie más en el mundo e inmediatamente después cerró los ojos con la intención de no volver a abrirlos jamás. Mi padre cubrió su cara con la colcha de punto de mi madre y lo abrazó con toda la fuerza contra su pecho. Como si se reencontraran en el más allá. Estaban los dos solos en el sótano. Javier Cisneros seguía despachando en el estanco humo e ilusiones y Beatriz había salido a comprar el jarabe para la tos. Al Polaco le costaba mantener la respiración. Sin embargo, aquella mañana, después de cerrar los ojos abandonó el sótano. El cuerpo que estaba tendido delante de mi padre se asfixiaba, pero el otro cuerpo transparente del Polaco se incorporó de la cama y abandonó el cuarto. Tras abrir la puerta de la calle, cruzó el túnel subterráneo con la sensación de que atravesaba una fosa común y tomó el camino que rodeaba la fábrica. Ascendió por la montaña entre letreros que señalaban: «PELIGRO. NO PASAR. ZONA DE VOLADURAS», y a medida que se alejaba de La Araña aspiraba cada vez con más fuerza el aire libre y puro que le rodeaba. Hasta que llegó el momento en que no le hizo falta seguir por el sendero de tierra. Él también había descubierto que todo empieza y acaba en el aire. Mientras empujaba al Polaco para ayudarlo a subir la montaña, mi padre no pensó en Beatriz. Ni por un solo instante pasó por su mente desbancar al Polaco para ocupar su puesto. Solo apretaba la colcha contra su rostro para ocultarlo, como si lo quisiera proteger del enemigo. Cuando Javier Cisneros bajó al sótano, mi padre le anunció en voz baja que el Polaco los había dejado. Después llegó mi madre y no hizo falta decirle nada. Se acercó a la cabecera de la cama, se arrodilló al costado de su amante igual que había hecho tantas otras

noches, acarició su cabeza que descansaba sobre la almohada y lo besó como si estuviera dormido.

Mi madre salió de casa con una maleta, anduvo veinte metros y llamó a la puerta de al lado. La recibió una mujer vestida con una bata blanca y la invitó a pasar. Yo estaba de viaje. Al regresar, encontré una nota en el recibidor donde me anunciaba el cambio de domicilio. Se había trasladado a vivir a la residencia de ancianos que lindaba con nuestra casa. La fui a visitar y me dijo que allí estaba más tranquila, no se movía del barrio y además lo tenía todo resuelto. No le apetecía ser una carga para nadie. Si echaba de menos algo, simplemente tenía que desandar los veinte metros que la separaban de casa. Además había congeniado con un hombre al que le encantaba el cine y pasaba las tardes en su habitación viendo películas. Me fijé en los ancianos y descubrí que también ellos mantenían largos diálogos con los vivos y los muertos. Me despedí de mi madre y antes de abandonar la residencia volví la cara para verla sentada en la terraza. Mientras que mi padre se refugió los últimos años en el pasado, ella había asumido la realidad del presente con absoluta naturalidad. Hasta que un día soleado de primavera se fue sin hacer ruido.

Mañana seguiré los pasos de mi padre y Javier Cisneros. Voy a quedarme tan solo como ellos en la misma casa de La Araña. Creo que pronto acabaré la novela. La obsesión con la muerte me impulsa a terminarla lo antes posible para resucitar con otra nueva historia. Me viene a la memoria aquel lejano día de la infancia en el que mi padre regresó a casa como un héroe después de apagar el fuego. Entonces la cantera era un volcán. El incendio al que acudió mi padre no fue tal incendio, sino que el volcán había despertado. Siempre estuve atento a cualquier movimiento sísmico. Me gustaba la idea de que la tierra temblara. Eso significaba que ella también encerraba sentimientos y sufría trastornos de ánimo. Igual que me pasaba a mí cuando por las noches me visitaban las sombras. Mi padre me hizo creer que había apagado el fuego. Tardé algunos años en descubrir que las historias que él contaba no siempre eran reales. Le gustaba purificar con fantasía el aire turbio de La Araña. Al final acabé descubriendo las mentiras por la sonrisa de sus ojos.

Hace seis años fui a México porque se expuso en Cuernavaca la colección de fotos de los Angelitos. Me llevé la novela *Bajo el volcán*, que había leído por última vez hacía demasiado tiempo. El texto de la contraportada del libro destacaba lo que sucedió el Día de Muertos de 1939 en el Hotel Casino de la Selva. Me asombró la estrecha relación que existía entre esas palabras y la historia de mi familia. Las leí y fue como si desenmascarase a mis propios padres. Me reuní con los dos hombres que evocaban la pasión y muerte del cónsul Geoffrey Firmin asesinado en la novela de Malcolm Lowry ese mismo día del año anterior. La Araña se convirtió en el

pueblo de México donde se daban la mano infierno y paraíso. Mi padre suplantó al cónsul que trataba de vivir al margen de un mundo devorado por el frenesí de la destrucción. La culpa, el desamor, la soledad lo llevaron a una embriaguez que de algún modo resultó ser también la embriaguez del conocimiento. Mi madre quiso rescatarlo de la absoluta consunción, pero fue inútil. Solo la muerte podía salvarlo de sí mismo. Bajo el volcán que mi padre no pudo ascender para librarse de sus propios fantasmas, yacía el abismo de la caída. Si los demás querían salvarse, si todavía podían huir del gran fracaso que acechaba a toda existencia, debían expulsar del jardín de la tierra a todos lo que intentaban destruirlo.

Quedan pocas horas para que acompañe a Teresa al aeropuerto. Esta vez conduciré yo. Nos despediremos y luego veré despegar el avión y hacerse cada vez más pequeño hasta fundirse con el cielo. Igual que hizo mi padre aquel día antes del amanecer. A esa hora las luces todavía se reflejaban en el mar. Se puso a caminar sobre el agua por encima de la Fábrica de Cementos Goliat. Se desplazó lenta y silenciosamente, como una araña que hubiera tejido su red entre la tierra y el firmamento. Abajo estaba el abismo, la barranca infernal. Más de cuatrocientos metros y ciento diez plantas. Mi padre anduvo por la cuerda floja. No resultaba fácil guardar el equilibrio entre las torres gemelas de la vida y la muerte. Así lo veo ahora. Acabo de volver del aeropuerto y me detengo en la cala del Cemento antes de entrar en casa. No sé si es él o mi hermano el que anda sobre el mar. El que va disminuyendo de tamaño a medida que se aleja. Como los héroes que se enfrentan solos al peligro, lo vencen y después se retiran despacio. Hasta que solo queda una sombra, como una mancha blanca, una cicatriz que se confunde con el horizonte y finalmente desaparece.

Esta edición ha contado con el patrocinio de:



Edición en formato digital: febrero de 2014

En cubierta: Óleo sobre lienzo «La araña» de
© Sebastián Navas Álvarez, 2007
© José Antonio Garriga Vela, 2014
© Ediciones Siruela, S. A., 2014
c/ Almagro 25, ppal. dcha.
28010 Madrid.

Diseño de la cubierta: Ediciones Siruela

Todos los derechos reservados. Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-16120-08-6

Conversión a formato digital: Newcomlab, S.L.

www.siruela.com

Índice

Portadilla	2
El cuarto de las estrellas	4
Acta de la reunión del Jurado calificador del Premio de Novela Café Gijón 2013	6
1	8
2	11
3	19
4	25
5	28
6	35
7	38
8	41
9	47
10	51
11	55
12	58
13	62
14	66
15	69
16	74
17	79
18	82
19	86
20	89
21	94
22	99
Créditos	101

